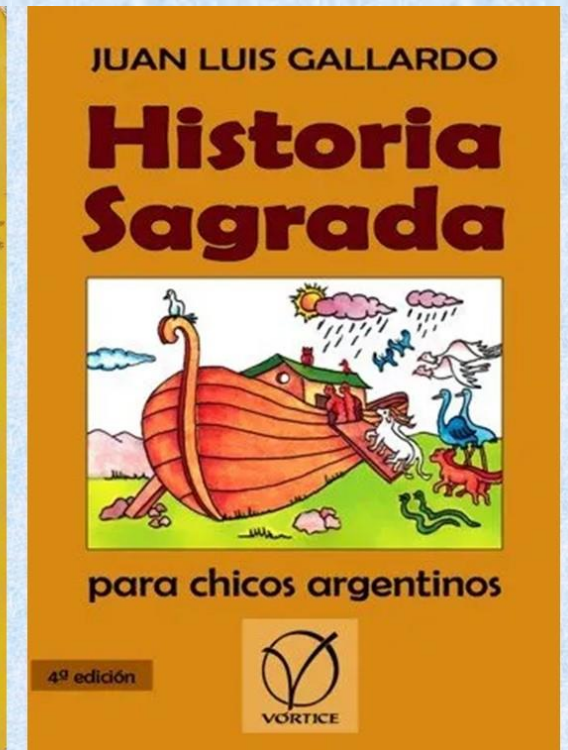
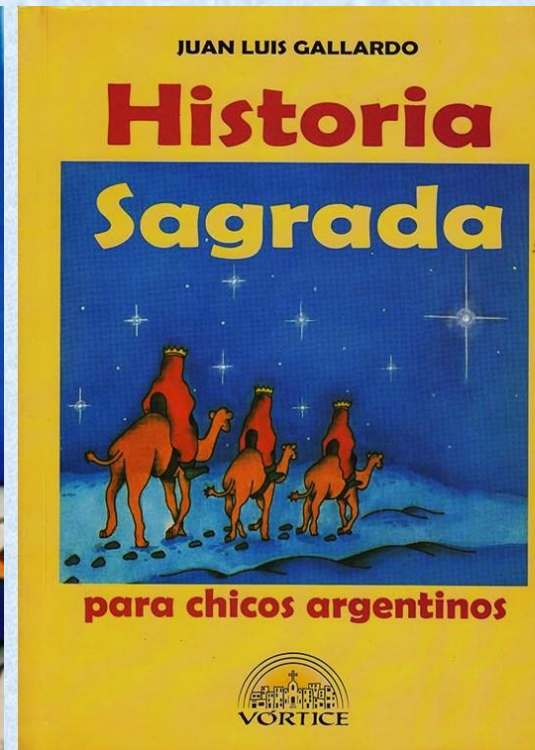


HISTORIA SAGRADA para chicos argentinos

Juan Luis Gallardo



Prólogo a la primera edición del Cardenal Antonio Quarracino (1990)

No es frecuente en nuestro país que la buena literatura acompañe a temas religiosos. El presente volumen de Juan Luis Gallardo constituye una excepción, porque su excelente prosa se ha puesto al servicio de los acontecimientos de la Historia Sacra.

En esta obra Gallardo, el poeta, narrador y periodista, se desdobló en catequista, quizás sin proponérselo, pero con el entusiasmo alegre y generoso y la fe en Cristo y el amor a la Iglesia que caracterizan su vida y sus trabajos.

Al querer escribir esta historia sagrada “en argentino”, el autor supo esquivar dos escollos: el “pintoresquismo” gaucho, fuera de uso, y ese “estilo bobo” que adoptaron ciertos textos catequéticos de los últimos tiempos.

Este año Gallardo hizo una doble ofrenda a la Iglesia Argentina: un hijo para el ministerio sacerdotal y este volumen para la transmisión del Mensaje. Quiera Gallardo seguir

entregando obras en las que la buena literatura presente contenidos religiosos, para bien de los lectores, creyentes o no.

+Cardenal Antonio Quarracino

[Al índice con links/enlaces](#)

El Autor

Juan Luis Gallardo nació en Buenos Aires a fines de 1934. Abogado, casado, padre de cuatro hijos. Profesor en la Escuela de ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina, dirigió la editora oficial ECA (Ediciones Culturales Argentinas) y EDUCA (Ediciones de la UCA). Es Director Ejecutivo de la Revista de la Escuela de Guerra Naval.

Columnista en La Prensa, La Nueva Provincia y Confirmado, publicó veintitrés libros (novelas, cuentos poesías, fábulas, biografías, historia) y obtuvo la Cruz de Plata Esquiú, el Premio Santa Clara de Asís y el primer puesto de su categoría en el certamen periodístico hispanoamericano organizado con motivo de cumplirse el segundo centenario del

nacimiento del General Güemes. Su Historia Sagrada para Chicos Argentinos recibió una distinción especial, conferida en acto público por la Secretaría de Cultura de la Nación, en 1995.

Integra el jurado que discierne los premios otorgado por ADEPA y es Miembro de Número de la Academia del Plata.

Ilustraciones del autor

Edición digital de su hijo

[Al índice con links/enlaces](#)



ANTIGUO TESTAMENTO

La Creación



Primer Día:

Hace mucho, muchísimo tiempo. Dios creó el cielo y los ángeles. El cielo es maravilloso. Allí vive Dios con sus ángeles.

Abajo no existía nada. Era aquello un gran vacío oscuro y triste.

Dios dispuso: que se haga la tierra.

Y la tierra se hizo.

Porque todo lo que Dios dispone se realiza de inmediato.

Pero continuaba la oscuridad.

Entonces dijo Dios: hágase la luz.

Y la luz se hizo.

Así terminó el primer Día de la Creación.



Segundo Día:

Dios creó el cielo azul que vemos desde la tierra, que no es el cielo donde viven Él y sus ángeles. Es el cielo por donde navegan las nubes y que quieren alcanzar los barriletes. El cielo de las golondrinas y las cañitas voladoras.



Tercer Día:

Al principio la tierra y el agua estaban mezcladas, formando un gran barrial. En el Tercer Día, Dios separó la tierra y el agua. Así creó los mares, los lagos y las lagunas. En la tierra firme hizo brotar los yuyos y los rosales. Y mandó que crecieran árboles como son los robles y ombúes, ceibos y pinos. Todo fue quedando lindo.



Cuarto Día:

El cuarto día Dios creó el sol, la luna y las estrellas. Para que el sol nos alumbrara de día, para que haya amaneceres y ocasos, para abrigar a los chicos pobres en invierno y para que la sombra parezca más fresca en verano. A la luna y a las estrellas las creó para que las noches fueran menos negras, para que los pequeños les hagan versos a la luna y para que tengan dónde llegar los cohetes espaciales.

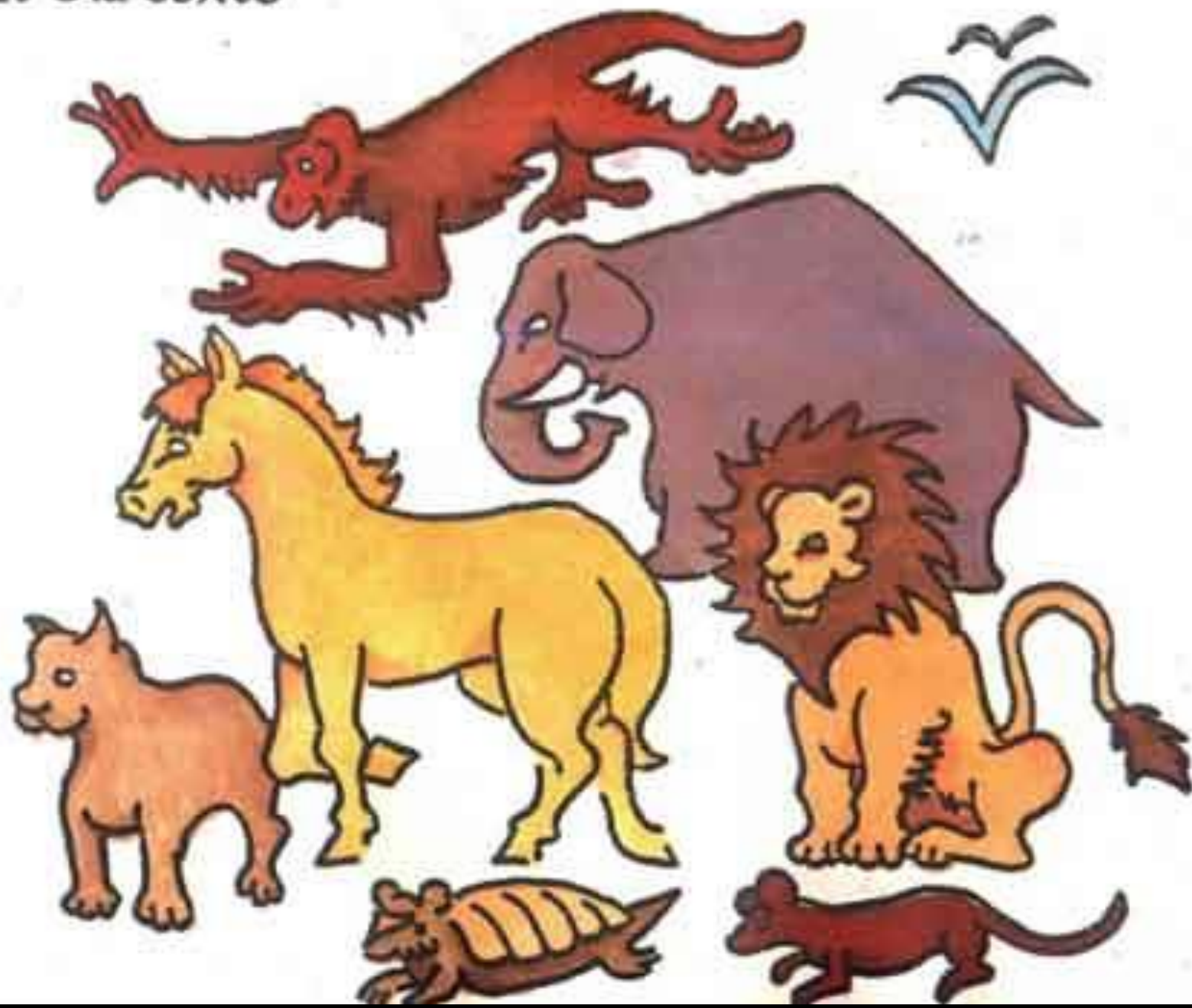


Quinto Día:

Dios creó las aves y los peces. O sea que creó los pájaros y los pescados. El benteveo y la mojarrita, los caranchos y los pejerreyes, la ballena, los cóndores, el tiburón y las calandrias y los pájaros dieron gloria a Dios cantando en las ramas. Y los peces esperaron a los pescadores, ya que no había pescadores todavía.



El Día Sexto



Sexto Día:

Cuando llegó el Sexto Día, creó todos los animales que no fueran pájaros ni pescados. Desde los elefantes hasta las lauchas, desde los rinocerontes hasta las comadrejas. El león y el caballo. La cucaracha y el mamboretá. Piojos y víboras. Perros y gatos.

Y después Dios decidió: ahora voy a crear al hombre.

Fabricó una figura de barro, más o menos del tamaño de una persona, sopló sobre ella y le dio un alma inmortal. La figura tomó vida. Fue el primer hombre y se llamó Adán.



Séptimo Día:

Terminaba su obra, Dios descansó. Y así nos enseñó que conviene tomarse un resuello, después de trabajar mucho y bien.

Objetivo: Los chicos han de asimilar que Dios es autor de todo lo creado y que debemos agradecerle cuanto de bueno recibimos.

La Batalla de los Ángeles

Los ángeles son espíritus puros, no tienen cuerpo como nosotros y poseen una enorme inteligencia

Uno de ellos se llamaba Luzbel y era particularmente bello e inteligente. Orgulloso por eso, un día se rebeló contra Dios, pegando un grito: ¡No serviré!

Muchos ángeles se unieron a él contra Dios.

Pero el Arcángel San Miguel revoleó su espada y le retrucó a Luzbel: ¡Quien como Dios!

Y una cantidad grande de los ángeles se puso a sus órdenes para enfrentar la revolución.

San Miguel derrota a Luzbel



La batalla fue terrible. Retemblaba el cielo por el ruido que hacían al chocar lanzas, sables y facones.

Venció San Miguel y los suyos, expulsando del Paraíso a Luzbel y a los demás ángeles amotinados, que se transformaron en diablos o demonios.

amotinados, que se transformaron en diablos o demonios.

Luzbel pasó a llamarse Lucifer, Satanás o Mandinga.

Los diablos odian a Dios y están en el infierno, metidos en el fuego, saliendo de allí para tentar a los hombres, impulsándolos a pecar para que no vayan al cielo de donde ellos fueron arrojados.

Objetivo: Destacar que la misión de los hombres es servir, cumpliendo cada cual la voluntad de Dios a su respecto.

[Al índice con links/enlaces](#)

El pecado original

Como Adán andaba medio solitario, Dios resolvió darle una compañera.

Hizo que Adán se durmiera profundamente, le saco una costilla del costillar, la recubrió con carne del mismo Adán y así creo a Eva, la primera mujer.

Adán era muy buen mozo y Eva muy bonita.

Dios los coloco en el Paraíso terrenal o Edén, un lugar delicioso, donde no hacia frio ni calor, con los árboles siempre verdes, flores por todos lados y arroyitos de agua clara.

Adán y Eva recibieron de Dios el encargo de cultivar el Paraíso Terrenal, cosa que hacían con gusto porque el trabajo no los cansaba.

Había allí un gran árbol, que daba frutas medio parecidas a las manzanas y que se llamaba Árbol del Bien o del Mal. Lo único que Dios les prohibió a Adán y Eva fue que comieran las frutas de ese árbol.

Una tarde Eva estaba paseando y se topó con semejante víbora enroscada a un tronco: era el demonio en forma de víbora.

Adán y Eva en el Paraíso Terrenal



-Buenas -dijo Eva, sin recordar que los animales no hablan.

-¿Por qué no comes las frutas del Árbol del Bien y del Mal? -pregunto la víbora.

-Porque Dios nos lo ha prohibido y anunció que moriremos si las comemos -contestó Eva, maliciando ya que esa víbora era el mismo diablo.

-Macanas -mintió la víbora. Eso dice Dios para que no las coman. Pues, si las comen, serán con Él.

Eva, tentada de orgullo, comió las frutas del Árbol del Bien y del Mal.

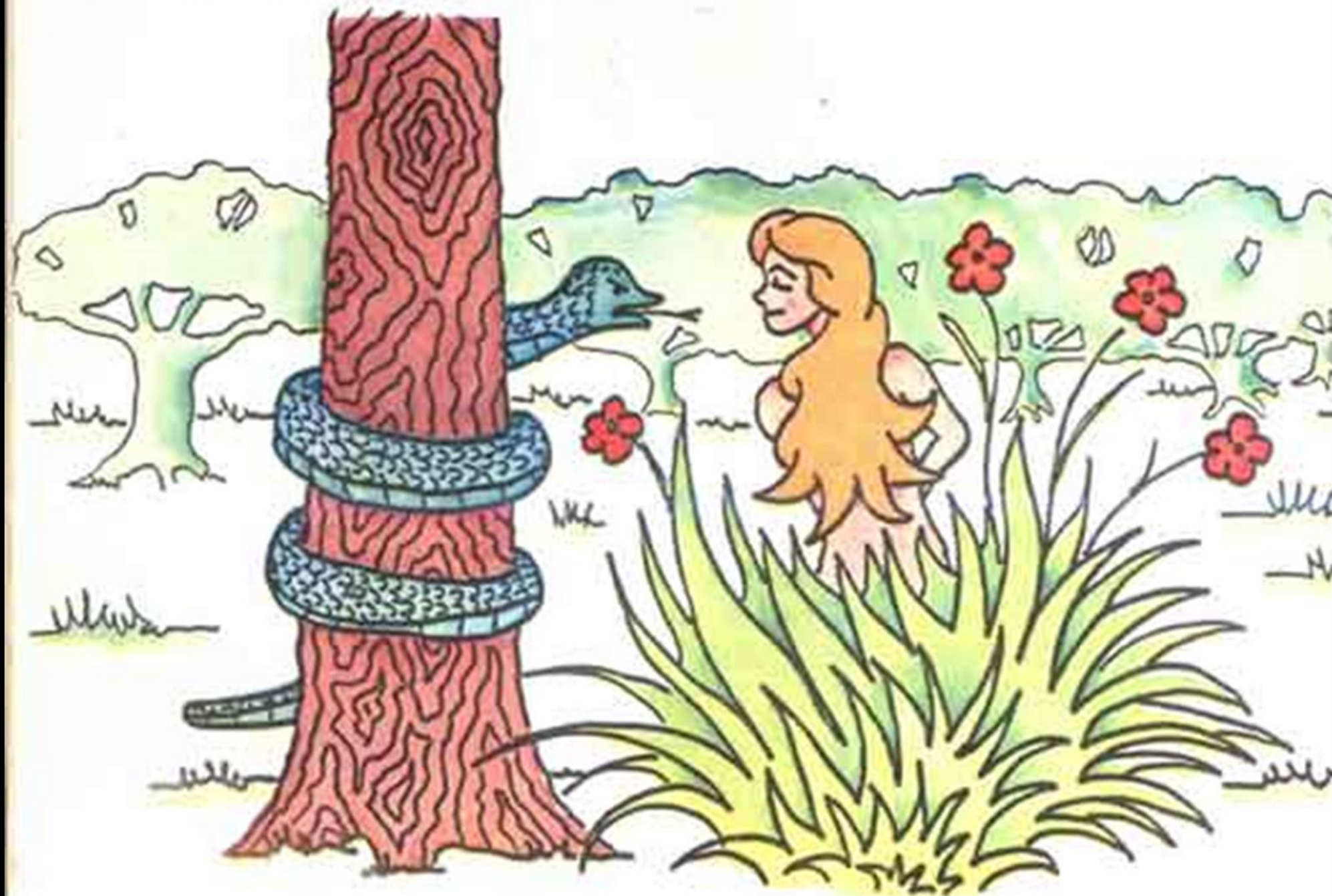
La víbora se hizo humo.

Al rato llegó Adán y Eva lo convidó para que comiera también las frutas del Árbol del Bien y del Mal.

Adán se resistió y le recordó que tenían prohibido comer de esa fruta. Pero Eva insistió, repitiendo lo que le habían dicho el diablo. Adán aflojó y comió la fruta.

Por orgullo, ya que quisieron ser como Dios, los primeros hombres desobedecieron a su Creador y cometieron el primer pecado, que se llamó Pecado Original. Es el pecado que transmitieron a sus descendientes y que solo se borra con el Bautismo.

El Demonio tienta a Eva



Como consecuencia del pecado original, Adán y Eva perdieron los dones magníficos que Dios les había dado. Dejaron de ser inmortales, sufrirían el dolor y las enfermedades, envejecerían, tuvieron que estudiar para aprender y el trabajo les empezó a producir fatiga.

Pero, lo peor de todo, es que dejaron de ser amigos de Dios y las puertas del cielo se cerraron para ellos.

Enterado Dios de que Adán y Eva lo habían desobedecido, les ordenó abandonar el Paraíso Terrenal.

Arrepentidos de su pecado, Adán y Eva le pidieron perdón a Dios, llorando.

Dios, compadecido de ellos, les prometió que enviaría un Redentor a la tierra y que ese Redentor pagaría la inmensa deuda contraída por los hombres y les volvería a abrir las puertas del cielo.

Tristísimos, pero con la luz de esperanza ante el anuncio del Redentor, Adán y Eva se alejaron del Paraíso Terrenal. Frente a la entrada, quedó un ángel de centinela, armado con un sable de fuego.

Objetivo: Destacar que todos los males derivan del pecado y que el pecado es el peor de ellos.

[Al índice con links/enlaces](#)

Caín y Abel

Adán y Eva tuvieron dos hijos, a los que llamaron Caín y Abel.

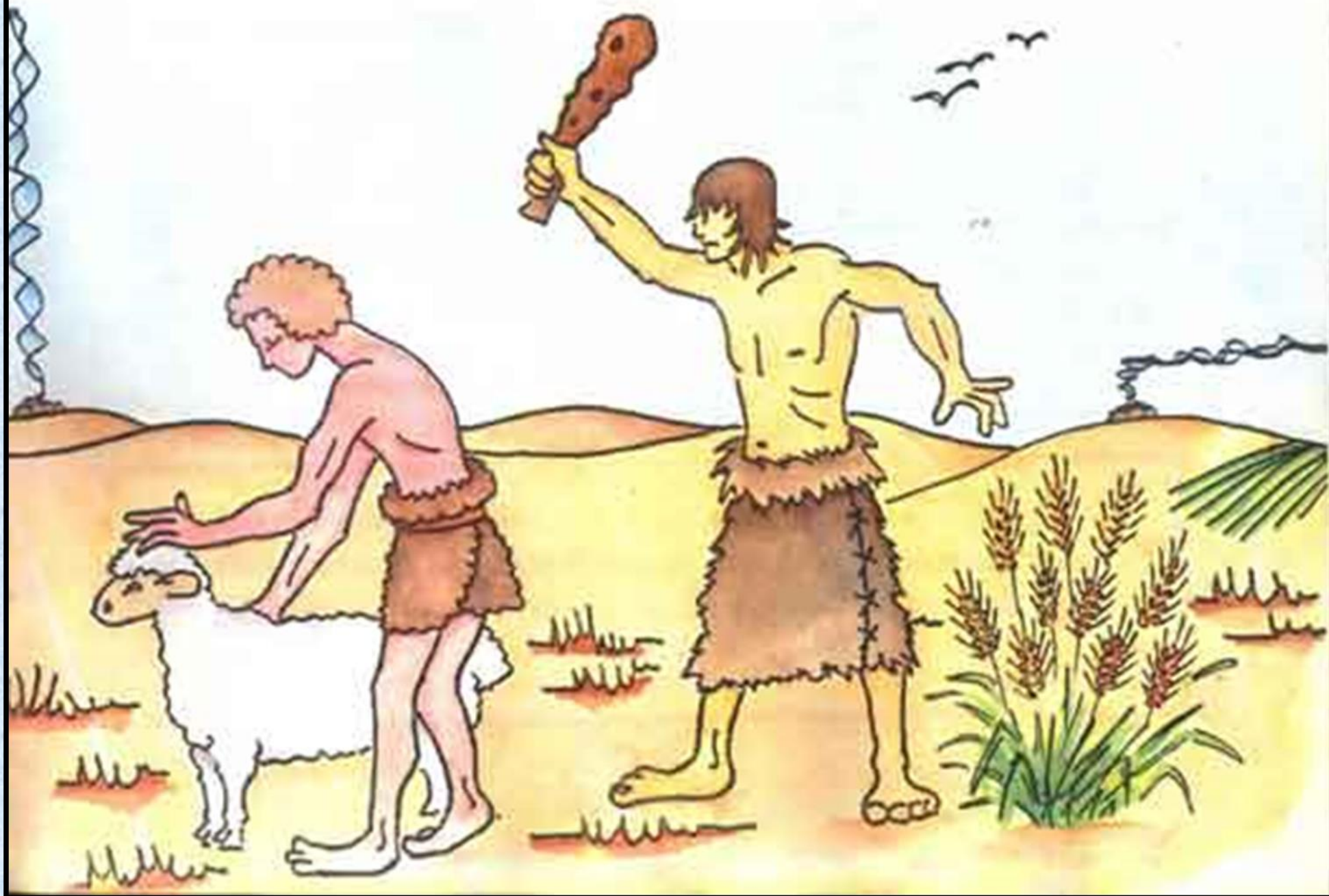
Caín se hizo chacarero, araba la tierra, sembraba y cosechaba trigo, avena, cebada, centeno. Abel fue pastor, criaba ovejas y llegó a tener una buena majada.

Sus padres les habían enseñado que debían adorar a Dios y que una manera de hacerlo era ofrecerle sacrificios.

Caín era mezquino y amarrete. Como sacrificio le ofrecía a Dios espigas cachuzas, plantas comidas por la tucura, granos arruinados por la helada.

Abel en cambio, le ofrecía a Dios lo mejor de su majada: corderos gordos y lanudos, enteramente blancos.

Cain mata a Abel



Dios no aceptaba los sacrificios de Caín y recibía con gusto los de Abel. Eso se notaba en que el humo de los sacrificios de Caín se aplastaba contra el suelo y el de los de Abel subía derecho hacia el cielo.

Caín empezó a envidiar a Abel y le tomó una rabia tremenda.

Hasta que un día lo mató a traición.

Dios castigó a Caín por su crimen y éste anduvo errante por el mundo, lleno de rencor.

Adán y Eva tuvieron luego otros hijos e hijas. Uno de ellos se llamó Set.

Objetivo: Destacar que a Dios siempre se le ha de ofrecer lo mejor. En particular lo mejor de uno mismo. Y que tiene derecho a pedir todo de nosotros, pues todo cuanto tenemos lo hemos recibido de sus manos.

[Al índice con links/enlaces](#)

El Arca de Noé

Pasó un tiempo los descendientes de Adán y Eva se volvieron mala gente, pecadora y descreída.

Entre esa mala gente había un hombre bueno, Noé, que adoraba a Dios y vivía decentemente con su familia.

La familia de Noé estaba compuesta a por su señora, sus tres hijos y las mujeres de sus hijos.

Los hijos de Noé se llamaban Sem, Cam y Jafet.

Por fin Dios se cansó de soportar la conducta de la mala gente y se dispuso a castigarla.

Le habló a Noé y le dijo que construyera un barco grandísimo, donde pudieran entrar Noé, su familia y una yunta de cada animal que hubiere en la tierra, porque mandaría una inundación como no se había visto nunca, que cubriría todo el mundo. Le dijo también que de esa inundación sólo se salvarían los que se embarcaran con él, salvo los pescados que no se ahogan.

El barco de Noé se llamó Arca y la inundación Diluvio Universal.

El Arca de Noé



En una lomita empezó Noé a construir el Arca. Y la mala gente se reía de él, diciendo que estaba loco al hacer tamaño barco en medio del campo, donde ni charcos había. Pero Noé y su familia seguían fabricando el Arca.

Y Noé le decía a la mala gente que se corrigiera, que dejara de pecar porque Dios la iba a castigar. Nadie le llevaba el apunte y más se reían de él.

Hubo que tirar abajo muchos árboles para hacer el Arca. Y Noé puso las juntas de las tablas con alquitrán, cosa que no entrara ni una gota de agua.

En cuanto el Arca estuvo terminada, desmejoró el tiempo. Se vino la tormenta y al rato empezó a garuar finito.

¡Qué suerte! -dijo la gente-, por fin se cortó la seca.

No sabían la que se venía. Y todavía se burlaban de Noé.

En medio de la llovizna fueron llegando los animales. De dos en dos macho y hembra. Dos tigres, dos vacas, dos hipopótamos, ardillas, dos ovejas, dos pulgas, dos chimangos, dos palomas, dos gusanos, dos cuises, dos jirafas, dos mariposas y así. No se peleaba entre ellos ni se pelearon mientras estuvieron en el Arca.

La garúa se hizo lluvia y, apenas el último animal entró al Arca, se largó un chaparrón. Siguió lloviendo a baldes: se veía que aquello pintaba para temporal.

Y comenzaron los lamentos de la mala gente, que ya no se burlaba de Noé.

Subía el agua y la inundación se extendía por todas partes. El Arca comenzó a flotar, aunque estaba asentada en una lomita.

Llovió durante cuarenta días y cuarenta noches. Las aguas cubrieron enteramente el mundo. Un mar sin orillas rodeaba el Arca. Ni un árbol, ni un campanario, ni una montaña se veían en lo que alcanzaba la vista. Olas nomás, nubarrones, refucilos y centellas.

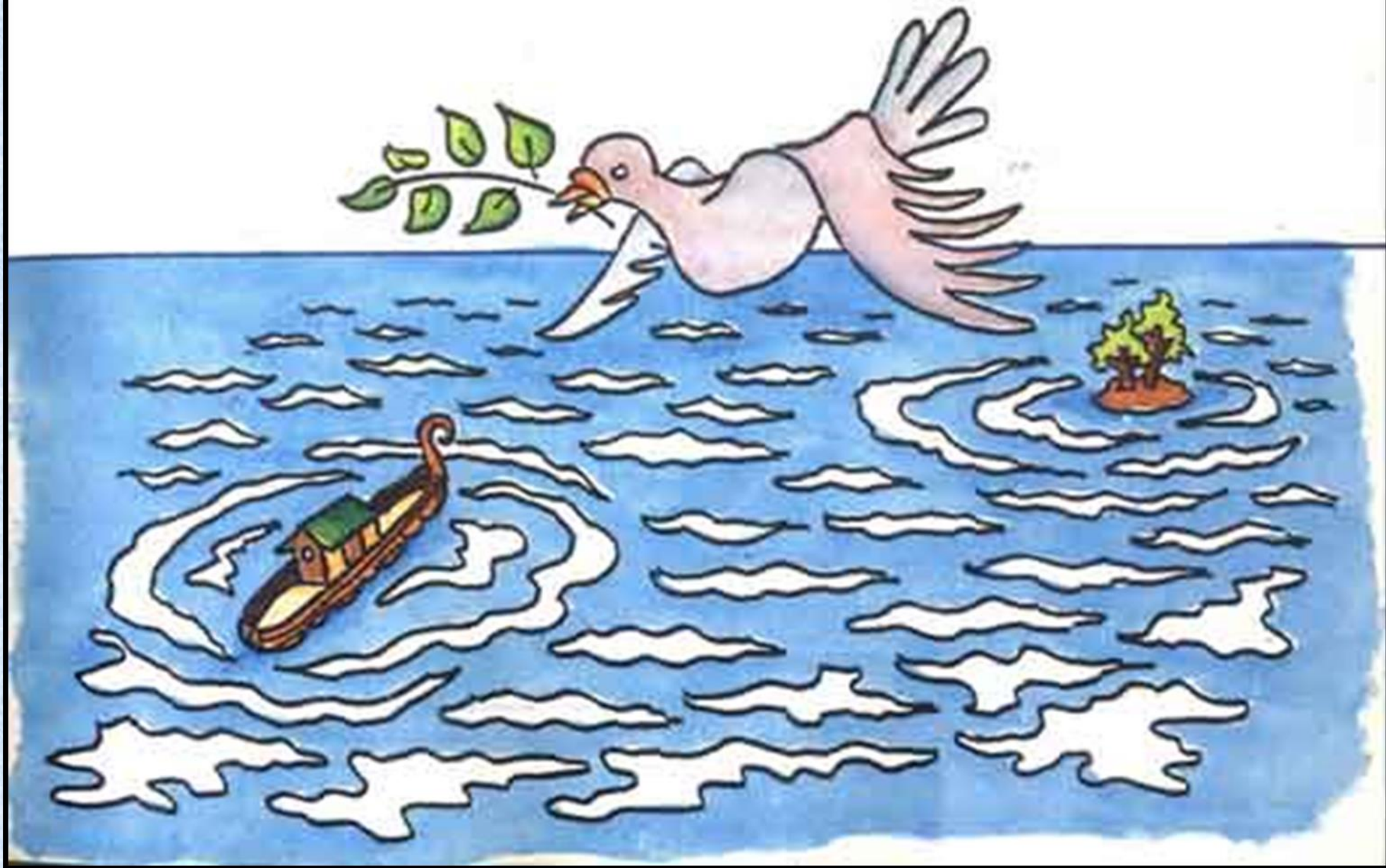
Por fin aflojó el temporal. Un rayito de sol se filtró entre las nubes. Sopló viento fuerte y escampó.

Noé dejó pasar bastante tiempo y soltó un chimango para que hiciera un vuelo de reconocimiento, cosa de saber si el agua iba bajando. El chimango no volvió.

Brillaba el sol con fuerza cuando Noé largó una paloma, que tenía la misma misión que el chimango.

La paloma volvió sin haber hallado tierra.

La Paloma vuelve al Arca



Otra vez soltó Noé la paloma y, ahora sí, regresó con una ramita en el pico: señal de que algún árbol asomaba del agua.

Finalmente se retiró la inundación. Verdeaban los potreros y florecían las plantas. El Arca encalló en un cerro.

Noé, su familia y todos los animales bajaron del Arca. Los animales se desparramaron por ahí y empezaron a pelearse de nuevo entre ellos.

Noé, como agradecimiento, ofreció un sacrificio a Dios.

Y Dios, para indicar que nunca más volvería a mandar un Diluvio, hizo aparecer sobre el horizonte un gran Arco Iris.

Objetivo: Destacar los aspectos tendientes a inculcar el sentido de la Justicia Divina.

[Al índice con links/enlaces](#)

La Torre de Babel

Los hijos de Noé, como sabemos, eran tres: Sem, Cam y Jafet. Los tres, a su vez, tuvieron hijos. Los descendientes de Sem fueron, a la larga, los árabes y los judíos. Cam era bastante morocho y de él desciende la gente de color: la gente de color negro.

Casi todos nosotros descendemos de Jafet.

Los hombres se multiplicaron y fueron poblando de nuevo el mundo. Hablaban el mismo idioma, que era el idioma que hablaba la familia de Noé y vaya uno a saber cómo sería.

Pero, después del Pecado Original, los hombres quedaron inclinados a portarse mal y no bastó con el Diluvio para corregirlos.

De manera que cierto día se les ocurrió una idea: una pésima idea, fruto del orgullo. Decidieron reunirse y construir una torre. Una torre altísima, que alcanzara el cielo, para invadir la casa de Dios.

Primero acopiaron materiales: piedra y madera en cantidad. Cocinaron miles de ladrillos. Hicieron grandes piletas y en ellas colocaron brea, destinada a unir los ladrillos.

Después cavaron una inmensa zanja circular para asentar los cimientos. Y enseguida iniciaron la construcción con entusiasmo.

La Torre de Babel



La torre fue ganando altura. Cuando amanecía medio encapotado, alcanzaba ya las nubes bajas.

Y ahí fue cuando Dios resolvió desbaratar el proyecto.

¿Qué fue lo que hizo?

Algo muy sencillo. Un día los hombres se levantaron hablando distintos idiomas. Unos hablaban en inglés y otros en francés o en italiano, otros en turco, otros en guaraní. O, al menos, en idiomas de los cuales derivarían el inglés, el francés, el italiano, el turco o el guaraní. Y, claro, no se entendían entre ellos.

Uno pedía cal y le alcanzaban arena. Otro pedía el fratacho y le daban una plomada. Fue un batifondo completo, los albañiles se pelearon entre ellos y hubo que parar la obra.

Los hombres se separaron diciéndose de todo. Y, aunque no entendían, por la cara se veía que eso que se decían no era nada amable sino todo lo contrario.

Así terminó aquel sueño loco que fue la Torre de Babel.

Objetivo: Destacar que los hombres no podrán ocupar nunca el lugar de Dios ni deben humanizar las cosas sagradas. El sueño de la Torre de Babel resurge de tanto en tanto bajo distintas formas. Ponerlo de manifiesto señalando que esos sueños siempre concluyen igual que aquél proyecto insolente

[Al índice con links/enlaces](#)

Historia de Abraham

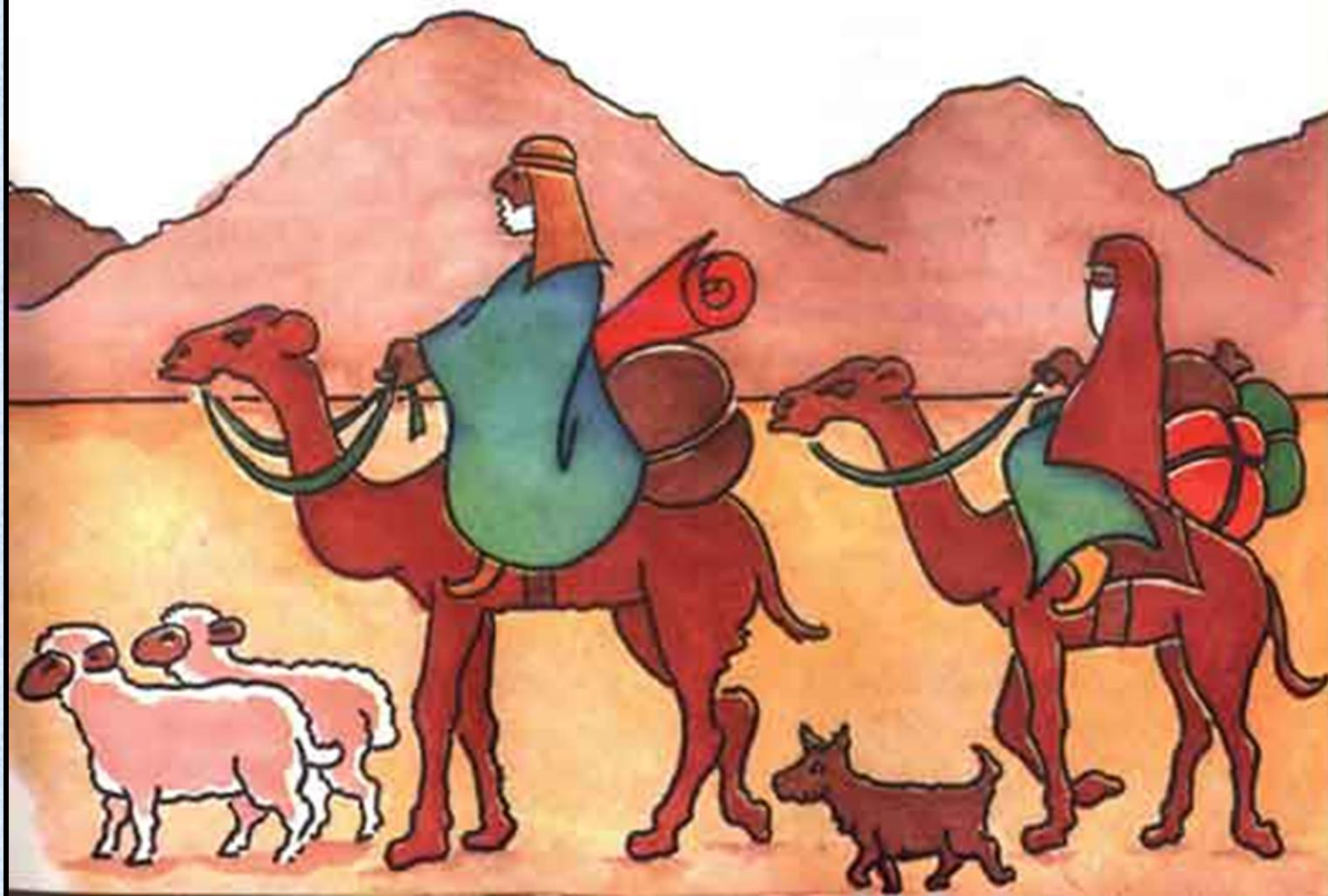
Abraham era un hombre excelente y muy rico. Es taba casado con Sara. Tenía grandes rebaños de ovejas y bueyes. Y chivos. Y una cantidad de camellos.

Lot era sobrino suyo.

Dios le ordenó a Abraham hacer un largo viaje, para ocupar unas tierras magníficas donde habitarían sus descendientes. Aunque el y Sara no tenían hijos y eran viejos los dos.

Pero Dios le anunció a Abraham que su descendencia sería numerosa como las estrellas del cielo y que de ella nacería el Redentor esperado.

Abraham y Sara en viaje



Abraham se puso en marcha. Sara lo acompañaba. También Lot y su mujer. Y toda la peonada marchó con ellos.

Iban montados en dromedarios y camellos. Algunos de atrás arreando la hacienda. Cruzaron médanos, cañadones y travesías.

Por último vadearon un río y llegaron a la Tierra Prometida por Dios a Abraham.

Eran campos flor, puro trébol y alfalfares, con buenas aguadas. Eso sí, no estaban alambrados porque el alambre no se había inventado todavía.

Esos campos se llamaban País de Canaán.

Y allí desensillaron Abraham y los suyos.

Pasaron algunos años. Sara seguía sin tener hijos y ya dudaba de tenerlos. Abraham, en cambio, confiaba en Dios, que le había anunciado descendencia.

Abraham y Lot empezaron a disgustarse y a tener diferencias, pues se mezclaban sus haciendas y sus pastores se peleaban. Así que decidieron dividir el campo.

En la fracción que le tocó a Lot había dos ciudades, pobladas por hombres y mujeres de lo peor.

Y Dios resolvió castigar a los hombres y mujeres de esas ciudades, llamadas Sodoma y Gomorra.

Abraham intercedió por ellos. Dios le contestó que si allí había al menos cincuenta personas decentes perdonaría a las ciudades.

Regateó Abraham con Dios y consiguió que le fuera rebajado el número de personas decentes, hasta que Dios se plantó en diez, fue inútil que Abraham hubiera regateado porque ni diez había.

Entonces llovió fuego sobre Sodoma y Gomorra. Hoy día, un mar salobre cubre el lugar donde estaban.

Lot alcanzó a disparar, pues Dios le avisó con tiempo, por medio de dos ángeles. Y también le indicó que nadie se detuviera a mirar la destrucción de las ciudades.

Mientras huían, la mujer de Lot se paró para curiosear y quedó convertida en una estatua de sal.



Sara por fin tuvo un hijo. Que se llamó Isaac. Y que hizo las delicias de sus padres.

Abraham jugaba con Isaac y, según fue creciendo, le enseñó la historia de su pueblo y le contó que de su estirpe nacería el Redentor, como Dios le había anunciado.

También le enseñaba a cazar, a montar en camello, a rondar la hacienda, a recorrer el campo. Y a adorar y servir a Dios.

Una noche, mientras Abraham dormía, le habló Dios y le dijo: “Quiero que me ofrezcas a tu hijo en sacrificio”.

Abraham se puso pálido y sintió un dolor tremendo.

No entendía nada: si tenía que matar a Isaac y él estaba viejo para tener más hijos ¿cómo podía de su descendencia nacer el Redentor?

Pero se dispuso a obedecer.

Caminó con Isaac hasta la punta de una montaña. Abraham llevaba el cuchillo e Isaac cargaba con la leña para el sacrificio.

-¿Y dónde está el cordero? -preguntó Isaac.

El Sacrificio de Isaac



-Dios proveerá -contestó Abraham.

Y siguieron trepando.

Cuando llegaron arriba, con el corazón destrozado y lágrimas en los ojos, Abraham tuvo que decirle a Isaac cuál era la terrible realidad.

Ya estaba atado Isaac sobre el montón de leña y ya levantaba Abraham el cuchillo sobre él cuando retumbó la voz de Dios.

-¡Alto, Abraham! -ordenó Dios-. Has demostrado que me querés sobre todas las cosas, porque estás dispuesto a ofrecerme tu único hijo. Serás bendecido por eso.

Loco de alegría, Abraham desató a Isaac, le dio un abrazo y le llenó de besos.

En eso estaban cuando advirtieron un cordero guampudo -chivo parecía- que se había enredado los cuernos en un matorral espinoso.

Agarraron el cordero y lo ofrecieron en sacrificio: Dios había provisto.



El sacrificio de Isaac es figura del sacrificio de Cristo, ofrecido por su Padre para redimir nuestros pecados. Isaac cargó con la leña, Cristo con su cruz. Pero, mientras Dios perdonó a Isaac, permitió la muerte de su único Hijo por amor a los hombres.

Abraham y Sara murieron viejísimos.

Objetivo: Muchas veces no entendemos la voluntad de Dios. Sobre todo cuando nos pide sacrificios. Pero debemos aceptarla con alegría, convencidos de que él dispone lo mejor para nosotros.

[Al índice con links/enlaces](#)

Jacob y Esaú

Isaac pasó a ser dueño de los campos y haciendas de su padre Abraham. Se casó con Rebeca y tuvieron dos hijos: Jacob y Esaú.

Aunque eran mellizos, Esaú había nacido un rato antes que Jacob, así que le correspondía ser heredero de Isaac.

Jacob era de piel delicada, andaba bien afeitado, cuidaba las ovejas y su madre sentía debilidad por él.

Esaú tenía la cara curtida por el sol y el viento, peludos los brazos y las manos. Usaba barba y le gustaba salir a cazar por el monte. Su padre lo prefería.

Cierto mediodía, Jacob se estaba preparando un guisito de lentejas. Esaú volvía de cazar, muerto de hambre.

-Te cambio mis derechos a la herencia por un plato de lentejas -le propuso Esaú a Jacob.

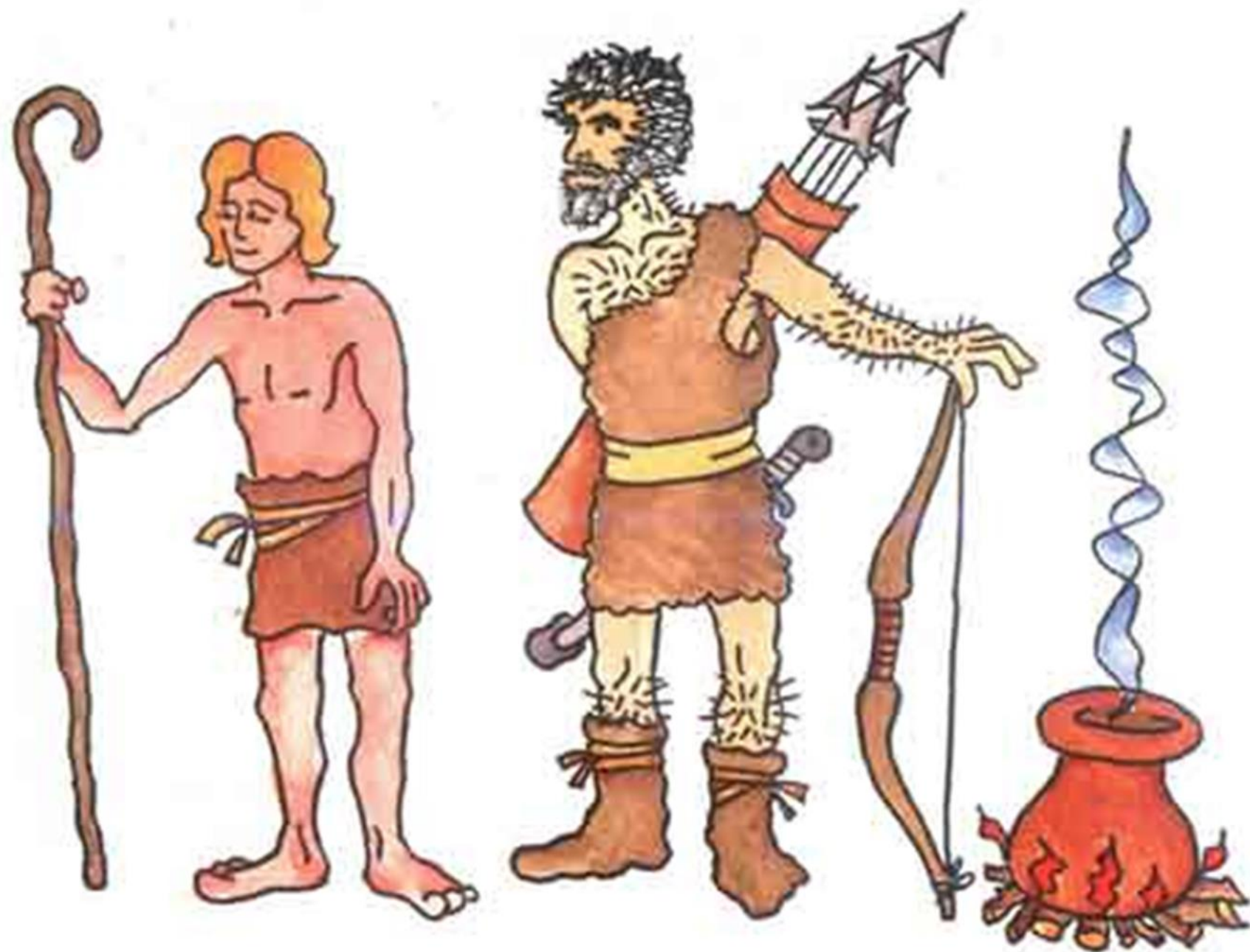
-Hecho -aceptó Jacob. Y Esaú se comió el guiso.

Pero, para que Jacob se transformara en heredero de su padre y de la promesa hecha por Dios a Abraham, respecto que de su descendencia nacería el Redentor, debía recibir la bendición de Isaac.

Y ocurrió que Esaú se arrepintió del trato. Y, además, Isaac deseaba que su heredero fuera Esaú, de modo que no le hubiera dado a Jacob la bendición.

Isaac era viejo y estaba ciego.

Jacob y Esaú



Entonces, entre Jacob y su madre planearon hacerle una jugarrera a Isaac. Rebeca asó un chivo. Jacob se puso la ropa de Esaú y se envolvió con el cuero del chivo los brazos y las manos.

Esaú andaba cazando, lejos.

Jacob le sirvió a Isaac una presa de asado, bien jugosa, y le pidió la bendición, diciendo que era Esaú e imitando su voz.

Isaac desconfió, le olfateó la ropa y le tanteó los brazos y las manos. Al notar que eran peludos como los de Esaú se tranquilizó y le dio la bendición a Jacob. Al volver Esaú descubrió la trampa y Jacob tuvo que escaparse.

Durante largo tiempo Jacob rodó por el mundo.

Una noche, cansado, se durmió con la cabeza apoyada sobre una piedra. En sueños vio una escalera que alcanzaba el cielo y los ángeles que subían y bajaban por ella.

Por fin llegó a lo de un tío suyo, donde cuidó las ovejas y las vacas. Allá se casó y terminó como socio de su tío, haciéndose rico. Tuvo varios hijos.



Un día Dios le mandó que volviera a casa de su padre, Jacob se puso en camino. Cuando entró al País de Canaán, la familia lo recibió con enorme alegría. Hasta Esaú le pegó un abrazo. Juntos, todos vivieron felices.

Objetivo: Destacar cómo Dios va cumpliendo sus planes, aunque la conducta de los hombres puede dejar mucho que desear. Porque Dios escribe derecho con renglones torcidos.

[Al índice con links/enlaces](#)

José, primer ministro del faraón

Los hijos de Jacob fueron doce. El menor se llamaba Benjamín. El penúltimo, José. Jacob quería mucho a Benjamín. Pero su favorito era José. Y los demás hermanos envidiaban a José.

José tenía sueños. Sueños que simbolizaban cosas que ocurrirían más adelante.

Una tarde Jacob envió a José para que buscara a sus hermanos, que se habían alejado cuidando la majada. Al verlo aproximarse dijeron los hermanos:

-¡Ahí viene el soñador! Vamos a matarlo y tiraremos su cadáver en un jagüel seco. Después le contaremos a nuestro padre que lo atacó un puma y se lo comió.

-No -opinó Rubén, el hermano mayor, que no era tan malo-. -Mejor lo tiramos vivo al jagüel. Y decía eso porque pensaba sacarlo luego.

Agarraron a José entre todos y lo arrojaron al pozo vacío.

Rubén se fue a dar una vuelta por el campo, para no oír los quejidos de José en el pozo.

Cuando volvió se encontró con que los demás, en su ausencia, habían sacado a José del jagüel vendiéndolo a unos mercachifles que pasaban en viaje hacia Egipto. La cosa no tenía remedio. A Jacob le presentaron el manto de José, manchado con la sangre de un cabrito, y Jacob se creyó que un puma lo había matado. Se largó a llorar desconsoladamente.

También lloraba José al llegar a Egipto. Extrañaba mucho.

Lo condujeron a una feria donde vendían esclavos y allí lo compró un hombre poderoso, llamado Putifar, con perdón de la palabra.

José en el jaguel (corte)



José lo sirvió fielmente y llegó a ser capataz de los servidores de su amo.

Pero la mujer de Putifar, que era de lo que no hay, se propuso engañar a su marido con José. Como José no le llevaba el apunte, ella, despechada, lo denunció falsamente. Putifar, furioso, metió a José en la cárcel.

Ahí interpretó acertadamente los sueños del copero –sommelier le dicen los franceses- y del panadero del rey, que también estaban presos.

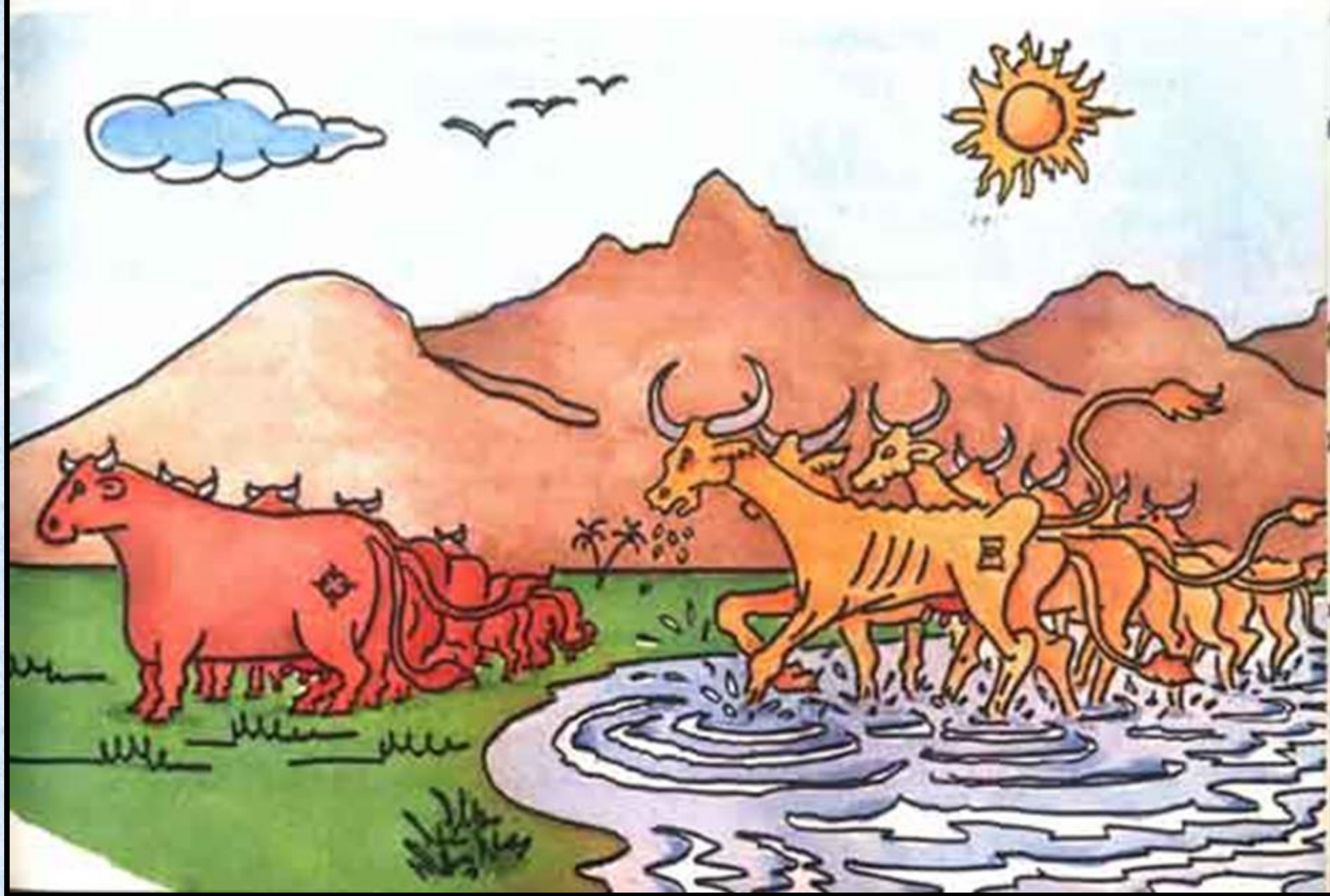


Una noche, el rey de Egipto –conocido como Faraón- tuvo dos sueños rarísimos.

En uno de ellos vio siete vacas gordas que salían de un río y pastoreaban en la orilla. Después salieron del agua siete vacas flacas y sarnosas que se comieron a las vacas gordas.

En el otro vio siete espigas bien granadas que eran devoradas por otras siete, vacías de granos, apestadas completamente.

El Sueño del Faraón



El Faraón se asustó por sus sueños y empezó a buscar alguien que supiera interpretarlos. Su copero, que ya andaba suelto, le comunicó la habilidad que tenía José para interpretar sueños y el rey lo mandó llamar.

José le explicó al rey:

-Los dos sueños indican lo mismo. Pronto vendrán siete años de prosperidad y abundancia. Pero después habrá otros siete de miseria. Por la seca se morirán las haciendas y se perderán las cosechas.

-Entonces nos moriremos de hambre -dijo el rey, muy afligido.

-No, don Faraón -contestó José. -Puede usted construir grandes galpones para guardar el trigo en la época buena. Y, cuando llegue la mala, distribuirlo de a poco hasta que mejoren las cosas.

-Está bien -aprobó el rey- Ya que has demostrado ser tan inteligente, te encargarás vos de hacer eso. Para que puedas realizarlo, te nombro Primer Ministro.

Todo sucedió conforme lo había anunciado José. Y nadie pasó hambre gracias a su previsión.

Así, José llegó a ser una persona importantísima en Egipto, apreciado por el Faraón y respetado por la corte y el pueblo.

Era de tardecita cuando llegó a Egipto una caravana para comprar trigo, porque la seca había sido general.

Venían de Canaán y José reconoció a quienes la formaban: se trataba de sus hermanos. Pero ellos no lo reconocieron a José, que se había hecho hombre y andaba vestido de Primer Ministro.

Todos los hermanos venían, menos Benjamín, el menor, que se había quedado en las casas con Jacob.

José, sin darse a conocer, los asustó diciéndoles que sospechaba que debían ser espías y ellos, muertos de miedo, lo negaban y repetían alabanzas a José, que se reía en grande por adentro.

Después les mandó que fueran a buscar a Benjamín.

José tuvo un alegrón cuando vio a Benjamín y les dio un banquete a todos, pero siguió sin identificarse.

Durante el banquete hizo esconder una copa de plata en el equipaje de Benjamín y, cuando la descubrieron, fingió enojarse y ordenó que metieran preso al muchacho.

Los hermanos rogaron y suplicaron por él, jurando que era inocente. José, al verlos tan desesperados comprobó que, con el tiempo, sus hermanos habían mejorado, ablandándoseles el corazón.

Entonces les dijo quién era y aquello fue un jolgorio. Todos se abrazaron, llorando y riéndose al mismo tiempo.

José dispuso que, lo antes posible, le trajeran desde Canaán al viejo Jacob, que se había quedado sólo y con el ánimo por el suelo. Cuando llegó Jacob, la fiesta duró lo menos una semana. Hubo empanadas y asado con cuero, anchuras y pastelitos de dulce, con vino a discreción.

La familia se quedó en Egipto, protegida por José.

Objetivo: Destacar que, como dice el Martín Fierro, los hermanos han de ser unidos, porque ésa es la ley primera. Aunque en realidad no sea la primera.

[Al índice con links/enlaces](#)

Moisés, de Príncipe a Pastor

Los descendientes de José y sus hermanos se quedaron en Egipto. Los hijos, nietos, bisnietos y tataranietos suyos formaron un pueblo: el pueblo de Israel, o pueblo judío. Que se dividió en 12 tribus, constituidas por la descendencia de los 12 hijos de Isaac.

Los egipcios tiranizaban a los israelitas, obligándoles a realizar pesadas tareas para ellos. Pero les tenían miedo porque ya eran muchos y su número crecía.

Por eso el Faraón ordenó que tiraran al río a todos los hijos varones que nacieran del pueblo judío para que se ahogaran.

Entre los israelitas había una familia que tenía dos hijos, nacidos antes de que el Faraón diera aquella orden terrible. La mayor se llamaba Myriam y el segundo Aarón. Y nació un tercer hermano, que era varón y debía ser ahogado.

La madre lo tuvo escondido un tiempo, pero se dio cuenta de que lo iban a descubrir en cualquier momento. Entonces hizo una canastita de mimbres bien trenzados, que flotaba como un bote, metió al chiquito en ella y la dejó entre unos juncos, a la costa del río. El chico lloraba a más no poder.

Moisés en el Nilo



En eso pasó por allí tan luego la hija del Faraón, que andaba paseando con la fresca, acompañada por sus mucamas. Oyó el llanto del chico y mandó a ver qué pasaba.

Lo encontró al chico una de las mucamas y se lo trajo a la hija del Faraón, metido en su canasta. Y todas empezaron a decir: ¡qué lindo el nene!, ¡vean que ojitos que tiene!, ¡sí es una ricura! Y, aunque la princesa pensó que ese chico tenía que ser judío, resolvió quedarse con él y criarlo como si fuera hijo suyo.

Pero cayó en la cuenta de que ni ella ni sus mucamas podían darle de mamar y se pusieron a buscar alguna señora que estuviera criando, para que lo hiciera.

Myriam, que se había escondido en el juncal hasta ver qué pasaba con su hermanito, oyó la conversación, se presentó a la princesa y le dijo que conocía una señora que podía encargarse de eso.

Y le presentó a su madre que, así, vino a criar su propio hijo comisionada por la hija del Faraón.

Al chico le pusieron de nombre Moisés, que quiere decir “salvado de las aguas”.

Moisés creció y recibió trato de príncipe, pues pasaba por nieto del Faraón. Pero él, que sabía que era israelita, sufría por la suerte de su pueblo y soñaba con liberarlo de la esclavitud en que lo tenían los egipcios, llevándolo de vuelta a sus pagos de Canaán.

Un día se topó con un soldado egipcio que estaba pegándole unos planazos a un judío, se le fue encima y lo mató. Y aunque creyó que nadie lo había visto, la noticia corrió, llegó a oídos del Faraón y éste ordenó a la policía que lo metiera preso. Antes que los vigilantes llegaran, Moisés se escapó y ganó el desierto.

Caminó mucho, pasó hambre y sed. Finalmente llegó a un país llamado Madián. Allí, junto a un aljibe, defendió a unas muchachas de una patota que se metió con ellas. El padre, reconocido, lo recibió en su casa.

Moisés se casó con una de las muchachas, Séfora de nombre, y empezó a trabajar de pastor para su suegro.

Estaba Moisés rondando las ovejas cuando observó algo raro: un matorral se quemaba pero no se consumía. La fogata era grande y las hojas del matorral seguían verdes, como si tal.

Se arrimó para mirar con mayor atención cuando, desde la planta, se oyó la voz de Dios que decía: ¡Moisés! ¡Moisés!

-Aquí estoy -contestó Moisés.

-No te arrimes más- le indicó Dios.

-¿Y quién es usted? -preguntó Moisés.

-Soy el que soy, el Dios de Abraham, de Isaac y Jacob.

Moisés cayó de rodillas.

Dios entonces le hizo saber que libertaría al pueblo judío de los egipcios, llevándolo de vuelta a la tierra Prometida. Y le mandó que se presentara al Faraón diciéndole que debía dejar salir a los israelitas.

Aunque a Moisés no le hacía ninguna gracia tener que presentarse al Faraón, se dispuso a cumplir la orden recibida.

Enseguida se apagó la fogata, señal de que Dios se había retirado del matorral.

Moisés se encaminó a Egipto.

Objetivo: Destacar que los judíos, o Pueblo Elegido, necesitaban un jefe para volver a su patria y cumplir los planes que Dios había trazado. Dios va preparando a su jefe, que será

Moisés. Mostrar que, aunque nosotros no lo notemos, Dios sigue conduciendo la Historia y disponiendo la aparición de hombres que se encargan de cumplir sus designios.

[Al índice con links/enlaces](#)

La salida de Egipto

Cuando Moisés iba de vuelta a Egipto se encontró en medio de la huella con su hermano Aarón. Se abrazaron, Moisés le contó sus aventuras y los dos fueron a reclamarle al Faraón que les dejara a los judíos volver a su país.

El faraón les dijo que estaban locos; que necesitaba a los judíos, pues hacían los trabajos más duros en Egipto.

Moisés le hizo saber que era voluntad de Dios que permitiera salir a los israelitas. El faraón le contestó que él no creía en el Dios de los judíos y los sacó carpiendo. Mejor no lo hubiera hecho.

Para que el faraón aflojara. Dios mandó diez plagas sobre Egipto. Primero, el agua se convirtió en sangre. Después hubo una invasión de ranas, ranas que parecían escuerzos, pegajosas y llenas de granos.

Enseguida vino otra invasión, de moscas esta vez. Y, detrás de las moscas, una de mosquitos que picaban sin asco a los egipcios.

Con eso pareció que el Faraón cedía, pero no. Se arrepintió de haber vacilado y siguió en sus trece. Todos los animales de los egipcios se enfermaron, como si les hubiera dado la fiebre aftosa. Más tarde empezó a granizar, granizo tupido.

Y, cuando paró la granizada, en lugar de aclarar se puso más oscuro y durante 3 días tinieblas cubrieron toda la región. Pese a eso, el Faraón seguía emperrado. Faltaba sin embargo la última plaga, que sería la peor.

Dios les indicó a los judíos que se prepararan para emprender el viaje. Que cada familia matara a un cordero y, si alcanzaba para que compartiera el asado con sus vecinos israelitas. Y que con la sangre del cordero, hicieran una señal en la puerta de cada casa, porque mandaría un ángel para matar al hijo mayor de las familias que vivieran en casas que no tuvieran la puerta marcada aquella señal.

Por la noche pasó el Ángel Exterminador y cumplió las órdenes que traía. No entró en las casas que tenían la marca en sus puertas. La sangre del cordero -figura de Jesucristo- había salvado a los israelitas.

El hijo mayor del Faraón murió esa noche.

Su padre aflojó y permitió que los judíos abandonaran Egipto. Estos emprendieron la marcha, llevándose todo lo que tenían. Formaron una larga columna. Al frente de ella se puso Dios en forma de nube. Durante el día, la nube brindaba sombra; al caer la tarde, se volvía luminosa y alumbraba el campamento.



Llevaban varias jornadas de viaje cuando el Faraón cambió de idea nuevamente y envió su ejército para que persiguiera a los judíos, trayéndolos de vuelta.

Los israelitas alcanzaron la orilla del Mar Rojo y ahí se dieron cuenta de que los soldados egipcios se acercaban. Detrás de él se escuchaba el galope de la caballada y el ruido que hacían al rodar los carros de combate. Al frente tenían las olas que se extendían hasta el horizonte. Aparentemente estaban perdidos.

El Cruce del Mar Rojo



Moisés se plantó en la playa y levantó su bastón. El mar se dividió al medio, dejando un camino seco para que pasaran los judíos a los costados del camino, el agua formaba como paredes transparentes donde nadaban los pescados.

Los judíos habían avanzado bastante cuando llegaron a la orilla los egipcios. Dudaron estos antes de largarse a perseguirlos, pero al fin se largaron.

Cuando los judíos alcanzaban la otra orilla, tenían los soldados sobre los talones.

Y no bien pisó la playa opuesta el último israelita, se cerró el mar sobre los egipcios, sus caballos y sus carros de combate. No se salvó ni uno.



El pueblo judío se internó en el desierto, siempre con la nube a su frente.

Pronto escaseó el agua. La caravana llegó hasta un charco que resultó que el agua estaba abombada. Moisés tiró un pedazo de madera dentro de él y el agua mejoró enseguida.

Después se acabaron las provisiones y empezaron los rezonguillos de los israelitas que eran muy agradecidos. Pese a eso, Dios mandó una comida extraordinaria, que caía del

cielo durante moche y a la cual uno le sentía el gusto que prefería, le pusieron por nombre MANÁ.

Faltó el agua otra vez. Y vuelta a protestar los judíos, que ya maldecían: mejor nos hubiéramos quedado en Egipto. Moisés golpeó una piedra con su bastón y se formó una fuente, fresca y abundante.

Más tarde los israelitas extrañaron los asados y los pucheros de gallina que comían en Egipto. Y, para no perder la costumbre, se pusieron a rezongar. Con infinita paciencia. Dios hizo que aparecieran grandes bandadas de perdices copetonas, que caían redondas sobre el campamento, de modo que los judíos tuvieron carne que comer.

Pero no fueron felices porque comieran perdices, ya que siempre andaban rezongando y nada les venía bien. Una banda enemiga los atacó. Moisés nombró a Josué para que la combatiera. Mientras los judíos peleaban a las órdenes de Josué, Moisés rezaba con los brazos abiertos para que Dios les diera el triunfo.

Cuando Moisés bajaba los brazos, los judíos retrocedían; cuando volvía a levantar, avanzaban. Moisés estaba cansadísimo. De modo que, entre dos, le sostuvieron los brazos levantados y Josué ganó la batalla.

Objetivo: Destacar que el maná es símbolo de otro alimento maravilloso venido del cielo: la Eucaristía.

[Al índice con links/enlaces](#)

Los Diez Mandamientos

Pese a todos los favores que recibían, los judíos protestaban contra Dios y contra Moisés. Hasta el punto que resolvieron fabricarse un dios falso, en forma de ternero de oro, para adorarlo.

Moisés, ignorando lo que tramaban los judíos, subió un día a una montaña, convocado por Dios. Esa montaña era el Monte Sinaí. Una gran tormenta envolvía el cerro. Brillaban los relámpagos y retumbaban los truenos. Allí Dios le entregó a Moisés los Diez Mandamientos, escritos en dos planchas de piedra que se llamaron Tablas de la Ley.

Los Diez Mandamientos son:

- 1. Querer a Dios sobre todas las cosas.**
- 2. No jurar falsamente o sin necesidad.**
- 3. Santificar las fiestas de guardar.**

Moisés y el Ternero de Oro



- 4. Respetar y obedecer a los padres.**
- 5. No matar, lastimar ni criticar a los demás.**
- 6. No cometer pecados de impureza.**
- 7. No robar.**
- 8. No mentir.**
- 9. No desear la señora de otro.**
- 10. No codiciar la fortuna ajena.**

Al bajar Moisés encontró a los judíos adorando al ternero de oro. Se indignó ante tamaña barbaridad, tiró contra el suelo las Tablas de la Ley y destrozó el ternero de oro. Después volvió a la montaña para pedirle perdón a Dios por el pecado de idolatría cometido por su pueblo. Y volvió a escribir las Tablas de la Ley.

Para guardar las Tablas de la Ley, por indicación de Dios mandó Moisés construir una caja muy fina, con dos estatuas de arcángeles a los costados y unas varas que permitían llevarla a hombro. Ésa fue el Arca de la Alianza. Marchaba en lugar de privilegio dentro de la columna que formaba el pueblo judío en su largo viaje. Dios iba en ella.



Llegaron por fin cerquita del País de Canaán. Y mandaron algunos hombres a explorar el terreno, entre ellos Josué. Volvieron cargados con enormes racimos de uva, diciendo que los campos eran de primera, pero que sus ocupantes eran muy fuertes, altísimos y de mal carácter.

Los judíos se asustaron y dijeron de nuevo: mejor haberse quedado en Egipto.

Dios se cansó de sus quejas y dispuso que vagarían cuarenta años por el desierto, antes de poder entrar a la Tierra Prometida.



Durante esos años volvió a faltar el agua. Los judíos volvieron a rezongar. Moisés y Aarón perdieron los estribos y moisés, de pésimo humor, hizo brotar agua de la piedra otra vez. Pero lo hizo pensando que eso de hacer brotar agua de las piedras era una habilidad suya y no un don de Dios. Para corregirlo, Dios le hizo saber que ni él ni Aarón entrarían al País de Canaán.

Y nuevamente los judíos se pusieron a protestar por la comida, de puro malcriados que eran. Y Dios mandó sobre ellos una cantidad de víboras venenosas, que andaban por todas partes y picaban a mucha gente.

A pedido de Moisés, Dios se compadeció de los israelitas y le indicó a Moisés que hiciera una serpiente de bronce bastante grande y la colocara sobre un palo, en medio del campamento, y le dijo que si a alguno lo picaba una víbora, mirara a la serpiente y quedaría curado.

Se trataba de otro símbolo de Cristo, a quien los hombres levantarían en la cruz, igual que a la serpiente de bronce, para salud de todos.



Cumplidos los cuarenta años de andar por el desierto y ya fallecido Aarón, los judíos se arrimaron de nuevo a la Tierra Prometida.

Moisés estaba viejo y cansado. Tenía varios siglos de edad. Como para no sentirse viejo y cansado.

Sabiendo que iba a morir, se despidió de su pueblo y subió, solo, a una sierra. Desde allí vio la Tierra Prometida y Dios lo llamó a su lado.

Moisés fue un hombre justo y un caudillo formidable de su pueblo rezongón.

Objetivo: Destacar que Dios eligió un pueblo como pueblo suyo, protegiéndolo pese a su ingratitude para que de él naciera el Salvador.

[Al índice con links/enlaces](#)

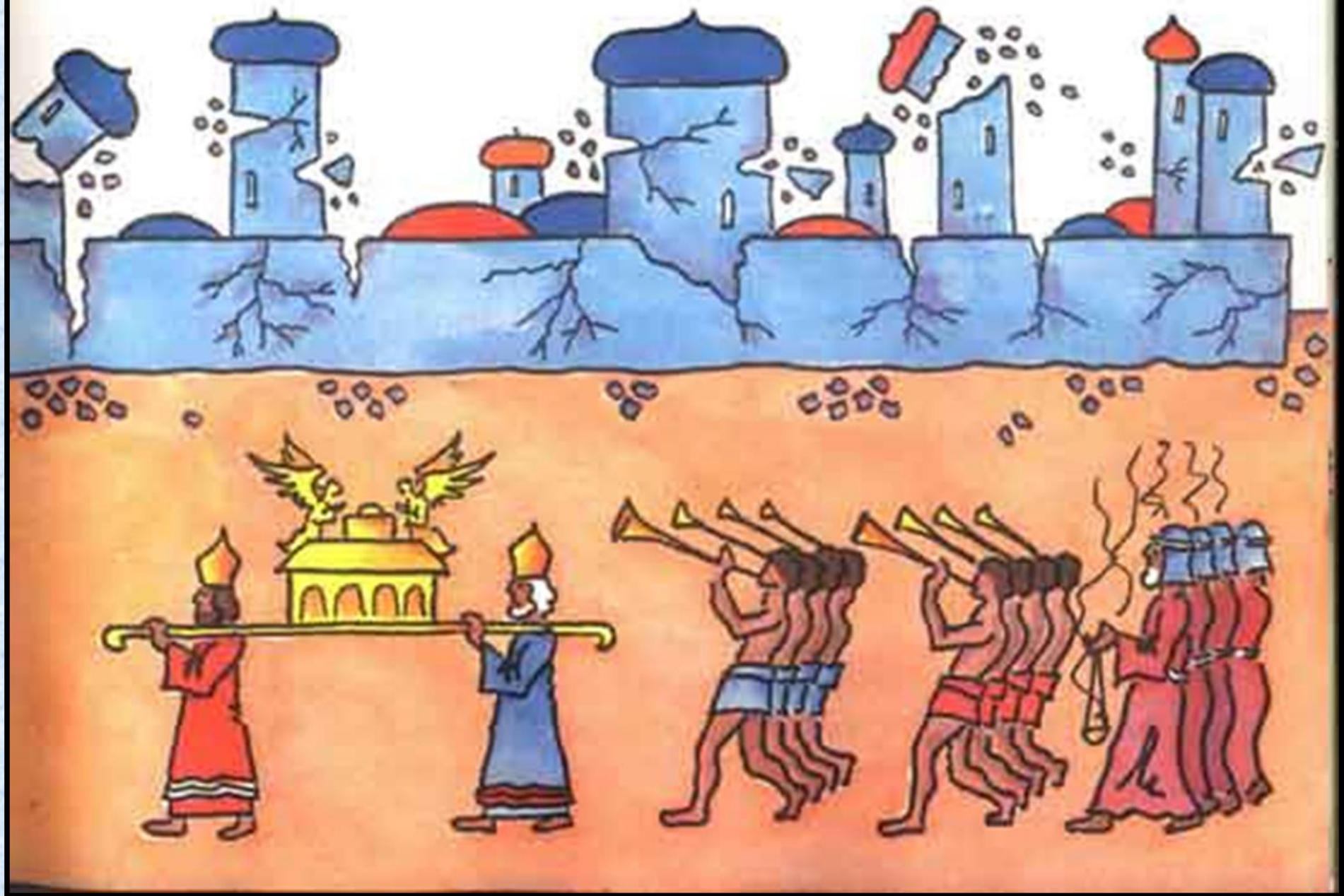
En la Tierra Prometida

A la muerte de Moisés, fue Josué el que tomó el mando de los israelitas.

La entrada del país de Canaán estaba protegida por una ciudad fortificada llamada Jericó. Altas torres y gruesas murallas la defendían.

Josué envió a dos hombres, que eran una especie de comandos de su tiempo, para que se infiltraran en la ciudad y vieran la manera de tomarla. Los espías fueron descubiertos pero una mujer llamada Rahab los protegió, los escondió en su casa y les ayudó a descolgarse por una sogá desde arriba de las murallas para huir.

Caen las Murallas de Jericó



Los comandos llegaron diciendo que Jericó parecía inexpugnable, o sea, imposible de tomar.

Josué consultó a Dios. Y, siguiendo sus instrucciones, los judíos empezaron a dar vueltas alrededor de Jericó, llevando con ellos el Arca de la Alianza y haciendo sonar clarines y trompetas. Hicieron eso durante días. Al séptimo, cuando daban la séptima vuelta a la ciudad, las murallas se derrumbaron solas y las torres se vinieron abajo en medio de una gran polvareda.

Así los judíos tomaron Jericó y le agradecieron a Rahab la mano que les había dado.



Ya instalados en la Tierra Prometida y una vez muerto Josué, Gedeón se puso al frente de los judíos. Fue un gran guerrero y derrotó a los enemigos de su pueblo en muchas batallas, asegurando así la posesión de ese país maravilloso.

Sin embargo, los judíos debieron seguir combatiendo contra otros pueblos que los rodeaban. Entre esos pueblos estaban los filisteos.

Los israelitas eran gobernados ahora por jueces. En sus luchas contra los pueblos vecinos a veces ganaban y a veces perdían. Hubo un momento en que los filisteos dominaron a los judíos y ocuparon parte del País de Canaán.

Fue por esa época cuando un ángel le avisó a una mujer que no podía tener hijos que tendría uno. Agregando que ese hijo debía ser consagrado a Dios y, como prueba de su consagración, nunca deberían cortarle el pelo. Por último le dijo que el muchacho llevaría a cabo grandes empresas a favor de su pueblo.



Nació el chico y le pusieron de nombre Sansón. Nunca le cortaron el pelo. Tenía una fuerza increíble. Cuando creció, se enamoró de una chica filistea. Iba a pedir su mano cuando le salió al cruce un león. Sansón lo mató a mano limpia.

El padre de la chica aprobó el casamiento y Sansón se volvió de lo más contento. Por, al poco tiempo, el filisteo faltó a su palabra y casó a su hija con otro. Fue tan grande la rabia de Sansón que cazó un montón de zorros, les prendió fuego la cola y los largó en los trigales de los filisteos, que ya estaban para cosechar y se quemaron todos.

También atacó al ejército filisteo, llevando como única arma una quijada de burro en la mano. Mató con ella a más de mil soldados y los demás salieron corriendo.

Como lo habían dejado sin novia, Sansón pensó en casarse con otra filisteo, que se llamaba Dalila. Era muy linda pero muy mala.

Un día estaba Sansón con Dalila y los filisteos quisieron dejarlo encerrado en la ciudad. Sansón salió de lo más tranquilo y, al ver que lo habían encerrado, arrancó una de las puertas de la ciudad, se la echó al hombro y la dejó en la punta de un cerro.

Todos se preguntaban por qué era tan fuerte Sansón, cuál sería el secreto de su fuerza enorme.

Dalila le preguntaba siempre eso, haciéndole mimos, para contárselo después a los filisteos. Por fin Sansón le confesó la verdad diciéndole que el secreto de su fuerza consistía en que nunca habían cortado el pelo porque estaba consagrado a Dios y que si se lo cortaban se convertiría en un debilucho cualquiera.

Una noche Sansón se quedó dormido, vino Dalila despacito, le cortó el pelo, avisando después a los filisteos. Éstos llegaron, atacaron a Sansón, se lo llevaron atado, le arrancaron los ojos y lo encerraron en una comisaría oscura y llena de ratas.

Todos se reían de Sansón, ciego y metido en el cepo. Pero el tiempo fue pasando y el pelo le crecía a Sansón poco a poco.

El rey de los filisteos dio un gran banquete. Antes del postre a uno se le ocurrió que podrían traer a Sansón hasta la sala del banquete, para burlarse de él durante la sobremesa. A todos les parecía muy divertida la idea y el rey hizo venir a Sansón, que ya andaba con el pelo bastante largo.

Sansón se paró entre dos columnas que sostenían el techo, y en lo mejor de la fiesta, agarró una columna con el brazo derecho y la otra con el izquierdo, pegando el grito: ¡Muera Sansón y todos los filisteos!

Sacudió las columnas, que se partieron al medio y el techo se vino abajo, sepultando a cuantos estaban banqueteeando.

Así terminó Sansón y los judíos se vieron libres por un tiempo de los filisteos.

Sanson





Igual que Sansón, hubo hombres y mujeres que, cumpliendo la voluntad de Dios, sirvieron al pueblo de Israel, que el Señor había elegido para sí: Una de esas mujeres fue Ruth, que favoreció a los judíos pese a haber nacido ella en el país de Moab. Y uno de esos hombres fue Samuel.

Samuel hablaba con Dios frecuentemente y cumplía las instrucciones que Dios le daba. Era un profeta.

A todo esto, los judíos se habían aburrido de ser gobernados por jueces y quisieron tener un rey, como los pueblos vecinos. Fueron entonces y le pidieron a Samuel que les eligiera uno.

Samuel consultó con Dios y eligió rey a Saúl.

Objetivo: Destacar que todos estos sucesos abarcan un lapso muy largo. E insistir en mostrar cómo, sin que los hombres lo adviertan, Dios va disponiendo las cosas para preparar la llegada al mundo de su Hijo encarnado, que será el Redentor.

[Al índice con links/enlaces](#)

David, el Rey Cantor

Saúl empezó gobernando más o menos bien, pero pronto desobedeció a Dios.

Dios le habló entonces a Samuel –que era ya viejo- diciéndole que debía nombrar otro rey para Israel. Que ese rey no iba reinar todavía sino más adelante y no sería uno de los siete hijos de Jesé, un paisano que tenía campo en Belén.

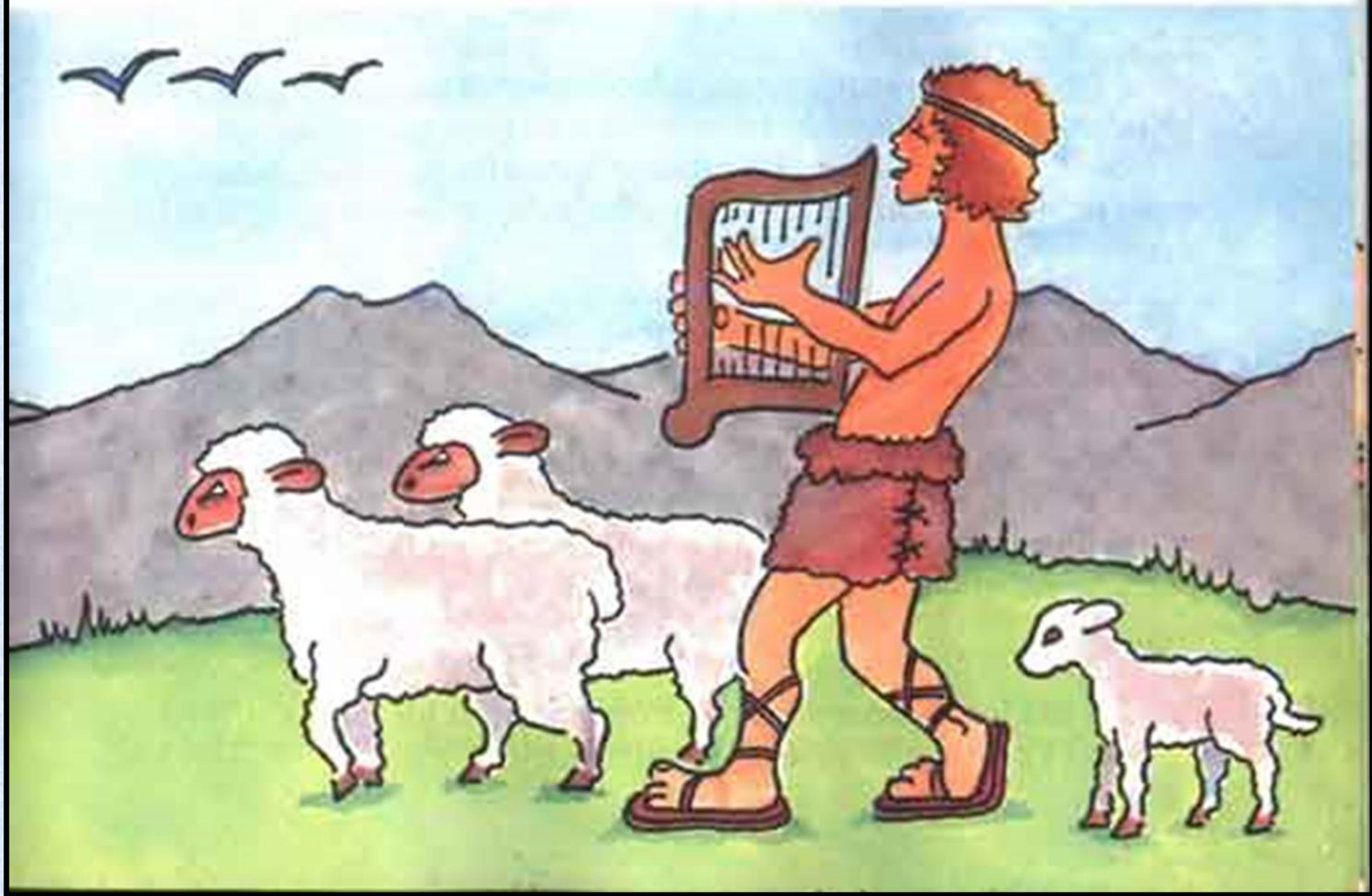
Samuel se fue a lo de José y le pidió que le presentara a sus hijos. El mayor resultó un macetón bien plantado, alto y medio colorado de cara. Samuel pensó que tenía facha de rey. Pero Dios indicó que ése no era. Así fueron pasando los demás y Dios no señaló a ninguno de ellos. Una vez que pasó el último, Samuel le preguntó a José:

¿Éstos son todos tus hijos, don?

–No –contestó José-. Falta el menor; que anda cuidando la majada. Pero es muy chico todavía.

–No importa –dijo Samuel –mándalo venir.

David Pastor



Al rato llegó David, que era un muchachito rubio, con la afición de cantar. Estaba encargado de rondar las ovejas y se la pasaba cantando todo el día, acompañándose con un arpa, parecida al arpa paraguaya pero más chica. El mismo David componía las canciones que cantaba y en ellas celebraba las grandezas de Dios y recordaba la historia de su pueblo. Las canciones que componía David de llamarían salmos y se cantan todavía en las iglesias.

Cuando el chico entró Dios le comunicó a Samuel:

-Ése es mi candidato. Ungilo para rey.

La ceremonia de ungir consistía en echarle a uno aceite en la cabeza, pronunciando unas palabras que Samuel conocía y yo no.

Eso hizo Samuel con David. Y David quedó ungido rey, pero nadie lo sabía porque no había llegado el momento de que asumiera el mando. Era algo así como un presidente electo, antes de recibir la banda y el bastón que usan los presidentes.

El reinado de Saúl cada vez andaba peor. Se le presentó Samuel y le dijo:

-Rey, Dios está muy disgustado con vos. Tu reinado acabará mal y no será tu hijo el que lo herede. Dios ya te eligió sucesor.

Saúl se puso furioso. La rabia se convirtió para él en una enfermedad. Le daban ataques y rompía todo lo que tuviera a mano.

En la corte alguno propuso que buscaran alguien que supiera tocar música suave, para calmar al rey cuando le daba el ataque. Como habían oído hablar de David y de las canciones que cantaba, lo mandaron buscar.

Santo remedio. Al rey le venía el ataque, David empezaba a puntear en el arpa algún salmo y Saúl se calmaba enseguida. David se quedó a vivir en el palacio de Saúl. Y a Saúl ni se le ocurrió que podía tener al lado suyo al futuro rey.



Un día los filisteos atacaron nuevamente a los judíos.

Saúl y su ejército salieron a enfrentarlos.

Los campamentos de unos y otros quedaron instalados bastante cerca, mientras esperaban el momento de entrar en batalla. Entre las carpas de los judíos y de los filisteos se extendía un potrero grande y parejo.

En las filas de los filisteos había un gigante. Era un soldado enorme, fuerte como él solo, con una cara que daba miedo mirarla, voz de trueno y brazos como troncos de algarrobo. Se

cubría la cabeza con un casco adornado por una cola de caballo; el pecho con una coraza de bronce y las pantorrillas con algo que parecían canilleras de hierro. Llevaba lanza, espada de dos filos y una maza terminada en una bola de metal llena de puntas. Se llamaba Goliat.

Cada mañana se plantaba Goliat en el descampado que separaba los campamentos y los desafiaba a pelear a los judíos. Ningún judío agarraba viaje y Goliat los insultaba de arriba abajo, diciéndoles que eran unos flojos y que los iba a hacer pedazos al primero que le viniera. Pero ninguno venía.

La misma escena se repetía por la tarde.

Hasta que llegó David al campamento. Lo vio a Goliat y oyó sus insultos. Cuando advirtió que Goliat también blasfemaba contra Dios, dijo David:

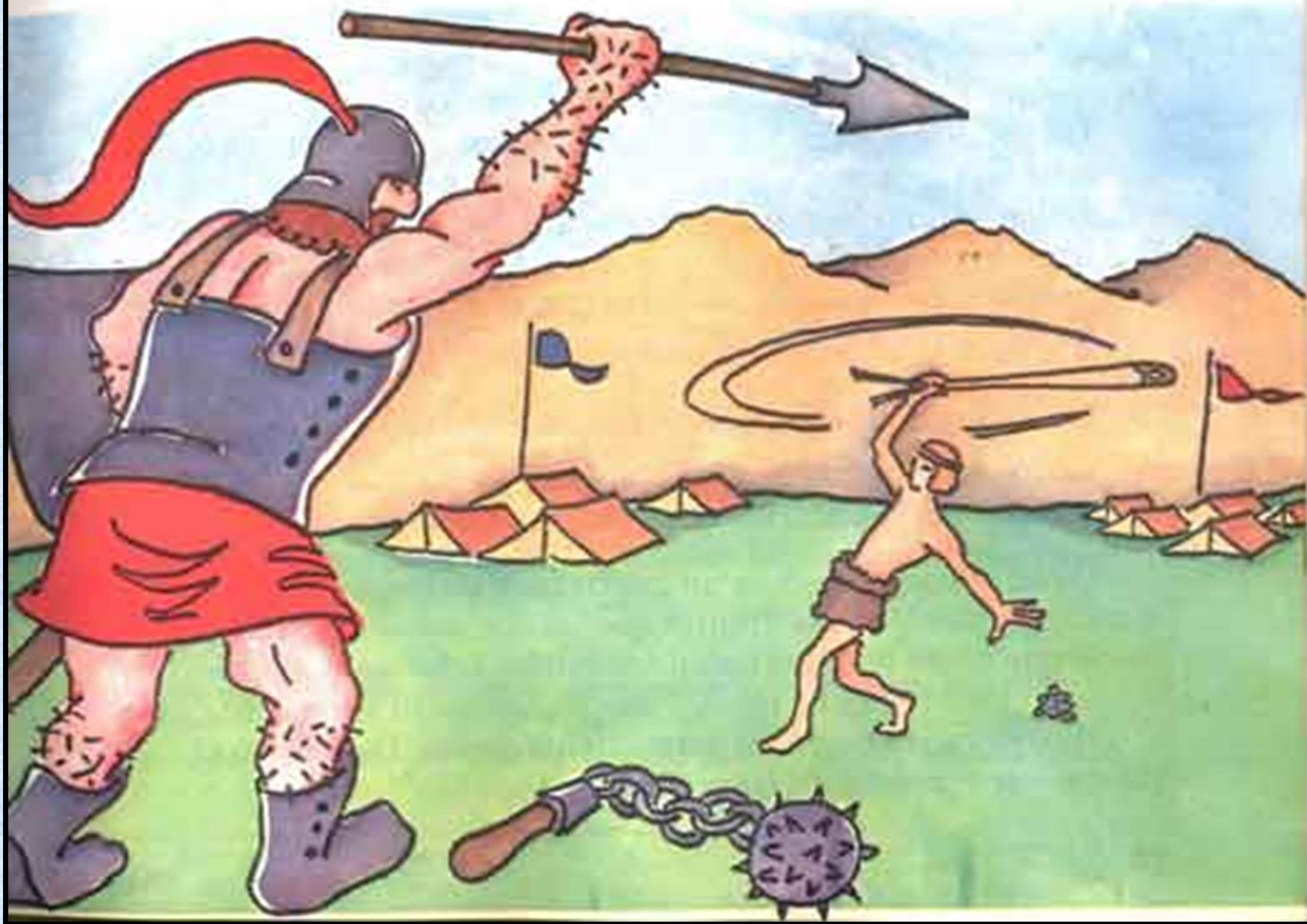
-Yo lo peleo.

-Estás loco –le contestó Saúl-. Te va a destrozar. Vos sos un chiquilín y él un gigante.

-Lo peleo igual –insistió David.

Al ver que estaba decidido le trajeron armas, un casco y una coraza. David se negó a usarlos, diciendo que le bastaba con su honda de pastor.

David y Goliat



Las hondas de pastor no son como las gómeras. Están hechas con una sogueta y un pedazo de cuero. En el cuero se coloca una piedra, se revolea la honda y, al soltar una punta de la soga, sale la piedra disparada.

Cuando Goliat lo vio a David tan chiquito y desarmado, largó una carcajada. Se moría de risa y con las manos se golpeaba el costil sin poder contenerse.

-Menos risa –le previno David-. Defiéndase usted, señor gigante, porque lo voy a matar.

Se recompuso Goliat y, al ver que la cosa iba en serio, pegó un rugido formidable y levantó su lanza para arrojarla contra David. Éste colocó una piedra en la honda y empezó a revolearla.

Un profundo silencio reinaba en los dos campamentos. No se oía volar una mosca.

Goliat apuntó bien para no errar el lanzazo. David aseguró el tiro. Y antes que volara la lanza, partió la piedra silbando y se incrustó en la frente del gigante. Goliat se desplomó como una torre que se derrumba.

David corrió hasta su rival caído. Tomó la espada de Goliat y le cortó la cabeza.

Los filisteos, al ver esto, huyeron en desbandada. Los judíos levantaron a David en andas.



David se transformó en un guerrero. Y las tropas que él mandaba obtenían más triunfos que las que mandaba Saúl. De modo que a éste le entraron unos terribles celos de David y le volvieron los ataques de rabia. Para peor, empezó a sospechar que el futuro rey sería David. Al darse cuenta de eso, David dejó el palacio y se escondió en las montañas.

Saúl lo buscaba para matarlo. Y aunque David tuvo muchas oportunidades para matar a Saúl, nunca quiso hacerlo porque era fiel a su rey aunque éste no fuera una buena persona.

Los judíos se pusieron de parte de David y no veían el momento de que ocupara el trono de Saúl. Pero David no quería saber nada y mantenía su fidelidad al rey.

Por fin, en un combate contra los filisteos, murieron Saúl y su hijo Jonatán. David los lloró desconsoladamente. Sin embargo, pese a su aflicción, los judíos lo proclamaron rey, le dieron la corona y el cetro, sentándolo en el trono de Israel.

Fue un rey estupendo. Y aunque hizo algunos despropósitos, siempre se arrepintió de ellos, pidiendo perdón a Dios. Dios lo perdonó una y otra vez. Ganó numerosas batallas, administrando su país con prudencia.

Objetivo: Destacar el combate entre David y Goliat. Señalar que, con la protección de Dios, a veces los débiles triunfan sobre los fuertes y que, por eso, al considerar las cosas, siempre hay que confiar en la Divina Providencia.

[Al índice con links/enlaces](#)

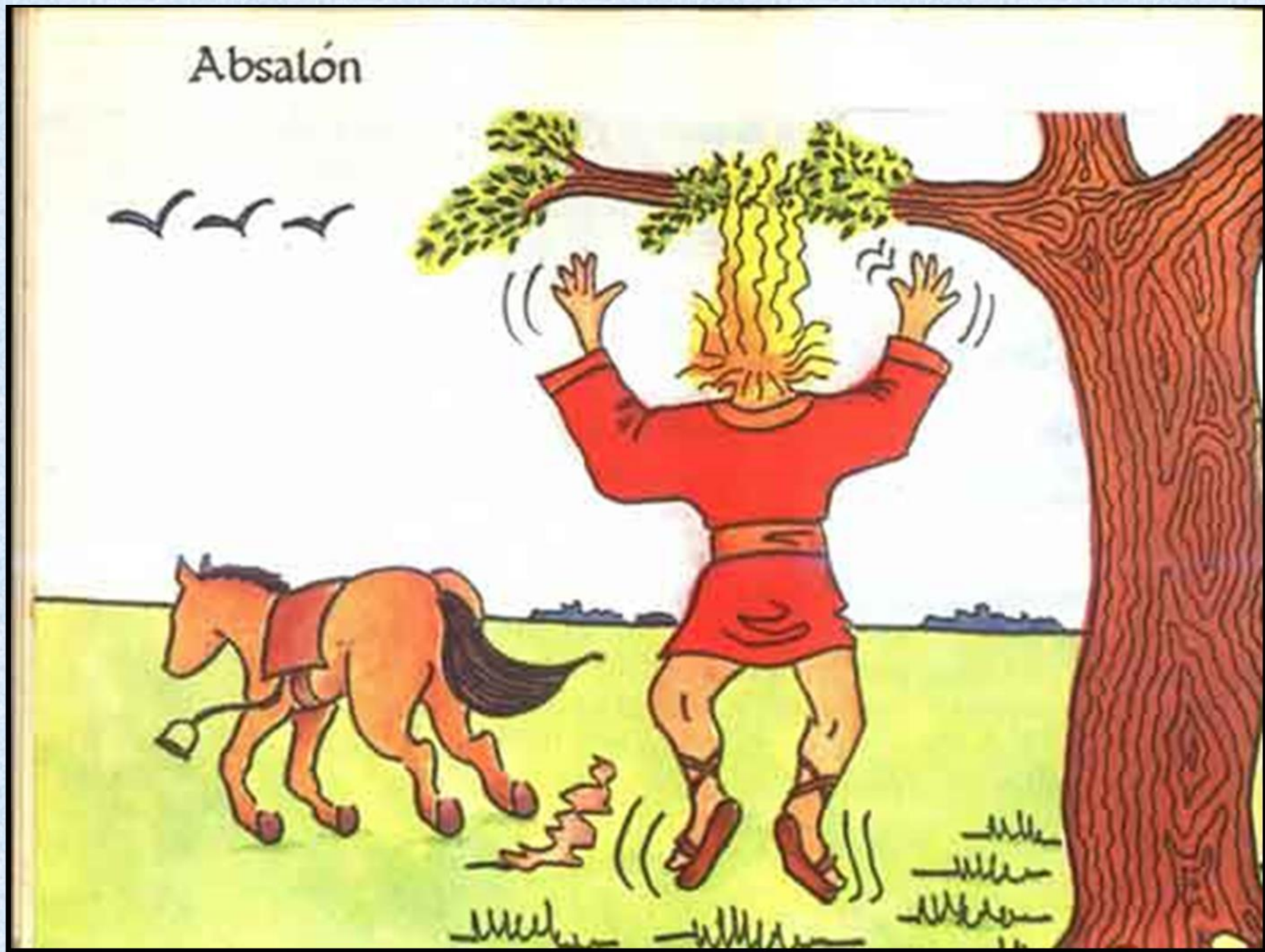
Salomón, el Rey Sabio

David gobernaba el reino de Israel desde Jerusalén, que era su capital. Tenía unos cuantos hijos, entre ellos Absalón y Salomón.

Absalón se sentía buen mozo y usaba pelo largo, como los roqueros, y a él le correspondía heredar el trono de su padre, pero él no estaba dispuesto a esperar la muerte de David para llegar a ser rey: era muy ambicioso. Se retiró a otra ciudad de Israel llamada

Hebrón y empezó a hacer política contra su padre. Por fin armó un ejército y comenzó una revolución.

Absalón



David no quería pelear contra su hijo, al cual quería mucho, de manera que Absalón triunfó en la primera atropellada, tomando Jerusalén. Pero la cosa no quedaría así porque la gente era partidaria de David y la lucha siguió, ya muy encarnizada.

En la batalla decisiva se impuso el ejército de David y Absalón disparó para esconderse en un monte. Galopaba entre los árboles y la melena le flotaba al viento. Pero, en una de esas, se le enredó el pelo en unas ramas bajas y espinosas, que eran como ramas de tala.

El caballo siguió viaje y Absalón quedó colgado de los pelos, pataleando en el aire. Llegaron los soldados de David y lo mataron ahí mismo, sin pedir órdenes.

Cuando David supo que su hijo había muerto, tuvo una pena enorme y compuso unas canciones tristesísimas.



Ya entrado en años murió David y Salomón fue ungido rey.

Una noche, en sueños, Dios le ofreció concederle cualquier cosa que pidiera. Salomón podía pedir lo que quisiera: oro y piedras preciosas, parejeros ganadores, otros reinos, barcos con velas de colores para hacer largos viajes, salud y vida prolongada, triunfos sobre sus enemigos... Pero Salomón no eligió nada de eso.

Después de pensarlo bien pidió lo siguiente: sabiduría y prudencia para gobernar bien su reino. A Dios le gustó el pedido de Salomón y, de yapa, le prometió salud, éxitos y riquezas.

Salomón fue un gran monarca, sus súbditos estaban encantados con él y venía gente de todas partes para escuchar sus palabras, entre esa gente vino la Reina de Saba, que era muy linda y le trajo muchos regalos.



Una mañana estaba Salomón sentado en su tribunal, resolviendo los pleitos de sus súbditos. En eso llegan dos mujeres, llorando como locas, con los pelos revueltos y arañada la cara porque se habían andado peleando. Traían con ellas dos chiquitos de meses, uno vivo y otro muerto.

La pelea era porque las dos juraban que el chico vivo era el de ella y el muerto de la otra. La cosa no parecía fácil de aclarar ya que en esa época no se tomaban las impresiones plantales a los recién nacidos ni se sabía qué era eso.

El Juicio de Salomón



Salomón pensó un rato y mandó que viniera un vigilante. Enseguida le ordenó que agarrara al chico vivo y lo partiera por la mitad con su machete, dándole medio chico a cada mujer. A una la solución le pareció buena, pero la otra salió desesperada.

¡No haga eso agente! -pegó el grito-. Prefiero entregar mi hijo a una mentirosa antes que verlo morir.

Salomón dijo entonces al policía:

-Pare la mano.

Y enseguida dispuso: -Que le den el chico entero a esta mujer, porque está clarito que es la madre.

Y todos quedaron admirados por la inteligencia de Salomón.

Entre las grandes obras realizadas por Salomón, la principal fue construir el Templo de Jerusalén.

Hasta entonces, el Arca de la Alianza estaba en una carpa nomás, que era una carpa paqueta y bien arregladita pero carpa al fin. Salomón decidió que ya era hora de levantar un templo para colocarla allí. Un templo lo más magnífico que pudiera hacerse, pues aunque

ninguna obra de la mano del hombre es digna de Dios, a Dios hay que darle lo mejor. Por eso las iglesias han de ser ricas y bellas.

Así lo entendió Salomón cuando alzó el Templo de Jerusalén. Contrató un arquitecto excelente que se llamaba Irma. Las paredes fueron de piedra, las puertas de bronce y las maderas utilizadas de árboles finísimos, como la caoba, el sándalo, el abeto y el cedro del Líbano. En las proximidades del lugar donde estaría el Arca todo fue recubierto de oro y de oro eran los clavos empleados en la obra. Se trajo mármol para los pisos y los techos se decoraron con figuras en relieve.

Hubo altares para los sacrificios y fuentes para las purificaciones, pero el lugar más importante del Templo fue el Sancta Sanctorum, destinado al Arca de la Alianza, donde habitaría Dios. Un velo de tela riquísima separaba este recinto del resto del Templo.

Dios, sin embargo, no estaba en el Sancta Sanctorum del mismo modo que está en el Sagrario de nuestras iglesias, donde se halla real y verdaderamente presente. Si Salomón, pese a eso, adornó aquel sitio con tal gusto y tales materiales, podemos imaginarnos como se deben decorar los Sagrarios; qué nobles elementos hay que emplear en ellos y por qué deben ocupar en las iglesias el sitio de preferencia.

Cuando el Templo estuvo listo, se realizó una brillante ceremonia y el Arca de la Alianza fue trasladada hasta su nuevo emplazamiento.

Después, Salomón hizo construir su propio palacio, que también era muy lujoso pero no tanto.

Objetivo: Destacar que Dios está verdaderamente presente en el Sagrario de las iglesias, enseñando que, al pasar frente a él, debe hacerse con cuidado una genuflexión, hincando en tierra la rodilla derecha.

[Al índice con links/enlaces](#)

Los profetas, Lenguaraces de Dios

Aquí, en la Argentina, durante las largas luchas que españoles y criollos sostuvieron con los indios, había hombres que conocían el idioma de éstos y también sabían hablar en castellano. Eran conocidos como “lenguaraces” y actuaban en las negociaciones entre caciques y cristianos. Hoy día existe un funcionario que tiene una misión parecida: el

“vocero presidencial”, que habla con los periodistas en nombre del presidente de la República.

Los profetas eran algo así como lenguaraces o voceros de Dios. Hombres santos que Dios elegía para enviar mensajes al pueblo de Israel y, en ocasiones, a otros pueblos.

Moisés, el gran caudillo, fue un profeta. También lo fue Samuel.

Algunos son denominados “profetas mayores”. Otros, “profetas menores”. Hablaremos de algunos de ellos.



Reinaba en Israel un mal rey, que se llamaba Acab. Adoraba a un ídolo asqueroso que tenía por nombre Baal. Un día se le presenta en su palacio un personaje curioso, con ojos de mirada profunda, barba tupida y un manto bastante estropeado ceñido por una correa de cuero: era el profeta Elías. Y ahí nomás le anunció al rey Acab que, por su mala conducta, vendría una seca bravísima sobre Israel. Dicho esto, se retiró.

Elías vivió en el desierto. Tomaba agua de un arroyito que había y, cada mañana, Dios le mandaba un cuervo que traía un pan en el pico, con el cual se alimentaba Elías. En Israel no llovía ni gotas.

Eliás y el Carro de Fuego



Llegado el tiempo oportuno, Elías se presentó de nuevo en el palacio de Acab y, para demostrar cuál es el verdadero Dios, le hizo un desafío a los sacerdotes de Baal. El desafío consistía en lo siguiente: ellos ofrecerían un sacrificio a Baal y él al Dios de Israel, pero nadie encendería la fogata destinada a consumirlos, sino que cada cual rezaría para que ardiera la leña.

Los sacerdotes de Baal regaron al ídolo que enviara fuego sobre el sacrificio que habían preparado: pero se cansaron de gritar y ni una chispa se vio.

Después Elías rezó a Dios y, enseguida, una gran llamarada bajo de las nubes y quemó el sacrificio ofrecido por el profeta, hasta reducirlo a un montoncito de ceniza.

Al ver lo que había sucedido, los judíos adoraron nuevamente a Dios y volvió a llover en su tierra.

Elías no murió, que se sepa. Subió al cielo en un carro de fuego y allí estará hasta que vuelva Jesucristo, el día del Juicio Final.



Elías tuvo un discípulo o alumno, que también fue profeta, llamado Eliseo.

Eliseo se hizo famoso por la curación del general Naamán, un militar extranjero que estaba leproso.

La cosa fue así:

Naamán era buena persona y tenía una mucamita judía que le estimaba mucho. Cuando aquél se contagió la lepra, una enfermedad incurable por entonces, peor que el SIDA, la mucamita se compadeció de él y le dijo que viajara a Israel para pedirle a Eliseo que lo curara. Al principio Naamán no le hizo caso, pues era sirio de nacionalidad y le hastiaba andarle pidiendo favores a un judío. Pero la mucamita insistió, diciéndole que el Dios de Israel es el único Dios y que escuchaba los pedidos de Eliseo. Naamán se puso en viaje.

Cuando llegó a la casa de Eliseo, antes de que se hubiera bajado siquiera, salió un peón y le dijo:

-Manda a decirle Eliseo que se bañe siete veces en el río Jordán y sanará.

Naamán pensó:

-Bonito remedio. Como si en Siria no hubiera ríos mejores que este cañadón de agua turbia que es el Jordán. He hecho un viaje inútil.

Y pegó la vuelta.

Pero en el camino uno le dice:

-Con el debido respeto, no sea sonso, general... Total, darse un bañito no le cuesta nada y menos con este calor.

Naamán volvió para atrás, se bañó siete veces en el Jordán y quedó completamente curado.



Jonás fue otro de los profetas.

Dios le ordenó que marchara a la ciudad de Nínive y que le avisara a sus pobladores que, si seguían portándose mal, serían castigados.

Jonás tuvo miedo y se dijo:

-Si les doy ese aviso a los ninivitas me van a matar. Además, no sé por qué tengo que hacerles una gauchada siendo extranjero. Mejor no voy nada. Dispararé y me esconderé de Dios hasta que se olvide de semejante encargo.

Salió con lo puesto.

Dios se sonreía al ver el julepe de Jonás.

Jonás llegó a la orilla del mar y sacó pasaje en un barco que estaba levando anclas.

No bien dejaron atrás la costa vino una tormenta terrible y el barco se empezó a zarandear amenazando con irse a pique.

El capitán sospechó que la presencia de Jonás en su nave era la causa del temporal. Y mandó que lo tiraran al agua. Como Jonás era muy simpático, a los marineros les costaba cumplir la orden pero, notando que iban a hundirse, lo tiraron nomás por la borda. La tormenta se calmó enseguida.

Jonás no sabía nadar y estaba por ahogarse.

En eso apareció un pez enorme, parecido a una ballena, y se lo tragó.

Tres días pasó Jonás en la panza del pez. Por último, éste se arrimó a tierra vomitándolo en la playa. A la vista de esa playa estaba Nínive. Jonás comprendió que eso no era casualidad y que debía cumplir la tarea que Dios le había encomendado.

Atravesó la ciudad de una punta a la otra, gritando a los ninivitas que se corrigieran, que hicieran penitencia, porque si no Dios los iba a castigar. Los ninivitas, con el rey a la cabeza, atendieron el aviso de Jonás, se arrepintieron de sus pecados y Dios los perdonó.

Pese a haberse resistido al principio, Jonás cumplió así el mandato recibido.

Jonás y la Ballena





Jeremías e Isaías fueron dos de los profetas mayores.

Jeremías fue conocido por sus lamentaciones. Y se lamentaba por la mala conducta del pueblo de Israel.

Isaías anunció muchas veces y con toda claridad la venida del Salvador, del Mesías, dando detalles sobre la época y circunstancias en que ello ocurriría.

Objetivo: Destacar que todos tenemos una vocación. Vocación es el llamado que nos hace Dios a cada uno para que realicemos lo que espera de nosotros. Las vocaciones son muchas y variadas. Hay una vocación de médico, una de militar, otra de chacarero. Los profetas tuvieron la vocación de profetizar. Ellos fueron fieles a ella, aunque alguno se haya resistido al principio, como Jonás. Para ser felices, debemos ser fieles a nuestra vocación.

[Al índice con links/enlaces](#)

Historia y Figuras de Israel

Además de luchar con sus vecinos, los judíos también se peleaban entre ellos, según vimos al relatar las historias de Saúl, David y Absalón.

El país de Canaán se dividió en dos reinos, Israel y Judá.

El rey de Babilonia tomó Jerusalén, destruyó el Templo y se llevó cautivos a los judíos, para que trabajaran en su tierra. Allí permanecieron aquéllos muchos años, llenos de nostalgia por la patria lejana.

La Sagrada Biblia, donde se cuentan todas estas cosas, menciona distintos personajes que vivieron en diferentes momentos de la historia de Israel.

A continuación hablaremos de cuatro de ellos, dos varones y dos mujeres.



Tobías fue uno de los judíos cautivos en tierra extranjera. Era un hombre piadoso y cumplidor de las tradiciones hebreas.

A los judíos los trataban muy mal y cada dos por tres mataban alguno sin mayor motivo, dejando sus cadáveres tirados por ahí.

Sabía Tobías que los muertos deben ser enterrados con respeto, de manera que, cuando hallaba un judío muerto, lo llevaba a su casa y de noche lo enterraba.

Una madrugada, cansado de enterrar muertos, se quedó dormido al pie de una tapia. En la tapia había un nido de golondrinas y de allí le cayó una suciedad de pájaro en los ojos, dejándolo ciego.

Tobías tenía un hijo que se llamaba como él, así que lo nombraremos Tobías Hache. Tobías (h) pensaba en casarse, porque ya estaba en edad para eso. Y como era un muchacho prudente, tenía miedo de equivocarse al elegir novia y después ser un desgraciado toda la vida. Porque el casamiento es para siempre y el que diga lo contrario se equivoca fiero.

A Tobías padre le debía plata un tal Gabelo, que vivía en el país de los medos. Y decidió mandarlo a Tobías (h) para cobrar esa deuda. Pero el viaje era largo y lleno de peligros.

En eso se presenta un mocetón bien parecido, ofreciéndose muy educadamente para acompañarlo a Tobías (h) hasta el país de los medos. Era el arcángel San Rafael, pero no lo dijo.

Tobías le dio unos cuantos buenos consejos a su hijo y allá marcharon los dos, Tobías (h) y el arcángel.

Llegaron al río Tigris y Tobías (h) quiso aprovechar para lavarse los pies, que los traía muy sucios por la tierra del camino. En eso estaba cuando saltó del agua un pescado grandísimo, que lo atacó. Gritó asustado Tobías (h) y el arcángel le dijo:

-¡No se asuste compañero! Agárrelo al pescado de las agallas y sáquelo afuera, que no lo hará nada.

Así lo hizo Tobías (h) sin dificultad. Después le indicó el arcángel:

-Conserve el corazón, la hiel y el hígado de ese pescado, que le van a servir como remedios. Y el resto vamos a asarlo a la parrilla.

Cuando iban llegando, hicieron noche en lo de un paisano de Tobías (h), cuya hija se llamaba Sara. Ésta había tenido mala suerte con sus casamientos, pues los maridos se le morían la misma noche de bodas.

Pese a saber eso, Tobías (h) se enamoró de ella y se casaron, ya que era una mujer buena, linda y rica.

Tobías (hijo) y el Arcángel San Rafael



El arcángel siguió solo hasta la chacra de Gabelo, cobró la deuda y todos pegaron la vuelta.

Ya de regreso, le pusieron a Tobías padre la hiel del pescado en los ojos y recuperó la vista. Después el arcángel se dio a conocer y enseguida desapareció.



Holofernes era el más importante de los generales del rey Nabucodonosor. Tenía un grado igual al de Teniente General y era algo así como Comandante en Jefe de sus tropas, o Jefe de Estado Mayor.

Tenía sitiada a Betulia, una ciudad de los judíos, con 120.000 soldados de infantería y 22.000 de caballería, preparándose para el asalto final.

En Betulia vivía Judit, una viuda monísima y muy piadosa que había heredado de su difunto marido una gran fortuna.

Como los judíos no tenían ni para empezar contra el ejército de Holofernes, Judit decidió actuar.

Judit mata a Holofernes



Pasó horas rezando y después se puso lo mejor que tenía. Se pintó los labios y los ojos, se peinó con cuidado, se perfumó con un perfume caro, salió sola de la ciudad y se dirigió al campamento enemigo.

Una vez allí pidió que la llevaran delante del Teniente General Holofernes, porque quería hacerle conocer algunos secretos militares de los judíos. Holofernes se quedó bizzo al verla.

Por la noche Holofernes hizo una fiesta donde todos comieron y bebieron en forma. Hacia el final le ordenó a un recluta que le trajera a Judit.

Cuando Judit entró a la carpa de Holofernes, este estaba borracho, tirado en su catre de campaña. Entonces Judit le sacó el sable y, juntando fuerzas, le cortó la cabeza.

Cuando descubrieron a Holofernes muerto, ya era tarde. Judit había vuelto a Betulia. Allí contó su aventura y, con el ejemplo de esta mujer valiente, los judíos recobraron el coraje, pidieron la ayuda de Dios y atacaron al ejército sitiador, que se había quedado sin jefe, consiguiendo una brillante victoria.



Job era un judío devoto, que tenía siete hijos varones y tres hijas mujeres.

Poseía 7.000 ovejas, 3.000 camellos, 500 yuntas de bueyes, 500 burras y trabajan para él cualquier cantidad de peones.

Pero, a partir de un momento dado, las desgracias empezaron a sucederse para Job. Se murieron sus hijos y sus hijas, las 7.000 ovejas, los 3.000 camellos, las 500 yuntas de bueyes, las 500 burras. Y tuvo que despedir al personal. De yapa, le vino una enfermedad terrible, que transformó su cuerpo en una llaga viva.

Tales desgracias fueron obra del demonio que, de esa manera, intentaba que Job se rebelara contra Dios. Pero Job soportaba todo con gran paciencia, admitiendo que lo que Dios nos da él nos lo puede quitar.

Tenía Job tres amigos de lo más fastidiosos que, al ver como estaba, le decían que seguramente sería un pecador para que Dios permitiera que le ocurrieran tantas calamidades.

Por fin, Dios se compadeció de Job, ordenándole al diablo que dejara de atormentarlo.

Y, para premiar su fidelidad, lo curó; le dio siete hijos más fuertes e inteligentes que los otros, tres hijas más lindas y cariñosas que las anteriores, 14.000 ovejas, 6.000 camellos, 1.000 yuntas de bueyes, 1.000 burras. Y tuvo el doble del personal que antes tenía.

Pasadas las desgracias, Job vivió 140 años más, feliz y contento.



Unos cinco siglos antes del nacimiento de Jesucristo, ocupó el trono de Persia Jerjes I, conocido también como el rey Asuero.

Asuero resolvió casarse y, a fin de elegir mujer, dispuso que se presentaran en su palacio todas las muchachas que se sintieran bastantes bonitas como para ser reinas. Entre ellas se presentó Ester.

Ester era sobrina de un tal Mardoqueo y francamente preciosa.

Cuando la vio, Asuero no dudó un minuto y se casó con ella, sin saber que era judía.

En esos días, se preparaba un complot. Mardoqueo lo descubrió y le informó al rey, haciéndolo fracasar.

Primer Ministro de Asuero era Amán, un hombre malísimo, que odiaba al pueblo judío. La gente tenía que ponerse de rodillas delante de él y adorarlo, cosa que Mardoqueo se negaba a hacer porque sabía que solo se puede adorar a Dios.

Entonces Amán resolvió matarlo y mandó construir una horca para que lo colgaran de ella.

La noche antes, el rey no podía dormir y, para combatir el insomnio, se puso a leer viejas crónicas de su reino. Entre ellas se encontró con la de aquel complot que Mardoqueo descubriera. Y recordó que nunca había recompensado a Mardoqueo por eso.

Al día siguiente, llamó a Amán y le dijo:

-¿Cómo habría que recompensar a un hombre que le ha hecho favores al rey?

Amán pensó: seguro que ese hombre soy yo. Y contestó:

-Hay que prestarle la corona, el manto y el caballo del rey. Subirlo al caballo y hacerle dar una vuelta por la ciudad, llevado el animal de la rienda por un príncipe o diputado que vaya gritando: ¡Así se honra al que el rey quiere honrar!

-Muy bien –aprobó Asuero-. Haga eso con Mardoqueo.

Amán se puso verde de rabia pero tuvo que cumplir la orden.

Un tiempo antes, Amán había preparado un plan para exterminar al pueblo judío, que sería pasado a cuchillo.

Mardoqueo se enteró y le pidió a su sobrina que salvara a los israelitas.

Ester organizó un gran banquete en honor del rey. Y, cuando estaban en lo mejor, le reveló que era judía y que Amán liquidaría a los suyos, rogándole por ellos. Asuero hizo detener a Amán y lo colgaron de la misma horca que éste ordenara construir para Mardoqueo.

Mardoqueo fue Primer Ministro y Ester sería siempre recordada con agradecimiento por haber salvado a su pueblo.

Objetivo: Recordar lo siguiente:

- 1. Respecto a Tobías, que nuestro Ángel de la Guarda siempre nos acompaña y protege, como a Tobías (h) lo acompañó y protegió el Arcángel San Rafael. Que se le pueden pedir favores y que hay que agradecerle la forma en que nos cuida.**
- 2. Poner de relieve el coraje de Judit y comentar que la lucha por ganar el cielo es propia de valientes.**
- 3. En cuanto a Job, reiterar que se deben aceptar las desgracias con resignación y hasta con alegría, ya que Dios por algo las permite.**

4. Con relación a Ester, señalar que la belleza es un don de Dios y que todo lo que en el mundo es bello constituye apenas un reflejo de la extraordinaria hermosura divina.

[Al índice con links/enlaces](#)

Daniel en Babilonia

Nabucodonosor era un rey poderoso que tenía su trono en Babilonia. Tan importante era que todos sus servidores debían ser nobles. Entre ellos se contaban cuatro príncipes judíos. Uno de esos príncipes se llamaba Daniel.

Una noche el rey soñó algo que lo llenó de miedo, pero después olvidó el sueño. Aunque no olvidó el susto que aquel sueño le causara. Convocó entonces a sus servidores y a los sabios y magos del reino para que descubrieran cuál había sido el sueño y lo interpretaran. Si no lo hacían, les cortarían la cabeza. Naturalmente hubo muchos degüellos.

Cuando le tocó el turno a Daniel y sus amigos, aquél le dijo a Nabucodonosor.

-Vea, rey, si me da plazo hasta mañana descubriré su sueño y le diré qué quiere decir.

-Está bien-contestó el rey-. Esperaré hasta mañana. Pero, si no descubris mi sueño y me lo interpretás... ¡ñac!

Daniel pensó:

-El único que puede saber lo que soñó el rey es Dios. Rezaré para que me lo comuniqué y me explique su significado.

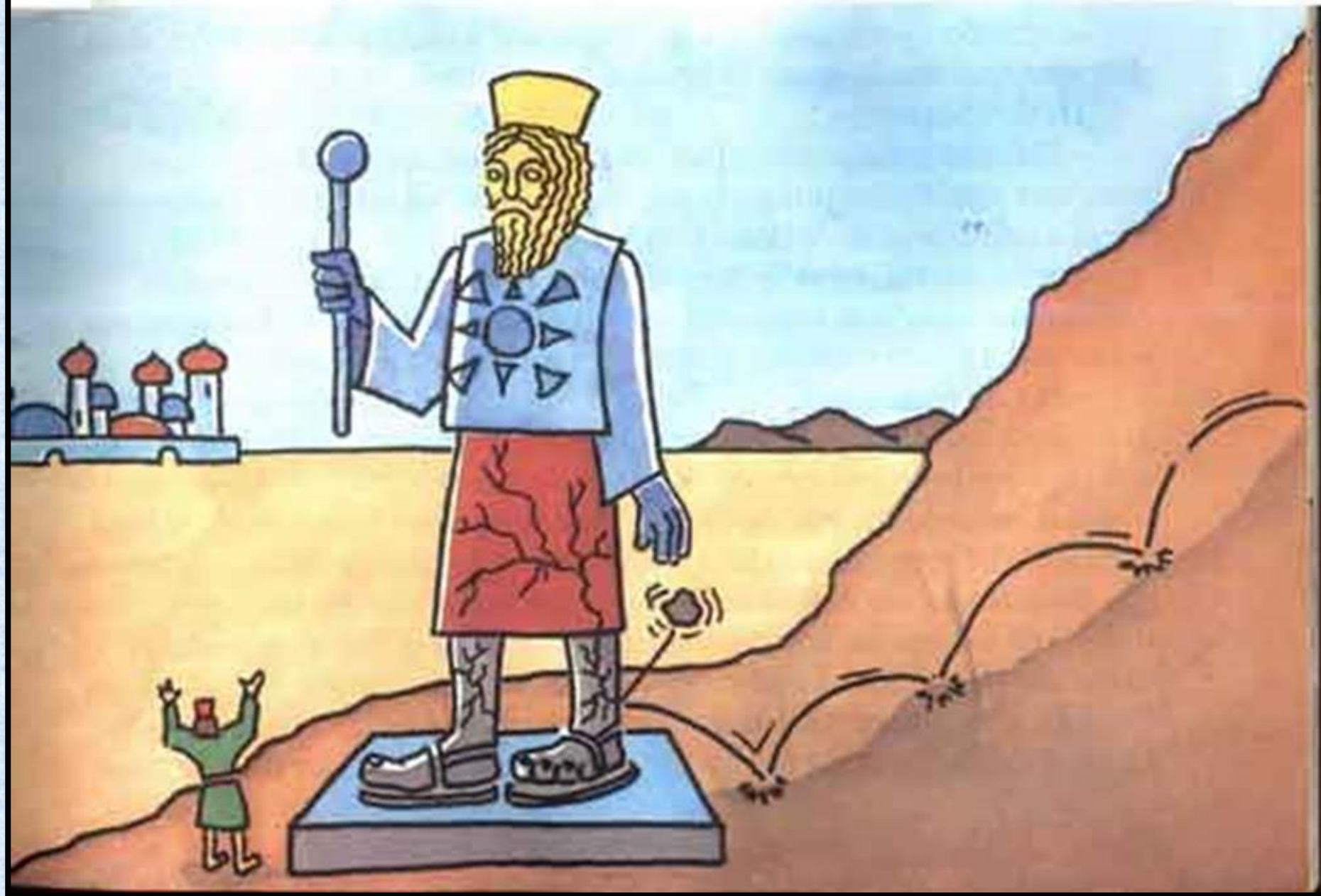
Y Daniel se puso a rezar con alma y vida.

Por la noche, Dios le hizo soñar lo mismo que había soñado Nabucodonosor y le sopló al oído el sentido del sueño. A la mañana siguiente, Daniel y sus amigos se presentaron al rey. Dijo Daniel:

-Rey, lo que usted soñó fue lo siguiente. Vio una estatua grandísima con la cabeza de oro, el pecho de plata, la panza de cobre, las piernas de fierro y los pies de barro. Cerca de la estatua había una montaña. De la montaña se desprendió un cascote y bajó rodando. Le pegó en los pies a la estatua y la hizo polvo.

Nabucodonosor se quedó con la boca abierta. Así había sido su sueño nomás. Le pidió entonces a Daniel que se lo explicara. Daniel le dijo:

El Sueño de Nabucodonosor



-La estatua representa su reino, rey. Usted es la cabeza de oro. Pero, a medida que pase el tiempo, sus sucesores serán más débiles y están representados por los materiales fallutos. Dios, que supera en poder a todos los reyes del mundo, está simbolizado por la piedrita que rueda de la montaña y destruye la estatua.

-¿Y cómo has descubierto eso? -preguntó Nabucodonosor, asombrado.

-Recé a mi Dios, que es el Dios de Israel, y me lo reveló todo.

-Grande es tu Dios -reconoció el rey.

Y ordenó llenar de honores a Daniel y sus amigos.



La lección recibida no le sirvió por mucho tiempo al rey Nabucodonosor. Porque se mareó con el poder y se le subieron los humos a la cabeza. Tanto que se metió a disponer lo que debían pagar sus súbditos. Y mandó construir un muñeco enteramente de oro para que todos lo adoraran arrodillándose frente a él. También hizo fabricar un horno enorme, mucho más grande que el de las panaderías, donde meterían a cualquiera que se resistiera a adorar el muñeco.

Daniel y sus amigos se negaron redondamente a arrodillarse ante el ídolo, pues sabían muy bien que sólo se puede adorar al Dios verdadero. Así que el rey ordenó que los tiraran adentro del horno.

El fuego allí no se apagaba nunca. Pero, aunque no hacía falta, le echaron un montón de leña más. Rato después todo estaba al rojo vivo. Fue entonces cuando los metieron en el horno a Daniel y sus amigos. Tan fuerte era el calor que algunos soldados que los llevaban se murieron achicharrados de sólo acercarse.

Pero nada les pasó a Daniel y sus amigos. Y, para sorpresa del rey, otro personaje vino a acompañarlos dentro del horno. Era un ángel, con el cual charlaban, paseándose tranquilamente entre las llamas.

Al ver semejante prodigio, Nabucodonosor les gritó a los del horno:

-¡Eh, ustedes, salgan de ahí! ¡Los perdono porque está visto que Dios los protege!

Y Daniel con sus amigos salieron del horno, sin que se les hubiera chamuscado ni un pelo.



Muerto Nabucodonosor, lo sucedió el rey Darío. Era bastante buena persona y estimaba a Daniel, que ya iba para viejo.

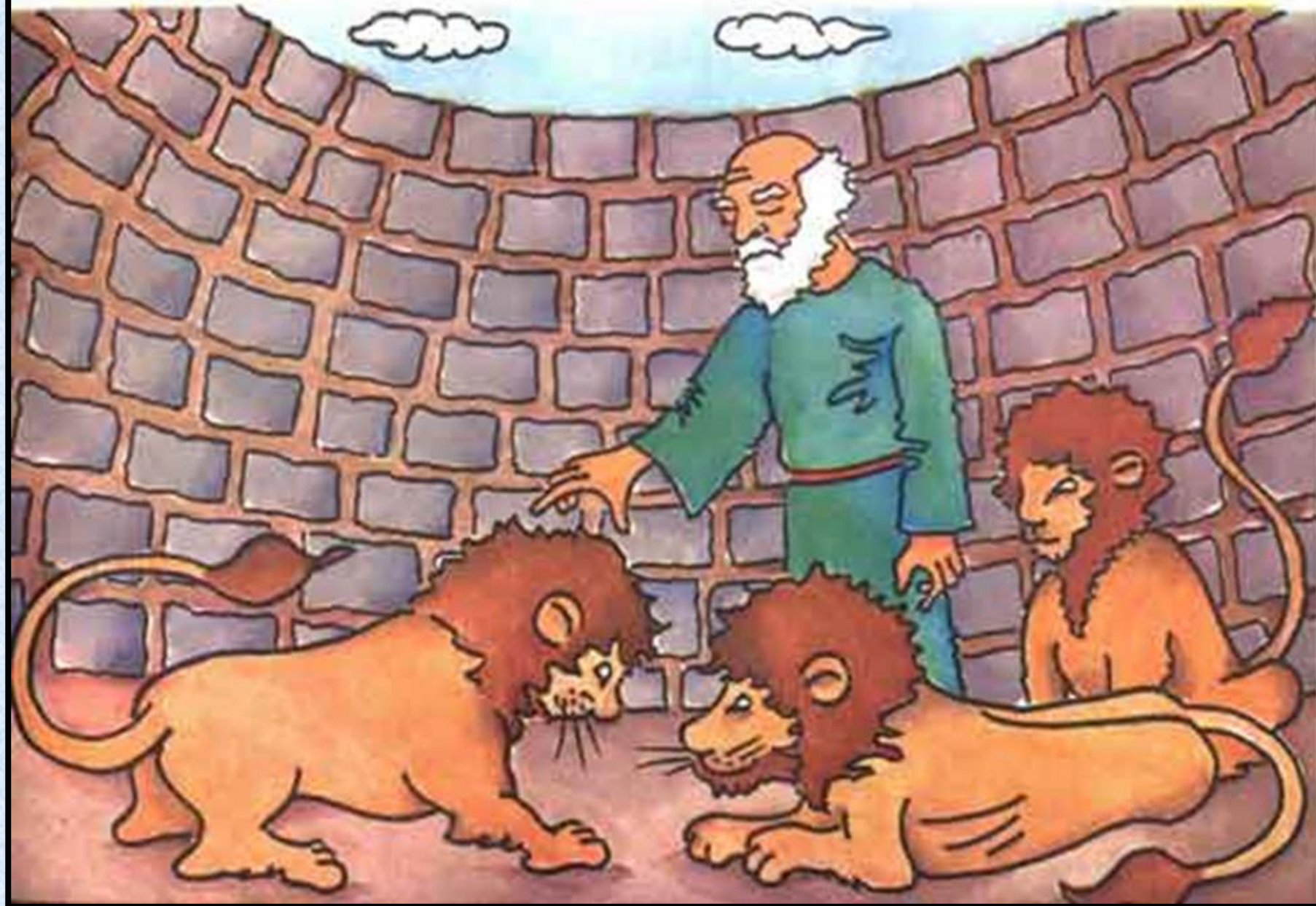
Pero los adulones que nunca faltan convencieron a Darío de que debía prohibir que en su reino alguien dirigiera oraciones a otro que no fuera el mismo rey. Halagado, Darío firmó un decreto que contenía esa prohibición, agregando que el que desobedeciera sería arrojado a un socavón llena de leones hambrientos que había en el palacio.

Daniel no se achicó y continuó rezando al Dios verdadero. Los adulones fueron y se lo contaron al rey. Y éste, sin muchas ganas que digamos, porque le tenía aprecio a Daniel, mandó que se cumpliera lo establecido en su decreto.

Así fue a parar Daniel al socavón de los leones, que rugían como locos. Pasó la noche. Y, cuando fueron a mirar, vieron que Daniel y un ángel estaban en el pozo, de gran conversación, con todos los leones echados en torno suyo, ronroneando como gatos.

Darío se alegró de lo sucedido, derogó el decreto y, además, dispuso que los súbditos de su reino reconocieran al Dios de Daniel como verdadero Dios. A los adulones les salió el tiro por la culata.

Daniel y los Leones



Objetivo: Destacar que ningún gobierno puede dictar leyes que perjudiquen la religión católica.

[Al índice con links/enlaces](#)

Judas Macabeo, Caudillo Victorioso

Concluyó por fin el cautiverio de los judíos en Babilonia.

Regresaron al País de Canaán y reconstruyeron el Templo.

Pero no lograron vivir en paz. Tuvieron que luchar contra sucesivos invasores, algunos más crueles que los otros.

Faltaban tres siglos y pico para que naciera el Redentor cuando su tierra fue invadida por Alejandro Magno, uno de los hombres más importantes de la historia antigua. Luego sufrieron la ocupación de egipcios y persas.

Un rey sirio, Antíoco III, saqueó el templo de Jerusalén y se llevó sus tesoros. Su sucesor, Antíoco IV, hizo colocar en el Templo una estatua de Júpiter y desató una terrible

persecución contra los judíos. Durante ella mataron a los siete hermanos Macabeos y a su madre, por negarse a despreciar la Ley de Dios.

Entonces se levantó contra Antíoco un sacerdote israelita llamado Matatías, que se retiró a las montañas y armó un ejército para hacerle guerra.

Murió Matatías y lo sucedió como el jefe de ese ejército un caudillo ejemplar, amigo de Dios y defensor de las buenas tradiciones de su pueblo. Era éste Judas Macabeo, que llevaba el mismo apellido de aquellos siete hermanos que entregaran heroicamente sus vidas antes que pecar.

Derrotó a cuatro grandes ejércitos sirios, reconquistó el País de Canaán, purificó el Templo profanado por Antíoco y restableció el culto del Dios verdadero.

Antíoco andaba peleando con los persas cuando se enteró de los descalabros sufridos por sus generales a manos de Judas Macabeo. Con motivo de esas malas noticias, enfermó de tristeza y se murió.



Judas Macabeo cometió un error, sin embargo.



Después de triunfar sobre Nicanor, un oficial bastante competente que enviaran contra él, se alió con Roma, que era por entonces la nación más poderosa del mundo.

Ése fue un error político y, sobre todo, una señal de desconfianza hacia Dios, que lo había protegido hasta aquel momento sin que le hiciera falta ayuda de nadie.

Roma iba conquistando toda la tierra conocida. Junto con sus defectos, tenía virtudes notables. Contaba con buenos soldados que, organizados en legiones, aseguraban el orden a su paso. Había forjado un Derecho -el Derecho Romano- que aún es modelo de equidad. Su lengua, el latín, permitía que se entendieran entre sí gentes de muchos países, y todavía se lo utiliza en la liturgia católica como signo de universalidad. Pero ocurre que, si uno busca un aliado demasiado fuerte, corre el riesgo de que ese aliado lo termine dominando. Eso fue lo que resultó de la alianza entre judíos y romanos.

Al llegar el momento en que nacería el Salvador, los romanos ocupaban Canaán, aquella Tierra Prometida por Dios al viejo Abraham para su descendencia, cuya Historia acabo de contar.

Los tiempos estaban maduros, los plazos se iban cumpliendo, la espera llegaba a su fin.

Algunos judíos, piadosos y conocedores de las profecías, observaban los sucesos que ocurrían en Belén pues, según estaba anunciado, allí nacería el Redentor anunciado.

Objetivo: Destacar que todos los acontecimientos hasta aquí relatados fueron solamente antecedentes de ese instante clave que es la llegada del Mesías. Sugerir que el curso de la Historia fluyó hacia Belén, conducido por la mano de Dios.

[Al índice con links/enlaces](#)

NUEVO TESTAMENTO

Anuncio del Ángel y Visita de Isabel

Nazaret era un pueblito de Israel, con unas cuantas casas blanqueadas a la cal, un jagüel de donde sacaban agua las mujeres, algunos tamarindos y palmeras. El sol pegaba fuerte de día y se formaban pequeños remolinos de polvo en las calles reseca. De noche, refrescaba.

En ese pueblo chico vivían María y José.

Sé habían casado hacia poco pero todavía no vivían juntos y José respetaba el voto de su mujer, que había prometido a Dios mantenerse virgen. Era el un mozo alto y fuerte, discreto y bien hablado, que trabajaba de carpintero. Fabricaba yugos para los bueyes, arados en mancera, sillas, puertas y ventanas. componiendo los yugos, arados, sillas, puertas y ventanas que los vecinos le llevaban para arreglar.

María tenía unos quince años y era preciosa, morena, con grandes ojos negros. Se encargaba de mantener su casa limpia como un espejo, cocinaba en un fogón alimentando con leña que recogía por ahí, traía agua del jagüel en un cantarito de barro que llevaba al hombro.

José rezaba entre martillazo y martillazo, mientras descortezaba un tronco o le pasaba la garlopa a una tabla. María lo hacía espumando el puchero o remendando la ropa.

María y José descendían de David, el rey cantor.



Cierta mañana, María estaba rezando, acaso dedicaba solo a eso, acaso mientras espumaba el puchero.

Repentinamente, el cuarto donde estaba se llenó de luz y un Ángel se hizo presente.

María quedo desconcertada, fijos los ojos en la maravillosa aparición.

El ángel la saludo diciendo:

-Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.

Al notar su turbación, agregó para tranquilizarla:

-No temas, María.

Y, enseguida, le hizo saber que sería madre del Hijo de Dios, del Salvador anunciado a Adán y Eva, que nacería de la descendencia del viejo Abraham.

Después, el ángel le informo que una prima suya, Isabel, estaba embarazada pese a ser estéril y le dijo que él era el arcángel Gabriel.

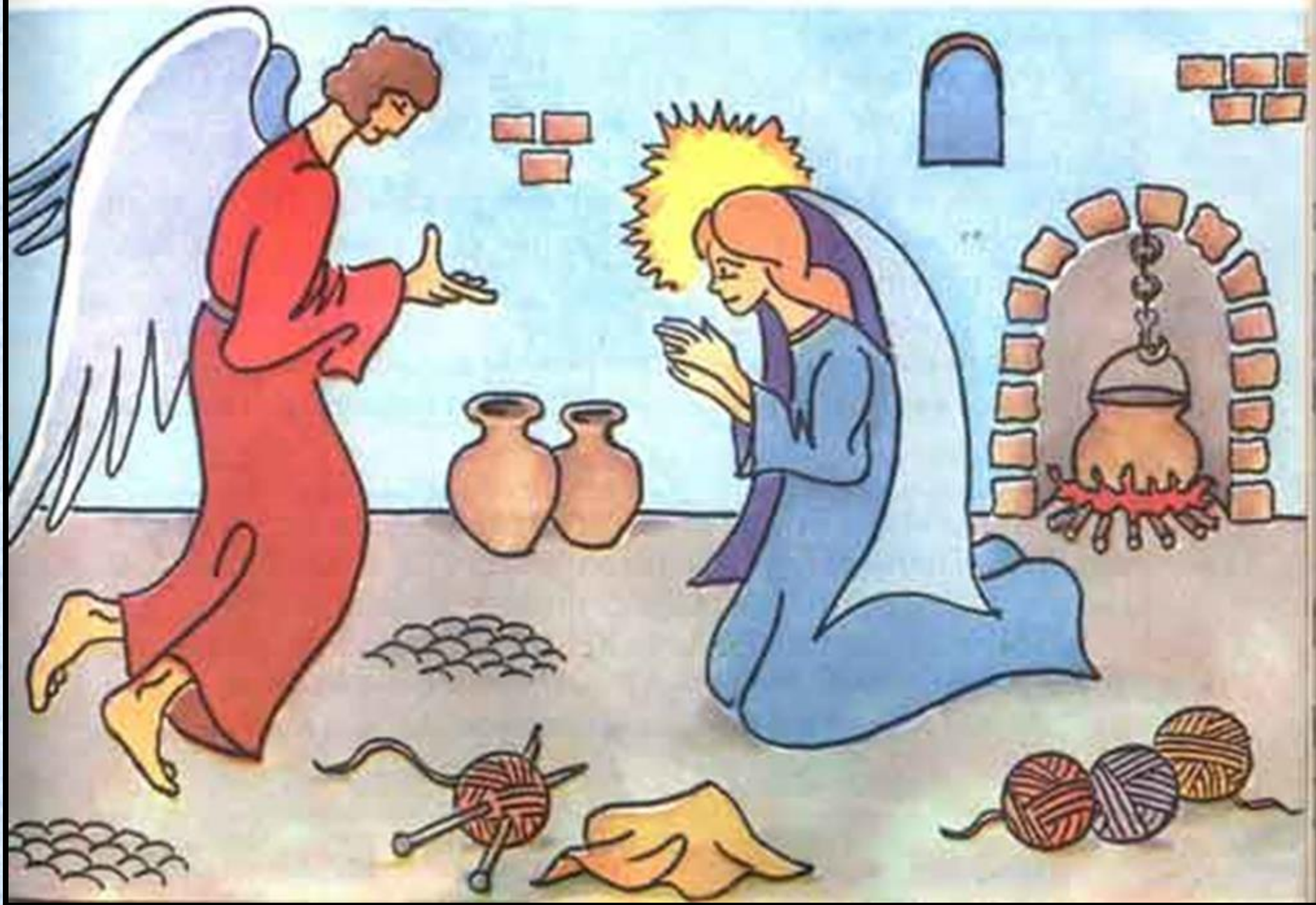
María respondió:

-He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra.

Y, con su consentimiento, hizo posible la Redención.

Una vez cumplida su tarea de chasqui, el arcángel desapareció.

La Anunciación



Enterada María de que su prima Isabel esperaba un hijo, se puso inmediatamente en viaje para visitarla y darle una mano. José la acompañaba, porque las mujeres no han de viajar solas.

No bien llegaron a casa de Isabel, al oír el saludo de su prima,

Aquella exclamo:

-¡Bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!

Y el hijo que esperaba Isabel salto de gusto.

María contesto diciendo:

-Mi alma engrandece al Señor y está llena de alegría, pues Dios ha mirado mi humildad y por eso me llamaron bienaventurada todas las generaciones.

María se quedó ayudando a Isabel unos tres meses, hasta que nació su sobrino.

El hijo de Isabel se llamó Juan.

Objetivo: Destacar que María Santísima, siendo llena de gracia, se define como esclava del Señor. Y es esta humildad la que atrae aquella gracia. Explicar también que, entre los

saludos del ángel y de Isabel quedó compuesta la primera parte del Avemaría y que, para recordar la Anunciación, se reza el Ángelus a mediodía o al caer el sol.

[Al índice con links/enlaces](#)

El Nacimiento

Cesar Augusto gobernaba el imperio Romano.

Y ordenó que todos sus habitantes fueran a empadronarse en la ciudad de donde provenían sus familias.

María y José descendían del rey David y les correspondía empadronarse en Belén, la ciudad de su estirpe.

Allá fueron los dos a cumplir con la ley aunque el hijo que esperaba María Santísima podía nacer en cualquier momento. San José iría a pie y María en un burro, peludo y de poca alzada, con tranco parejo.

Llegados a Belén, se encontraron con que no había lugar para ellos en la fonda. Como tenían allí parentela, salieron buscar alojamiento en lo de tíos, primos y sobrinos.

Pero nadie los recibió, algunos porque no tenían sitio, otros por no ponerse en molestias.

La noche se echaba encima y, para peor, María se dio cuenta de que su hijo estaba por nacer.

Por fin se enteró José de que, en las afueras del pueblo, había unas cuevas donde se refugiaba la hacienda. Se dirigió hacia ellas y eligió una, profunda y reparada. Espantó los animales, dejando adentro sólo al burro y a un buey manso, que estaba echado y no incomodaba. Limpió todo a fondo, barriendo el piso con una rama. Y colocó paja fresca en un pesebre, cosa que pudiera servir de cuna llegado el caso.

Cesar Augusto gobernaba el imperio Romano.

Y ordenó que todos sus habitantes fueran a empadronarse en la ciudad de donde provenían sus familias.

María y José descendían del rey David y les correspondía empadronarse en Belén, la ciudad de su estirpe.

Allá fueron los dos a cumplir con la ley aunque el hijo que esperaba María Santísima podía nacer en cualquier momento. San José iría a pie y María en un burro, peludo y de poca alzada, con tranco parejo.

Llegados a Belén, se encontraron con que no había lugar para ellos en la fonda. Como tenían allí parentela, salieron buscar alojamiento en lo de tíos, primos y sobrinos.

Pero nadie los recibió, algunos porque no tenían sitio, otros por no ponerse en molestias.

La noche se echaba encima y, para peor, María se dio cuenta de que su hijo estaba por nacer.

Por fin se enteró José de que, en las afueras del pueblo, había unas cuevas donde se refugiaba la hacienda. Se dirigió hacia ellas y eligió una, profunda y reparada. Espantó los animales, dejando adentro sólo al burro y a un buey manso, que estaba echado y no incomodaba. Limpió todo a fondo, barriendo el piso con una rama. Y colocó paja fresca en un pesebre, cosa que pudiera servir de cuna llegado el caso. Después prendió un fueguito, pues estaban en pleno invierno y hacía frío.

Un ambiente singular se extendió por el mundo, de una punta la otra del planeta. Era como si la naturaleza toda estuviera al aguardo de un suceso extraordinario, maravilloso,

desconocido. Hasta los hombres, blancos, negros, amarillos y cobrizos, se hallaban expectantes, sin conocer el motivo de esa sensación extraña.

Hacia la medianoche nació el Niño.

La expectativa se transformó en alegría inmensa. Dios hecho hombre había bajado a la tierra. El Salvador prometido iniciaba su obra redentora. Aunque eran muy pocos los que se enteraron de eso.

María tomó al Niño, lo envolvió en pañales y lo puso en el pesebre, sobre la paja fresca preparada por José. Y ambos lo adoraron llenos de emoción.

El aliento del buey y el burro entibiaba el ambiente.

Jesús sonrió por primera vez a la humanidad, representada por sus padres que lo mímaban.



Un grupo de pastores, hombres sencillos y curtidos por la intemperie, rondaban sus majadas en plena noche, junto a unas fogatas que habían prendido y tomando de vez en cuando algún trago para entonar el ánimo. Charlarían entre ellos, contando historias simples de sus vidas previsibles y repitiendo trozos de la Historia compleja de su pueblo,

El Nacimiento



que era algo así como el relato de una espera: de la espera del Salvador, del Mesías prometido por Dios a Adán y Eva al viejo Abraham y a Jacob y a David.

En eso estarían cuándo la noche se iluminó de golpe y se les presentó un ángel diciéndoles:

-Les vengo a dar una gran noticia: ha nacido el Salvador en Belén y lo encontrarán envuelto en pañales, acostado en un pesebre.

Enseguida un ejército de ángeles llenó el cielo y con voces que daba gusto oír cantaban:

-¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!

Los pastores marcharon a Belén, hallaron la cueva y, en ella, a Jesús chiquito, a María su madre y a San José. Adoraron al Niño y le dieron los pocos regalos que podían ofrecerle: algún jarro con leche de cabra, tal vez un panal de miel, acaso un vellón de lana muy blanca. Y sus corazones de hombres rectos, llenos de buena voluntad.

Objetivo: Destacar que Jesús, habiendo podido nacer en un palacio magnífico, prefirió llegar al mundo en la más extrema pobreza, enseñándonos así a vivir desapegados de los bienes terrenos. Señalar también que, según dijera los ángeles en su canto, Dios lo que nos pide es buena voluntad, pues Él dispondrá lo necesario para que podamos ser santos.

[Al índice con links/enlaces](#)

Los Reyes Magos

A los ocho días de nacido el Niño, tuvo lugar la ceremonia de la circuncisión, que era algo así como el bautismo para los judíos. Y al niño le pusieron por nombre Jesús.

Más tarde fue presentado al Templo. Allí lo recibió el Anciano Simeón, que había pedido a Dios no morir sin conocer al Mesías. Dios oyó sus ruegos y le reveló que aquel chiquito que tenía en sus brazos era el Salvador esperado. Simeón tuvo una gran alegría y, profetizando, dijo:

-Ruina y resurrección de muchos será este chico.

Después, dirigiéndose a María, le anunció:

-Una espada de dolor atravesará el corazón.

Y, desde entonces, la Virgen supo que tendría que sufrir, en su condición de Madre de Dios.

Cierto tiempo antes de que todo esto ocurriera, algo muy raro había sucedido lejos de Israel.

Hacia el naciente del País de Canaán se extendía la Mesopotamia y, más allá, Persia. Por esa zona y tal vez más allá todavía, había tres reyes. Reyes de reinos chicos, algo así como caciques de algunas tribus de aquellos pagos. Esos reyes eran astrónomos y astrólogos, es decir, que todavía no está clara, de modo que no hay que llevarle el apunte a los horóscopos.

Con sus lentes barrían el azul del cielo en las maravillosas noches de Oriente. Y leían viejos pergaminos y tablitas cubiertas de signos extraños, heredadas de los magos de Asiria y de Caldea. Por eso a ellos también los llamaban magos. Eran Reyes Magos.

Y, como estudiaban mucho, conocían los Libros Sagrados del pueblo de Israel, en los cuales habían aprendido a adorar al Dios único, aguardando asimismo la venida de un Salvador.

Tal vez como fruto de sus estudios, tal vez porque algún ángel se los sopló al oído, los Reyes Magos sabían que una señal en el cielo anunciaría el nacimiento del Hijo de Dios hecho hombre. Y buscaban esa señal noche tras noche, apuntando sus lentes hacia las brillantes constelaciones.

Aunque sus reinos quizá no fueran vecinos y acaso ni siquiera se conocieran entre ellos, los tres Reyes Magos descubrieron al mismo tiempo una magnífica estrella, luminosa, nítida, que apareció en su campo visual súbitamente. No dudaron ni un minuto: ésa era la seña que esperaban.

También sin dudarlo, los tres se pusieron en marcha para saludar al Redentor que nacería.

Cada cual reunió a su séquito, cargaron de regalos sus camellos y emprendieron viaje. Y se encontraron en una confluencia de caminos. Allí, seguramente, se hicieron las presentaciones del caso:

-Mucho gusto: soy Gaspar.

-Encantado: yo, Melchor.

-El gusto es mío: Baltasar.

Baltasar era negro, según dicen.

Siguieron viaje juntos, detrás de la estrella que guiaba sus pasos.



Al acercarse a Jerusalén, no vieron más la estrella. Preguntaron entonces por el rey, para averiguar dónde nacería el Mesías, conforme a las profecías de Israel. Era natural que así lo hicieran, pensando que entre reyes habrían de entenderse. Pero no sabían con quién se metían.

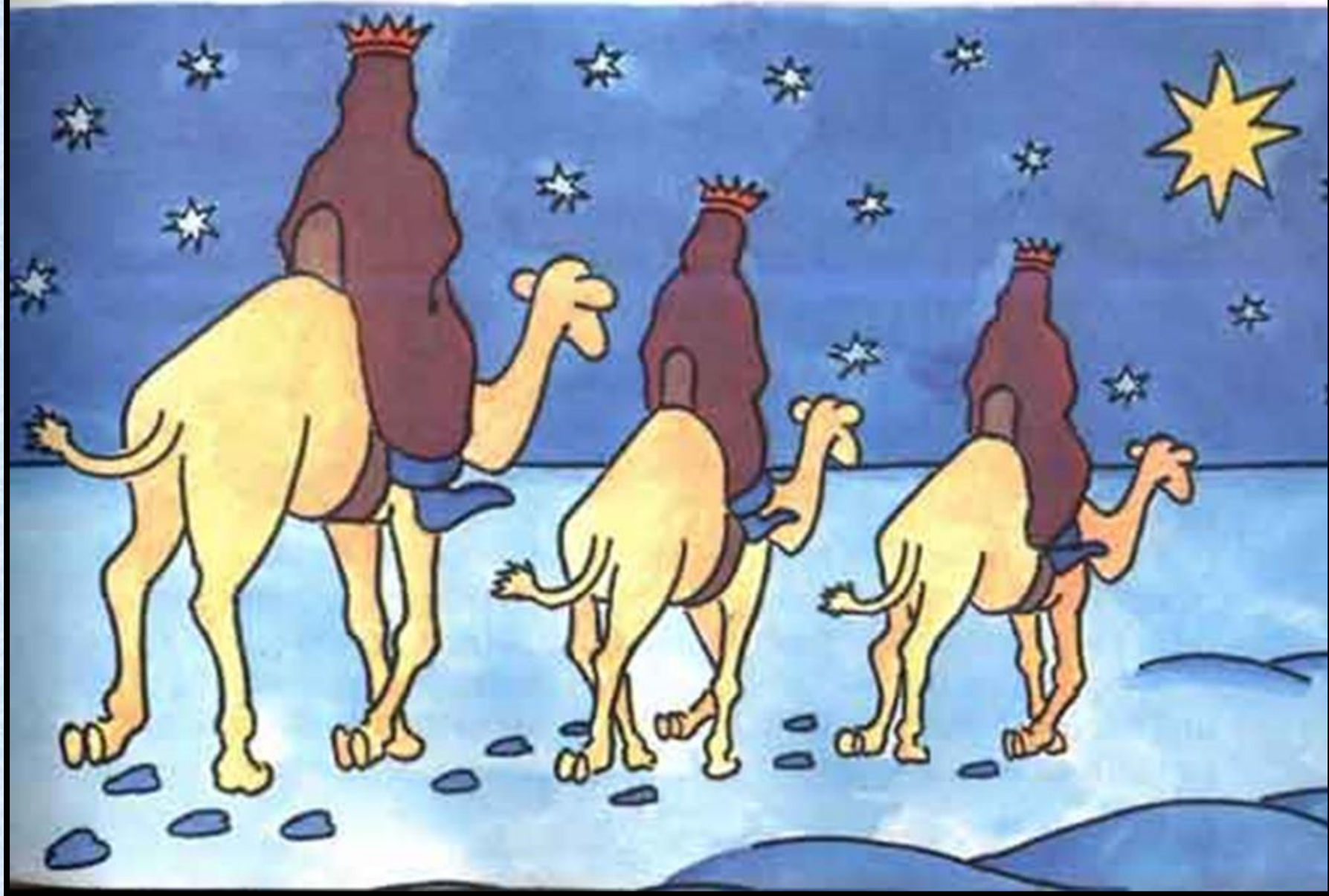
En Israel mandaba Herodes, un rey malísimo, acomodado con los romanos. Los Magos le dijeron:

-Oiga, Herodes: ¿nos podría informar dónde ha de nacer el Rey de los judíos?

Herodes se sobresaltó, temiendo que otro viniera a sacarlo del trono. Pero, de todas maneras, mandó interrogar a los conocedores de la Escritura para poder responder a los Magos.

-Nacerá en Belén –les hizo saber Herodes-. Vayan para allá, una vez que hayan encontrado al futuro Rey de Israel avísenme así yo también iré a adorarlo.

Los Reyes Magos



Esto último era una pura mentira, porque lo que quería Herodes era encontrar al Niño para matarlo y liquidar así a quien podía ser competidor suyo.

Al salir de Jerusalén, los Magos volvieron a ver la estrella, brillando en lo alto.

La siguieron hasta Belén y allí se detuvo.



Jesús, María y José ya habían abandonado la gruta del nacimiento y ocuparían una casita modesta, en las afueras del pueblo. Hasta ella llegaron los Magos.

Fue ver al Niño y arrodillarse ante Él, conmovidos. Y el Niño le haría fiestas, muerto de risa. Entonces le dieron los regalos que habían llevado.

Uno le dio incienso, reconociéndolo como Dios, pues simboliza la adoración.

Otro le dio oro, reconociéndolo como rey y representando al amor de buena ley.

El tercero le dio mirra, una planta amarga que se usaba para embalsamar a los muertos, reconociéndolo como hombre y figurando la mortificación.

Y los vecinos de Belén se hacían lenguas viendo semejantes comitivas, ya que tan lujo no se conocía en la región.

Cumplido su propósito, los Reyes Magos volvieron a sus tierras. Pero tomaron otro camino, pues un ángel les avisó que nada debían informar a Herodes, evitando pasar de nuevo por Jerusalén.

Y Herodes se quedó esperando.

Objetivo: Destacar que todos hemos de ofrecer a Jesús aquello que simbolizaban los regalos que le entregaron los Reyes Magos: el incienso de nuestra adoración, el oro de nuestro amor y la mirra de nuestras pequeñas mortificaciones.

[Al índice con links/enlaces](#)

La Huida a Egipto

Por fin Herodes se cansó de esperar. Y, dándose cuenta de que los Reyes Magos le habían pegado el esquinazo mando matar a todos los chiquitos que tuvieran menos dos años de edad, nacidos en Belén y sus alrededores. Suponía que en la volteada caería el futuro Rey de Israel y que de esa manera aseguraba su permanencia en el trono. Herodes era un bestia.

La Huida a Egipto



Esos chiquitos, muertos por Herodes sin culpa ninguna, son los Santos Inocentes. Y su fiesta se festeja el 28 de diciembre, el día que se embroma a la gente para decirle después: “Que la inocencia te valga”.

Antes de que llegaran los soldados de Herodes a Belén, José dormía en la casita que ocupaban con María y el Niño.

Y, en sueños, le dijo un ángel:

-José, tomá al chico y a su Madre y dispará a Egipto, porque Herodes anda buscando a Jesús para matarlo.

José, sin perder un minuto, sin esperar siquiera que aclarara despertó a María, acomodó el equipaje y ensilló su burro, poniéndose en viaje.

Tomó un camino poco transitado, a fin de despistar a los soldados. Por allí no pasaba casi nadie, porque culebreaba entre montañas y cortaba por lo peor del desierto. Dejaba las poblaciones a un costado y no había en todo el trayecto ni una fonda. De yapa, era frecuente topar en su recorrido con fieras y ladrones.

Con el alma en un hilo avanzaban los tres viajeros, al tranco parejo del burro. Y José pensaría:

-Responsabilidad grande la mía, pues Dios me ha confiado la custodia de su Hijo. Haré todo lo que pueda para cuidarlo, según cuadra a un buen padre de familia.

Nada se sabe de lo ocurrido en esa fuga larga y penosa. Cada vez que se oía algún galope a lo lejos, previendo que pudieran ser los soldados, José se apartaría de la ruta, escondiéndose con su familia y el burro entre las piedras y los matorrales. No falta el que supone que, en ese viaje, fueron asaltados por una banda de ladrones y que, en la guarida de estos, la Santísima Virgen curó al hijo del jefe, que estaba enfermo y que llegaría a ser Dimas, el Buen Ladrón que moriría junto a Jesús. Otros cuentan que se salvaron raspando del ataque de leones y chacales. Pero como saber, nada se sabe a ciencia cierta.

La verdad es que por fin cruzaron la frontera y, de allí en más, pudieron utilizar el camino real, llegando a Egipto sin novedad.



Instalados en Egipto, la vida fue para ellos muy dura. Capital tenían poco o nada, porque el oro que los Magos regalaran al Niño sería apenas un puñado simbólico. Además no conocían a nadie y los egipcios miraban con recelo a los judíos, con los cuales mantenían viejas enemistades.

José instaló su tallercito de carpintería y, como era trabajador y hábil en su oficio, se fue haciendo de una clientela. Judíos como él han de haber sido los primeros clientes pero, el ver que en el taller de José las cosas se hacían bien, algunos egipcios terminarían por arrimarse para encargarle tareas. Uno le diría.

-Vea, José, se me quebró el cabo de la pala y hay que componerlo.

José compondría la pala.

Otro diría:

-Don José, anoche se partió una pata de la mesa y habrá que hacerle otra nueva.

José haría la pata nueva.

Y otro más diría:

-José, hágame la gauchada, en casa se rajó la viga del mojinete y tengo que empatillarla rápido, no sea cosa que venga tormenta y me llueva adentro de la pieza.

Allá iría José para hacer la gauchada.

Y, mientras José paraba la olla, María se encargaría de cocinar lo que hubiera en ella, de hacer las compras, barrer el patio, cultivar algunas verduras y, sobre todo, de cuidar al

Niño, alimentarlo, cambiarle los pañales y cantarle viejas canciones, por lo bajo, para que se durmiera.



Después de un tiempo bastante largo, el ángel se le presentó otra vez a José en sueños y le ordenó:

-Volvé a tu tierra porque Herodes ya se murió.

Y José, siempre obediente a la voluntad de Dios, levantó la casa, cargó el burro y volvió a su tierra, con Jesús y María Santísima.

Enterado de que allí gobernaba ahora Arquelao, un hijo de Herodes que tampoco era trigo limpio, dio un rodeo para evitar pasar por sus dominios y sujetó en Nazaret.

Objetivo: Destacar la inteligente docilidad con que José cumplía la voluntad de Dios, como cabeza de la Sagrada Familia, gobernando en esa Trinidad de la Tierra que formaba con Jesús y María.

[Al índice con links/enlaces](#)

El niño perdido y hallado. Vida oculta

Todos los años José y María subían de Nazaret a Jerusalén, para adorar a Dios en el templo al celebrarse la fiesta de Pascua, que recordaba la salida de Egipto del pueblo judío. Y llevaban al niño con ellos.

Jesús ya tenía doce años. Era un chico alto y fuerte, despierto, observador y bien educado. Ayudaba a Jesús y tenía muchos amigos en el barrio.

Al aproximarse la Pascua se encaminaron a Jerusalén. Como eran muchos los que hacían lo mismo que ellos, Jesús, María y José se sumaron a la nutrida caravana que iba hacia la capital. Parientes y conocidos viajaban con ellos, charlando entre sí y compartiendo las provisiones que llevaba cada cual, los chicos formaban rancho aparte, numerosos y bullangueros, disfrutando aquel programa que interrumpía anualmente la monotonía de la vida en los pueblos de Israel.

Llegados a la ciudad cumplieron con lo que tenían que cumplir y, a los pocos días pegaron la vuelta.

María y José marchaban con los mayores, comentando de las novedades de las que se habían enterado durante su estadía en Jerusalén. Y pensaron que el niño vendría más atrás, con los demás muchachos.

Al caer la noche acampo la caravana y se formaron ruedas alrededor de los fogones recién encendidos. Fue entonces cuando sus padres buscaron al niño y no lo hallaron. Fue inútil que preguntaran.

Angustiados María y José regresaron a Jerusalén al clarear el día. Caminaban con el corazón oprimido y apretando el paso. Atardecía cuando entraron de nuevo a la ciudad. Se dirigieron a la casa que habían ocupado. Recorrieron calles y plazas. Interrogaban a cualquiera que se les cruzara:

-¿No ha visto usted a un chico de una altura así, morenito él, vestido con una túnica sin costuras sujetas con un cinto de cuero?

-No lo he visto.

Pasó ese día y la noche siguiente. María y José no dormían y apenas si comían. Resolvieron por fin recorrer cuidadosamente el templo. Allí se arremolinaba la gente, trajinaban los sacerdotes, mugían y balaban los animales destinados al sacrificio. Los cambistas ofrecían monedas murmurando cotizaciones por lo bajo. Y, al abrigo de un

pórtico, observaron una reunión de gente tranquila, que hablaba despaciosamente. Se acercaron a ella.

Doctores y ancianos componían el grupo, hombres sabios de Israel. Muchos curiosos los rodeaban, escuchando lo que allí se decía. Y, ocupando un lugar destacado entre los presentes el Niño Jesús hacía preguntas y contestaba la que dirigían los doctores y ancianos. Todos estaban asombrados por su inteligencia y conocimientos. María se abrió paso entre la concurrencia, preguntándole:

-Hijo ¿Por qué nos has hecho esto? Te hemos andando buscando durante tres días sin hallarte.

Y contesto Jesús:

-¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que tengo que ocuparme de las cosas de mi padre?

Jesús se refería a Dios, su padre del cielo. Pero María y José no entendieron bien la respuesta. Enseguida Jesús se les unió, volvieron a Nazaret y él, que era hijo de Dios estuvo sujeto a María y a José, mientras crecía en sabiduría, en edad y en gracia.



La Sagrada Familia



El Evangelio no recoge suceso alguno referido a la sagrada familia desde que volvió a Nazaret –luego de hallado el Niño en el templo-, hasta que Jesús cumplió unos treinta años. Y el hecho de que nada se haya escrito respecto a ese largo periodo demuestra que nada extraordinario sucedió durante el mismo. Indica que Jesús, María y José llevaron una vida normal, corriente e igual a la que llevaban tantas familias modestas de su tiempo.

Jesús ya no era un chico sino un mozo de buena presencia, con una mirada difícil de olvidar, cara tostada por el sol, fortalecidos los brazos en el trabajo manual, que hablaba con el acento propio de la gente de galilea: un acento comparable al que los porteños advertimos en riojanos o cordobeses, y a cordobeses y riojanos advierten en los porteños.

María iría para los cuarenta, su belleza habría madurado, alguna cana matizaría la mata de su pelo y se conservaría encendido el brillo de sus grandes ojos. José pisaría el medio siglo, se mantendría derecho y tendría la barba un poco gris. Aunque quizá su vista no fuera la de antes y los trabajos dedicados los tuviera que realizar Jesús que, por otra parte, era tan buen carpintero como su padre.

En la casa nunca sobraba un peso. Pero tampoco faltaba lo necesario. Reinaba allí una armonía completa, bajo la autoridad de José. Autoridad ésta cuyo ejercicio resultaba todo un compromiso para él, ya que era su deber no abdicarla pero, al mismo tiempo se le haría

cuesta arriba mandar en un hogar formado por el hijo de Dios y la mujer más perfecta que el Altísimo haya creado.

Padre e Hijo conversarías apaciblemente en las noches largas del invierno, frente al fuego. Recordarían la dilatada historia del pueblo de Israel y comentarían anécdotas menudas de la jornada.

No resultaba aquél, sin embargo, un hogar cerrado sobre sí mismo, pues, Jesús, María y José no eran indiferentes a cuanto los rodeaba. Todo lo contrario. Tendría buena relación con sus vecinos, concurrirían a las celebraciones sociales de parientes y amigos, festejarían también ellos con alguna reunión los acontecimientos que se estilaba festejar entonces, abriendo las puertas de su casa y convidando a los concurrentes con vino y empanadas. Los sábados irían a la sinagoga, del mismo modo que cualquier familia asiste a misa los domingos, en la parroquia del barrio.

Eso sí, durante aquellos años en que transcurrió la vida oculta de Jesús, todo se haría con la mayor perfección posible en el hogar de Nazaret, ofreciendo a Dios cada tarea, terminando con esmero cada labor, recibiendo amablemente a los visitantes inoportunos, dando una mano a los demás cuando a los demás les hiciera falta.

Y se interesarían por los sucesos que afectaban a su país, por el cual sentían todo el amor que se ha de sentir por la patria de uno.



En algún momento que no es posible precisar moriría José. Como muere un santo, que ha cumplido su deber año tras año, hora tras hora, minuto tras minuto, amando los designios de Dios a su respecto. Moriría asistido por Jesús y por María, subiendo enseguida su alma al cielo para seguir velando desde allí por aquel hogar que quedaba a cargo de Jesús. Dado que es el más grande de los santos, después de María Santísima, conviene dirigirse a él dándole el título de San José, nuestro Padre y Señor.

Objetivo: Destacar que, durante treinta años de los treinta y tres que pasó en la tierra, el Hijo de Dios llevó una vida corriente, en el ámbito de una familia común, ejerciendo un oficio como tantos. Enseñándonos así a santificar la vida ordinaria.

[Al índice con links/enlaces](#)

Jesús se prepara para la vida pública

Juan, el hijo de Isabel, tuvo por misión anunciar que el Mesías ya había llegado y, por eso, se lo conoce como el Precursor o San Juan Bautista.

Era un hombre tremendo, con una mirada de fuego y un vozarrón que hacía temblar las montañas. Desde joven vivió en el desierto, comiendo sabandijas y miel de avispas. Se vestía con pieles de camello sobadas y andaba descalzo.

Mientras que Jesús permanecía aún en su casa de Nazaret, Juan empezó a reunir verdaderas multitudes a la orilla del río Jordán, gritándole a la gente que enderezara su conducta y que hiciera penitencia, pues el Salvador estaba entre ellos. Y bautizaba con agua del río a todos los que se arrimaban.

Un día, de entre la muchedumbre se adelantó un hombre, circunspecto y buen mozo, pidiendo ser bautizado: era Jesús. Juan tuvo una gran emoción, ya que reconoció en él al Redentor. Y temblándole el pulso, lo bautizó.

Juan, el hijo de Isabel, tuvo por misión anunciar que el Mesías ya había llegado y, por eso, se lo conoce como el Precursor o San Juan Bautista.

Era un hombre tremendo, con una mirada de fuego y un vozarrón que hacía temblar las montañas. Desde joven vivió en el desierto, comiendo sabandijas y miel de avispas. Se vestía con pieles de camello sobadas y andaba descalzo.

Mientras que Jesús permanecía aún en su casa de Nazaret, Juan empezó a reunir verdaderas multitudes a la orilla del río Jordán, gritándole a la gente que enderezara su conducta y que hiciera penitencia, pues el Salvador estaba entre ellos. Y bautizaba con agua del río a todos los que se arrimaban.

Un día, de entre la muchedumbre se adelantó un hombre, circunspecto y buen mozo, pidiendo ser bautizado: era Jesús. Juan tuvo una gran emoción, ya que reconoció en él al Redentor. Y temblándole el pulso, lo bautizó.

No bien lo hizo, se oyó una voz del cielo que decía: “Este es mi Hijo muy querido”. Y el Espíritu Santo bajo sobre Jesús, en forma de paloma.

En esa escena se hizo presente la Santísima Trinidad: el Padre, que habló, el Hijo, recién bautizado, y el Espíritu Santo, que descendió sobre Él, aleteando.



A fin de prepararse para su vida pública, Jesús se retiró al desierto y allí ayuno durante cuarenta días, hablando con su Padre.

Ya estaba por terminar su ayuno cuando se le presentó el diablo con intención de tentarlo.

Primero le dijo:

-Si sos el hijo de Dios, convertí esta piedra en pan.

Pero Jesús sin llevarle el apunte, le contestó:

-No sólo de pan vive el hombre.

Después se lo llevó a la punta de un cerro altísimo y le mostró todos los reinos del mundo, ofreciéndole:

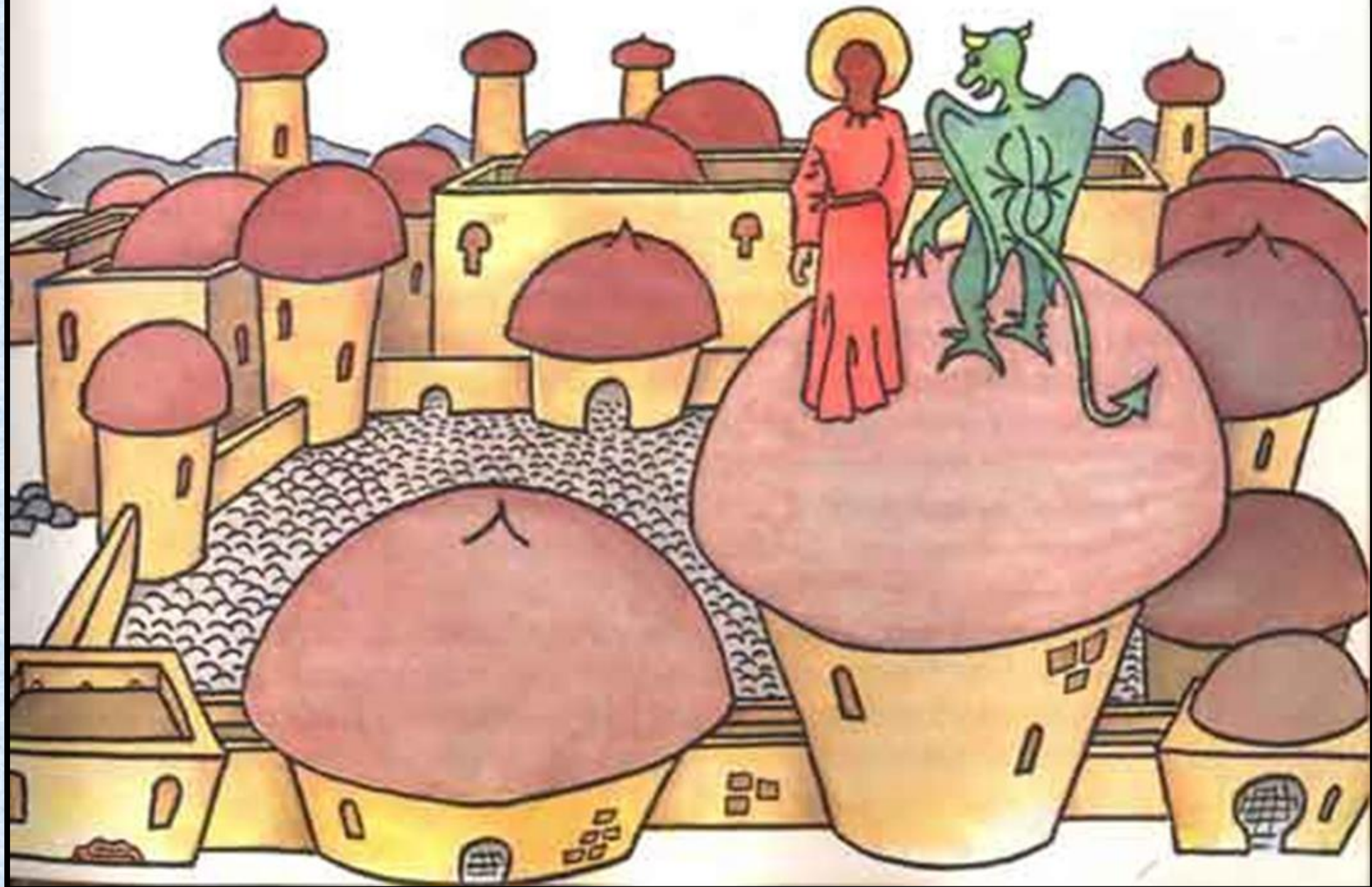
-Si me adorás, puesto de rodillas, te entregaré todos esos reinos.

Jesús, pacientemente retrucó:

-Sólo a Dios se le ha de adorar.

Finalmente lo transportó hasta la torre más elevada del Templo de Jerusalén y le propuso:

Jesús y el diablo sobre el Templo



-Tírate abajo pues, si sos el Hijo de Dios, los Ángeles no dejarán que te estrelles contra el piso.

Consideró Jesús que la insolencia del diablo había llegado al colmo y echándolo, le recordó:

-No tentarás al Señor tu Dios.

Y el diablo se mandó mudar con el rabo entre las patas.



Una tarde, a eso de las cuatro, estaba el Bautista con dos conocidos suyos. Uno era su tocayo Juan, un muchachito muy joven. El otro se llamaba Andrés. A lo lejos vieron a Jesús que pasaba. Dijo el Bautista:

-Ahí va el cordero de Dios -que era un modo de decir ahí va el Mesías.

Juan -el tocayo- y Andrés siguieron a Jesús, quedándose con él todo el resto del día.

Andrés encontró a su hermano Simón diciéndole:

-Hemos encontrado al Mesías, vení a conocerlo.

Y allá fueron los dos.

Jesús lo miró fijamente a Simón y le dijo:

-Vos sos Simón. Pero desde hoy te llamarás Pedro.

Pedro quiere decir “piedra”. Y al darle ese nombre, Jesús aludía a que San Pedro sería la roca firme sobre la cual habría de asentarse su Iglesia, ya que se transformaría en el primer Papa.

Al día siguiente se agregó al grupo Felipe, un paisano de Andrés y Pedro. Y Felipe lo trajo a Natanaél, un hombre importante, natural de Caná, que se llamaría Bartolomé

A ellos se irían sumando Santiago, Tomás, Mateo, otro Santiago, Simón, Judas Tadeo, y Judas Iscariote, que sería el traidor.

La mayoría eran pescadores de oficio, que ahora saldrían a pescar almas. Juan y Santiago eran primos de Jesús. Mateo trabajaba como recaudador de impuestos para los romanos, así que era rico, y sus compatriotas lo miraban mal. Estaba sentado en su oficina cuando Jesús lo vió, invitándolo a seguirlo. Mateo cerró el boliche y se fue con Jesús.

Estaban elegidos los doce apóstoles, el Estado Mayor de Cristo dicho en términos militares. Un Estado Mayor compuesto por rudos pescadores, algún chacarero quizás, y un cobrador de impuestos, mal mirado por la gente.

Objetivo: Destacar que la Santísima Trinidad es un misterio que no podemos comprender, debiendo aceptarse su existencia por ser verdad de Fe y amando de todo corazón al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Respecto a las tentaciones, señalar que el diablo tentó a Jesús halagando sus sentidos, al ofrecerle pan cuando tenía hambre; apelando a la ambición de poder, al ofrecerle los reinos del mundo; y buscando apoyarse en el orgullo, al intentar que se diera corte utilizando caprichosamente su poder divino.

[Al índice con links/enlaces](#)

Milagros

Jesús y María, su Madre, fueron invitados a un casamiento en Caná, un pueblito próximo a Nazaret, de donde era Natanael.

Estaban en plena farra cuando María, que ayudaba a los dueños de casa, advirtió que el vino se había acabado. Y que se acabara el vino en mitad de la fiesta era un papelón terrible para los novios. Se acercó entonces discretamente a Jesús y le dijo:

-No tienen vino.

Jesús le contestó:

-Qué le vamos a hacer. Todavía no llegó el momento en que empezaré a realizar milagros.

Sin embargo, María les indicó a los mozos que servían:

-Hagan lo que Él les diga.

Sonrió Jesús al ver la insistencia de su Madre y ordenó a los mozos.

-Llenen con agua las tinajas del vino.

Los mozos hicieron lo que les mandó y llenaron hasta el borde las tinajas. Éstas eran seis, de piedra, con una capacidad de entre 80 y 120 litros cada una.

Enseguida dijo Jesús:

-Ahora, llévenle un poco de esa agua al "maitre", para que la pruebe.

Probó el "maitre" aquella agua y se quedó asombrado: era un vino de primera, mejor que cualquier "reserva" mendocino. Y tanto fue su asombro que lo encaró al novio y le protestó:

-Vea, Señor, nada más que a usted se le ocurre servir recién al final el mejor vino. Una persona razonable lo hubiera servido de entrada y, una vez que los convidados estuvieran bien chupados, les habría dado el fulero, así ni se enteraban del cambio.

Ése fue el primer milagro que hizo Jesús. Un milagro alegre, que tuvo por marco una fiesta de casamiento y que realizó por pedido de su Madre, a quien nada le niega.

Muchos otros milagros hizo durante sus andanzas por la tierra.



Estaba un día Jesús en la ciudad de Cafarnaún. La multitud se apiñaba alrededor de la casa en que se hallaba, bloqueando puertas y ventanas. Y había unos hombres que tenían un amigo paralítico al que querían presentar a Jesús para que lo curara. Pero no podían llegar a Él.

De pronto, con sorpresa, el Señor vio que se abría un boquete en el techo del cuarto donde se encontraba. Polvo y cascotes cayeron en medio de la pieza. Y, por el agujero,

bajaron con cuerdas a un hombre acostado en una camilla. Los amigos del paralítico habían encontrado la manera de acercarlo a Jesús. Y Jesús curó al paralítico.

Así deben ser los amigos. Y la amistad es un buen instrumento para acercar los hombres al señor.

Jesús atravesó en un barquito el lago de Genesaret, que es un lago al que llaman mar en Palestina. Al llegar al otro lado le salió a cruce un hombre endemoniado.

Aquel hombre era una fiera. Vivía entre las tumbas que estaban en las afueras de una ciudad llamada Gerasa y asustaba a la gente con los aullidos que pegaba. Varias veces habían tratado de dominarlo, atándolo con cadenas. Pero él hacía pedazos las cadenas y no había forma de sujetarlo.

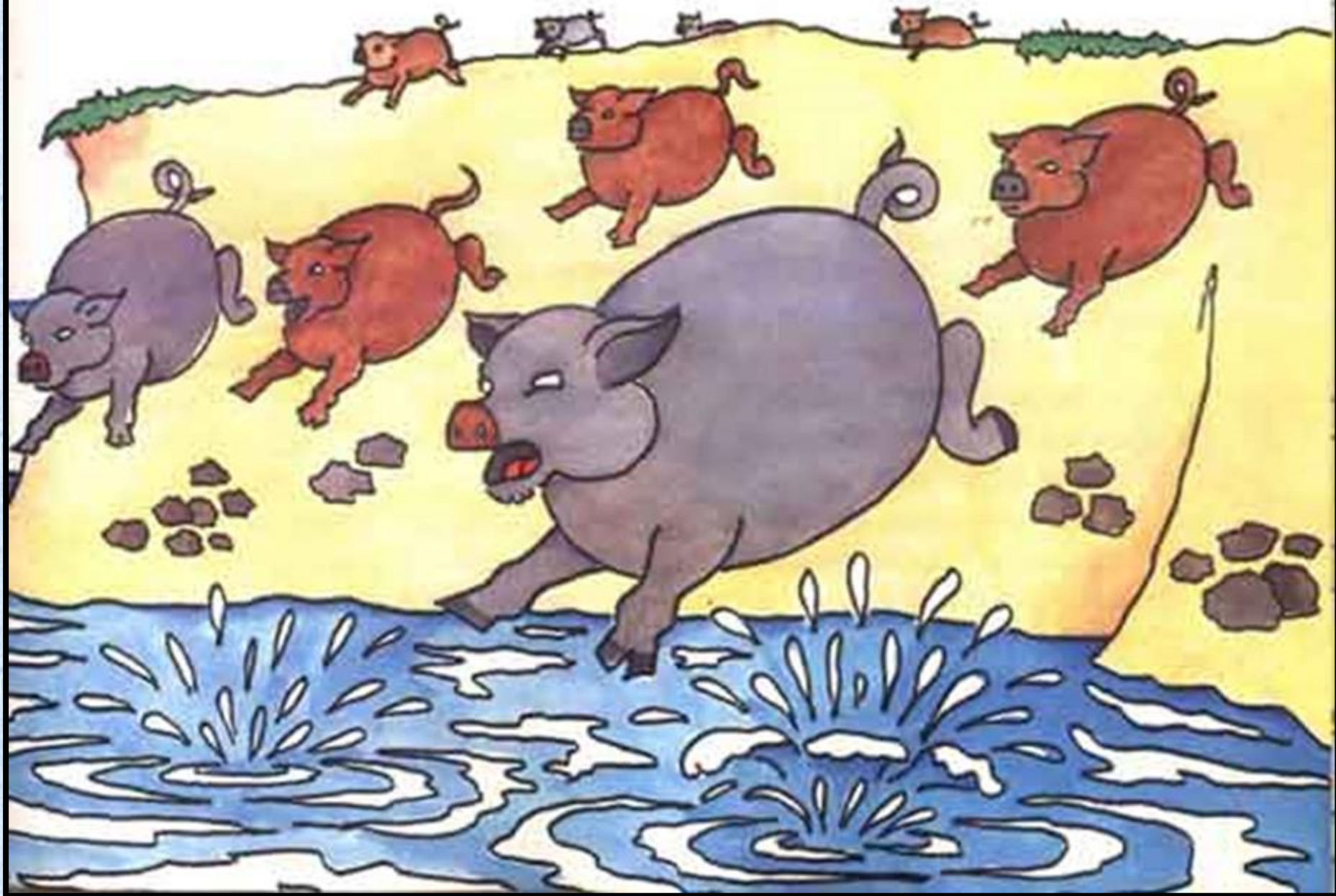
Jesús le preguntó al diablo que poseía a aquel hombre:

-¿Cuál es tu nombre?

-Mi nombre es Regimiento -contestó-. Porque somos muchos diablos.

Pastoreaba por allí una tropa grande de chanchos y Jesús les mandó a los demonios que abandonaran a ese desgraciado, permitiéndoles que se metieran en los chanchos.

Los chanchos endemoniados



Dicho y hecho: En bandada salieron los diablos, se metieron en los chanchos y éstos, despavoridos, saltaron desde una barranca ahogándose en el lago.

El hombre quedó mansito y feliz. Le pusieron ropa buena y, agradecido, quiso quedarse para acompañar a Jesús en sus correrías. Pero el Señor lo mandó a su casa para que se dedicara a la familia y le contara a todo el mundo el gran favor que había recibido. Porque, para la mayoría de la gente, la voluntad de Dios consiste en que cuiden de los suyos y hablen de Dios en su casa y en su lugar de trabajo.



Los discípulos cruzaban el lago, a bordo de un velerito. Jesús se había quedado en la orilla, rezando. Cerró la noche y se levantó una tormenta. Soplaba el viento y los refucilos desgarraban la oscuridad. Trajinaban los tripulantes por bajar las velas cuando Pedro, que era uno de ellos, vió entre relámpago y relámpago una figura que venía caminando sobre las olas.

-¡Un fantasma! -gritó, asustado.

Pero, observando con atención, reconoció a Jesús en aquella figura. Haciendo bocina con las manos le pidió que permitiera que también él pudiera marchar sobre el agua. Jesús

le indicó que se acercara. Y Pedro, confiado en su palabra, dejó el barco y avanzó hacia el Señor.

Así anduvo un trecho. Sin embargo, advirtió de pronto que el mar estaba muy picado y que bramaba el oleaje. Vaciló entonces su fe. Y, en cuanto dudó, empezó a hundirse. Le llegaba el agua al cuello cuando pidió auxilio a Jesús. Jesús le dio la mano y juntos llegaron hasta el barco, entrando en él.



Otra vuelta, una grandísima cantidad de gente siguió a Jesús hasta un descampado, lejos de cualquier pueblo.

Al tercer día se acabaron las provisiones y no existían almacenes en leguas a la redonda.

Solamente un muchacho tenía cinco pancitos y dos pescados que la madre le había dado para el viaje.

Jesús les indicó a los Apóstoles que hicieran sentar a la gente y repartieran entre ella esos panes y pescados. Los Apóstoles no entendían nada, pero hicieron lo que Jesús les decía.

Y cuanto más pan repartían, más pan les quedaba para repartir. Lo mismo pasaba con los pescados. Todos comieron a gusto y con las sobras llenaron doce canastas.



Cierta mañana se acercó a Jesús un oficial romano, brillante el casco y filosa la espada que colgaba de su cinturón. Pidió el militar:

-Mi asistente se está muriendo y le ruego que lo cure, Señor.

Jesús amagó dirigirse hacia el cuartel, pero el oficial lo atajó diciendo:

-Señor, yo no soy digno de que entre usted en mi casa. Desde acá, con una palabra, puede curar a mi asistente.

Jesús curó al enfermo y después comentó:

-No he visto en Israel fe tan grande como la de este soldado.



Había en el Templo de Jerusalén una pileta con cinco entradas próxima a la puerta por donde pasaban las ovejas destinadas a los sacrificios.

Cada tanto tiempo bajaba un ángel y removía el agua de esa pileta. El primer enfermo que se tiraba en ella después de la agitación del agua quedaba sano. De modo que había allí una multitud de gente, atacada por toda clase de males, que esperaba aquel momento para comenzar unas trifulcas de padre y señor mío, donde el más fuerte, el más vivo, o el que recibía más ayuda se imponía entrando al agua en primer lugar. Se apiñaban en torno a la pileta ciegos, rengos, tullidos, mudos, mancos, acompañados por familiares y amigos que se batían por ellos al bajar el ángel.

Y allí estaba un pobre paralítico, que llevaba 38 años esperando inútilmente que alguien se compadeciera de él. Pasó Jesús y le dijo:

-¿Querés curarte?

Contestó el hombre:

-Señor, no tengo a nadie que me ayude, tirándome a la pileta cuando viene el ángel.

-Levantate, tomá tu camilla y andá nomás -le indicó Jesús.

El paralítico se levantó, alzó su camilla y se fue caminando, lleno de gratitud.



Salía Jesús de Jericó y, junto al camino, estaba un mendigo ciego. Se llamaba Bartimeo, que quiere decir "hijo de don Timeo". Al oír el tropel, Bartimeo empezó a gritar:

-¿Jesús, hijo de David, compadecete de mí!

La gente quería hacerlo callar pero él más gritaba.

Jesús mandó entonces que se lo trajera. Al saberlo, el ciego pegó un salto, tiró el poncho que lo cubría y se arrimó al Señor.

Éste le preguntó:

-¿Qué querés que te haga?

-Señor, que vea.

-Muy bien, que veas pues. Tu Fe te ha salvado.



A falta de lugar mejor, Jesús se subió al barco de Pedro y Andrés para, desde allí, hablarle a la gente que se amontonaba en la orilla. Estuvo horas enseñando. Por fin dijo a Pedro:

-Remá mar adentro y tirá la red para pescar.

Pedro lo miró con sorpresa y le contestó:

-Señor, toda la noche estuvimos pescando y no hemos sacado ni un bagre siquiera.

Pero, porque vos lo decís, echaremos la red.

Así lo hicieron y tan grande fue la cantidad de pescados que sacaron que el barco medio quería hundirse. Tuvieron que pedir ayuda para volver a la costa, pasando parte de la carga a otro barco, donde iban Santiago y Juan.



Marta, María y Lázaro eran amigos de Jesús. Tenían una quinta en Betania y allí iba Jesús con sus discípulos, para pasar algún fin de semana. Marta se encargaba de los trabajos de la casa y María solía quedarse escuchando lo que decía Jesús, pendiente de sus palabras

Lázaro se enfermó, mientras Jesús se hallaba lejos, enseñando a la gente. Las hermanas lo mandaron llamar. Pero, cuando llegó Jesús, Lázaro había muerto y ya hacía cuatro días que estaba enterrado. Muchas relaciones de la familia se hallaban en la quinta, haciendo su visita de pésame. Después de saludarlo, le dice Marta al Señor:

-Si hubieras estado aquí, tu amigo no se habría muerto.

-Lázaro resucitará - respondió Jesús.

-Ya sé que resucitará en el último día.

-Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera vivirá. ¿Creés esto?

-Claro que lo creo. Vos sos el Mesías, el Hijo de Dios que ha venido al mundo.

Y pidió Jesús que lo acompañaran hasta la tumba de Lázaro. Cuando estuvo cerca, se puso a llorar.

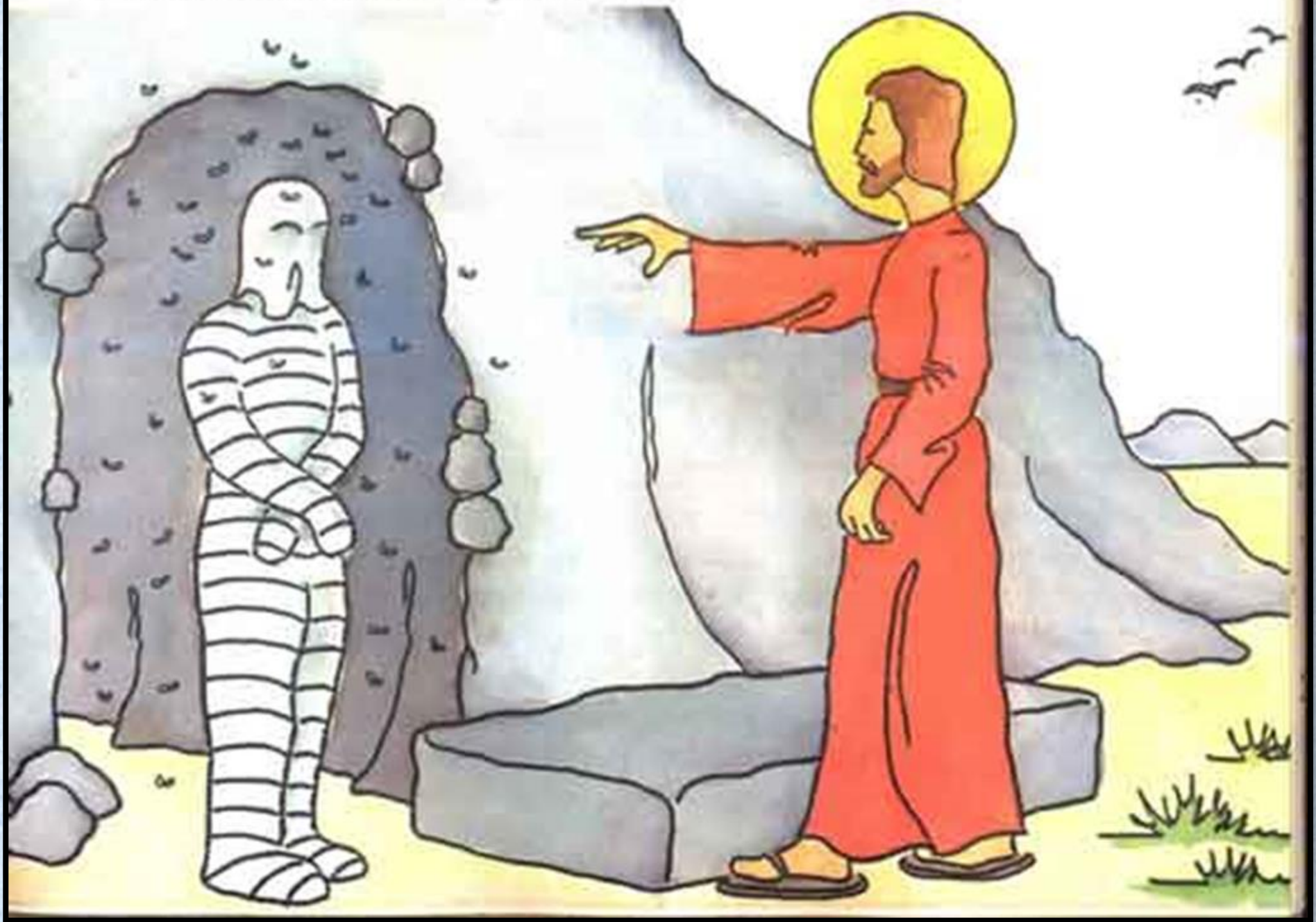
Se trataba de una cueva cavada en la montaña, cuya entrada estaba cerrada con una gran piedra. Jesús mandó correr la piedra, aunque le avisaron que el cuerpo de Lázaro ya apestaría. Después le rezó a su Padre y ordenó enérgicamente:

-¡Lázaro, salí afuera!

Los presentes se quedaron en suspenso, conteniendo el resuello.

El mal olor era insoportable. Se oyó un ruido en el fondo de la tumba. Un ruido sordo, como de pies que se arrastran. La gente estaba asustadísima. Y el ruido sonaba cada vez más cerca... ras...ras... ras...

Resurrección de Lázaro



De pronto, contra el fondo oscuro de la cueva, se recortó una figura aterradora. El muerto permanecía de pie, envuelto en su mortaja, con un trapo tapándole la cara. Tenía las manos y los pies maneados por la mortaja.

Indicó Jesús:

-Suéltelo y déjenlo ir.

Lázaro había resucitado, regresando de la muerte.

[Al índice con links/enlaces](#)

Andanzas y enseñanzas

Durante los tres años de su vida pública, la existencia Jesús fue una continua aventura.

En esa aventura lo acompañaban su estado mayor, que eran los doce apóstoles, y muchos otros que lo seguían a rato, llamados discípulos. Unas pocas mujeres, parientas de alguno de ellos, cocinaban para todos, remedaban la ropa y se encargaban de que las cosas estuvieran dispuestas cuando acampaban por ahí.

Judas Iscariote tenía a su cargo las finanzas del grupo. Pero, hacia el final de aquellas andanzas, se fue apagando su fe en Jesús y empezó a meter la mano en la lata. Robando parte del poco dinero que recibían.

Era una vida llena de atractivos, aunque dura y sacrificada. Lo más próximos se retiraban de vez en cuando y conversaban largamente con Jesús, que así los iba preparando para difundir sus palabras por todo el mundo conocido establecer la Iglesia. Recorriendo Palestina de una punta a la otra, incursionando más allá de sus fronteras. Cruzando en todos los sentidos el lago de Genezaret. Muchas noches dormían al raso, a la luz de las estrellas. Caminaban por senderos polvorientos, al rayo del sol, entraban a los pueblos en busca de provisiones, acompañaban al Señor cuando enseñaba bajo los pórticos del templo de Jerusalén, trepaban montañas, atravesaban llanuras, desiertos.

Y Jesús, incansable, difundía la Buena Nueva, instruyendo a muchedumbres sobre el Reino de los Cielos y sanando a los enfermos que venían de todas partes.



Hemos hablado de los amigos de Jesús. Pero pronto tuvo también enemigos. Esos enemigos eran, en primer lugar, los fariseos, escribas y ancianos del pueblo. Sobre todos los fariseos. Es hora de hablar de ellos.

Los fariseos tenían mucha manija en Israel. Formaban una camarilla de gente dura, conoedora de las escrituras y defensora de las tradiciones del pueblo judío. Nada malo hasta aquí. Pero ocurre que eran unos grandísimos hipócritas y unos orgullosos de lo que no hay. Habían agregado a la Ley de Dios unos mandatos formalistas y fastidiosos. Olvidándose de lo principal que contenía, que era amar al Altísimo con todo el corazón y ser justo con los demás. Para sostener el templo pagaban un impuesto por los ajises que cultivaban en sus huertas y, al mismo tiempo, podían quedarse con la herencia de una viuda pobre y después dormir tan tranquilos.

Odiaban a Jesús porque este sacudió el andamiaje que sustentaba su prestigio y puso al descubierto sus falluterías. Hasta los llamo “raza de víboras y sepulcros blanqueados”.

De modo que declararon la guerra al señor y más adelante se propusieron matarlo.



Jesús estaba sentado en la falda de un cerro y la gente lo rodeaba. Las piedras formaban una especie de tribuna, como las que hay en la cancha de rugby. No digo las de fútbol porque estas son más grandes. Todos estaban pendientes de las palabras del maestro. A los que alcanzaban a oírlo bien, los discípulos les iban repitiendo el sermón pausadamente. El murmullo se elevaba en el silencio de las sierras, quebrado apenas por el

canto de algún pájaro y unos ladridos que se oían a lo lejos, donde varios pastores rondaban sus ovejas.

Decía Jesús:

-Felices los pobres de espíritus, porque de ellos serán los reinos de los cielos.

-Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán satisfechos.

-Felices los que lloran, porque se van a reír a carcajadas.

-Felices los mansos, porque poseerán la tierra.

-Felices los compasivos, porque tendrán compasión de ellos.

-Felices los limpios de corazón, porque verán a dios.

-Felices los perseguidos injustamente, porque alcanzaran el cielo.

Aquello ponía patas para arriba a muchos conceptos arraigado en los judíos, que creían que la protección de Dios se manifiesta en la riqueza, en la fuerza, en ser considerado y tenido en más. Y mientras la gente buena y humilde sintió una gran alegría al enterarse de ese nuevo mensaje que reconfortaba a quienes sufrían no les gusto ni medio a los fariseos, los escribas y los figurines de la sociedad entonces.

Expulsión de los Mercachifles



Según sabemos, los patios del templo de Jerusalén estaban llenos de mercachifles, que vendían animales; por los sacrificios cambiaban monedas. Allí se regateaban a gritos y los balidos de las ovejas se mezclaban con los mugidos de las vacas, de yapa, ensuciaban el lugar, agregando el olor de la bosta al de las multitudes, ya que en esa época la gente no se bañaba seguido.

Cierto día, se cansó de ver tal espectáculo. Junto unas cuantas cuerdas, haciendo con ellas un arreador. Y atropello por en medio de los puestos de aquellos mercachifles, volteando las mesas de los corredores de cambio, desparramando la hacienda y cruzando a longazos el lomo de cambistas y vendedores, gritándoles:

-¡La casa de mi Padre es oración y ustedes la han convertido en una cueva de ladrones!

El desbande fue general.



Sería hacia el mediodía cuando el señor y sus discípulos llegaron a un jagüel que estaba cerca de una población. Venían cansados después de hacer un largo camino y el sol apretaba fuerte. Jesús quedo cerca del pozo, para descansar un poco, mientras los discípulos se corrían hasta el poblado, a comprar provisiones. Se acerca una mujer para sacar agua y

Jesús le pide un trago porque tenía mucha sed. Se pusieron a charlar, y le hizo ver que conocía su pasado y le reveló que era el Mesías. Ella volvió al pueblo y se lo hizo saber a todo el mundo.



Estaba Jesús enseñando cuando un oyente, mandado por los fariseos, la preguntó, haciéndose el inocente:

-¿Se puede pagar el impuesto al Cesar?-

La pregunta era torcida, pues si Jesús contestaba que no, lo denunciarían por desestabilizador, ya que los romanos mandaban en Palestina y el pago del impuesto era obligatorio; Si contesta que sí, perdería popularidad entre el pueblo, que detestaba pagar ese impuesto. Pidió Jesús que le alcanzaran una moneda y preguntó a su vez:

-¿De quién es la figura que está grabada en esta moneda?-

-Del Cesar- le contestaron.

-Bueno –concluyo-, denle al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que de Dios.

Que viene a querer decir: obedezcan a la autoridad y adoren a Dios. O también permitiría concluir lo siguiente: No han de meterse los gobiernos en asuntos que son de la Iglesia, ni los curas en política.

A todo esto, Jesús había anunciado varias veces a sus discípulos que iba a morir de mala muerte, para redimir a los hombres. Y los discípulos se pusieron muy tristes, aunque se resistían a creer que eso sucedería.

Para levantarles el ánimo, Jesús llevo un día a Pedro, a Santiago y a Juan hasta la montaña llamada Monte Tabor. Y allí, a la vista de ellos, permitió que se transparentara por un rato su divinidad: la ropa que llevaba se volvió blanquísima, resplandeciente, y su cara brillaba con una luz maravillosa. Dos personajes se acercaron para hablar con Él. Eran Moisés y el profeta Elías.

Tan a gusto sé en contrataban, que Pedro dijo:

-Señor estamos muy bien aquí. Si quieres podemos levantar tres carpas y quedarnos para siempre.

Pero, al rato, Moisés y Elías habían desaparecidos y Jesús se mostraba igual que siempre.



Por ese entonces, Herodes, hermano de Arquelao, e hijo de aquel otro Herodes que persiguiera al niño Jesús, había hecho degollar a san Juan Bautista, al que tenía preso. La cosa fue así:

Una sobrina suya, Salome de nombre, bailo delante del rey y sus invitados, en una fiesta que hubo en el palacio. Y tanto les gusto el baile a todos que Herodes prometió darle a la chica cualquier cosa que pidiera. Ella fue a preguntarle a su madre que pedir y su madre que odiaba a Juan le indico:

-Pedí que se entregue la cabeza de Juan en una bandeja.

Así murió Juan, él último de los profetas, cuya vida es ejemplar, como una bisagra de oro entre el Antiguo y Nuevo Testamento.



Un grupo de gente escuchaba a Jesús, que les hablaba. Y una barra de chicos de la calle, que habían andado por ahí haciendo travesuras, quería acercarse a Él. Los discípulos no se lo permitían para que no metieran barullo. Cuando Jesús se dio cuenta, dijo:

-Dejen que los chico vengan a Mi. Porque el que no tiene la sencillez de un chico no entrará en los reino de los cielos.

Los chicos se arrimaron y Jesús jugaba con ellos.



Aproximándose a Jerusalén, el Señor venia hambriento. Vio una higuera muy linda de ver, llena de hojas, verdes, brillantes. Y aproximó a ella en busca de higos. Hojas nomás tenía la higuera. Jesús la maldijo.

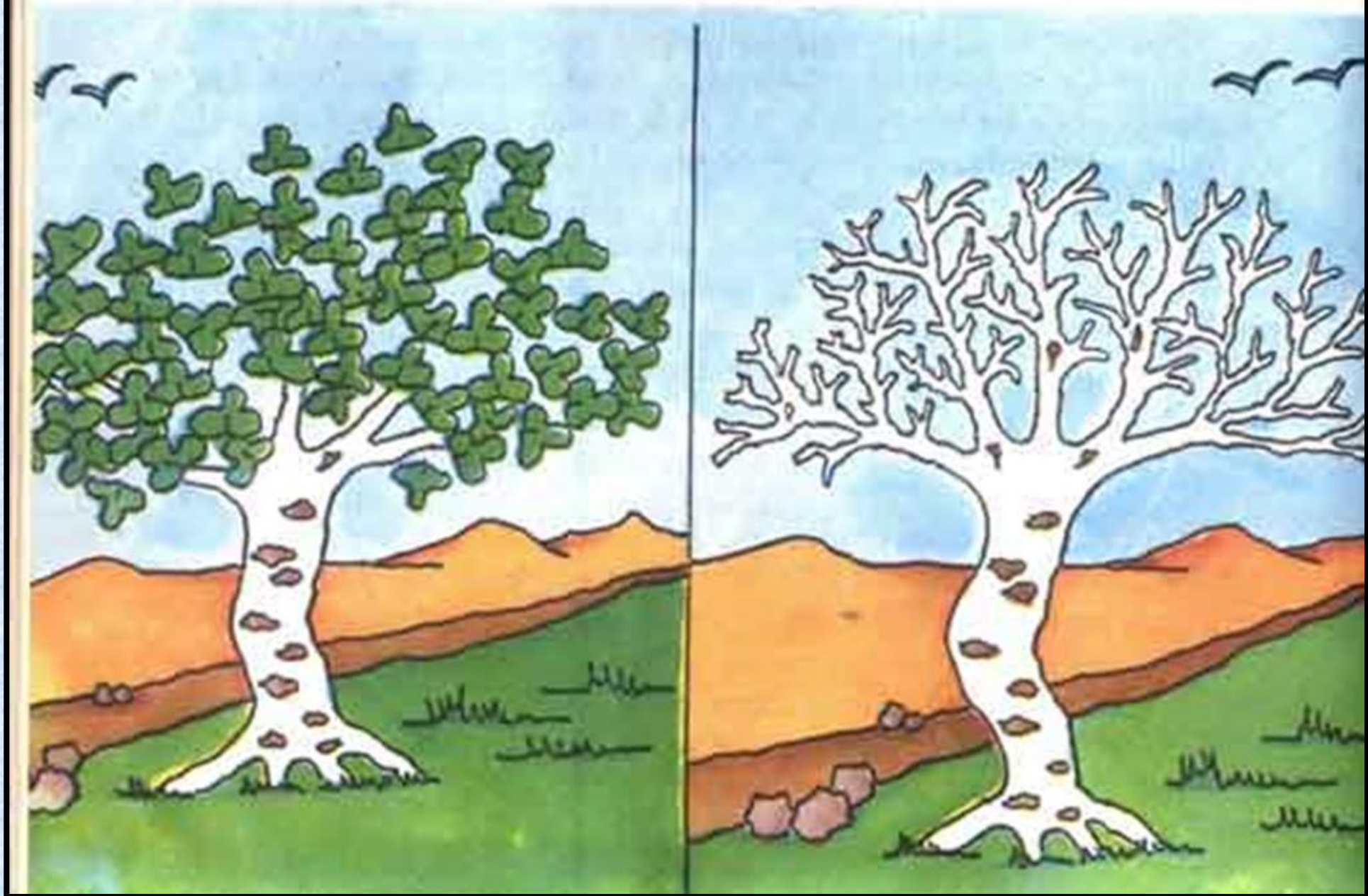
Al día siguiente, pasaron por el mismo lugar. La higuera se había secado hasta la raíz. Pues cuando el Señor llega hasta nosotros en busca de frutos, es mala excusa alegar que no es tiempo oportuno que espere hasta más adelante.



Un gran trigal se extendía entre los ojos de Jesús y su pequeña comitiva. El sol doraba las espigas que el viento inclinaba. Reflexiono el Señor en alta voz:

-La cosecha es grande y pocos los cosechadores. Pidan al dueño del campo que mande gente para recogerla.

La Higuera Maldecida



Se refería a su Padre como dueño de las almas y a la escasez de los apóstoles, necesarios para llevarlas a Él.



Desde una lomada cercana a Jerusalén, los apóstoles le comentaron a Jesús la magnificencia del templo, las piedras labradas de sus muros. Sus puertas de bronce, sus cúpulas resplandecientes. Jesús lo observó con pena y anunció que de él no quedaría piedra sobre piedra. También, en otra oportunidad, se quedó mirando a la ciudad y profetizó su próxima destrucción. Lo dijo llorando porque Jerusalén era la capital de su patria terrena. Años después, Jerusalén fue arrasada y demolido el templo.



Hacia los últimos tiempos de las andanzas de Jesús, lo invitaron a una comida. El dueño de casa, desatento, no cumplió con lo que Él les detalló que establecía la buena educación de entonces. No le dio el beso de bienvenida ni le ofreció pasar al baño para lavarse.

Los invitados, críticos, pensaban: se ve que no sabe quién es esta, que si no... Otro tanto pensaba el dueño de la casa.

Jesús le dijo:

-Vos no me diste el beso de bienvenida ni me permitiste lavarme los pies. Esta mujer, en cambio, redimió tus descuidos besándome os y me los lavo con sus lágrimas. Aprende de ella.

Les dio esa lección aunque sabía muy bien que, hasta entonces María Magdalena-que así se llamaba la mujer llegaría a santa– había llevado una vida nada recomendable, de farra corrida. Pero también sabía que estaba arrepentida y que lo quería con toda el alma. Por eso, en otra ocasión, diría que al que tiene mucho amor a Dios mucho le será perdonado.

[Al índice con links/enlaces](#)

Parábolas o comparancias

La predicación de Jesús estaba dirigida a gente de todo tipo, a ricos a pobres, sanos y enfermos, instruidos e ignorantes, jóvenes y viejos. Había entre ellos hombres y mujeres venidos de muchas partes pero, en general, eran orientales acostumbrados a hablar de un modo determinado y a que se les hablara de ese modo, propio de su tierra, cadencioso e indirecto, rico en figuras y comparancias.

Quizá debido a eso, quizá debido a otra cosa, Jesús se valió frecuentemente de parábolas para enseñar a quienes lo escuchaban.

La parábola es un relato con moraleja, una narración ejemplar, llena de intención docente, que ponía al alcance de cualquiera aquello que se quería explicar. Si bien, así y todo, había muchos que se quedaban en ayunas respecto al sentido del cuento. Lo cual les ocurría incluso a los apóstoles que, muchas veces, le pedían a Jesús que les explicara las cosas, charlando mano a mano.

A continuación explicaré algunas de las parábolas empleadas por Jesús, que he de aclimatar para insertarlas en nuestra vida cotidiana, tal como entonces se insertaron.



Parábola del Buen Samaritano o Comparancia del Viajante de Comercio apaleado

Un viajante de comercio iba en su camioneta por un camino solitario. Lo atajó una banda de ladrones, lo bajaron de la camioneta, lo molieron a palos y le robaron todo lo que llevaba, dejándolo de a pie, tirado al costado de la huella, medio muerto.

Pasó por allí un rabino, que servía en el Templo de Jerusalén. Vio al viajante tumbado pero, por no molestarse y porque andaba apurado, siguió de largo.

Pasó después un levita, que era lo que podríamos llamar un “vecino caracterizado”, que organizaba colectas para socorrer a los israelitas carenciados y ocupaba el primer banco en la sinagoga. También siguió de largo nomás.

Pasó por último un samaritano, gente mal vista por los judíos, que la tenían en menos. Vio al caído, lo subió al sulky, lo llevó hasta la fonda del poblado más cercano y le recomendó al fondero que lo cuidara, dejándole dinero para los gastos. No contento con ello, le encargó:

-Atiéndamelo bien, don. Y si la plata no alcanza cuando pase de vuelta le pagaré lo que falte.

Concluída la parábola, preguntó Jesús:

-¿Cuál de esos hombres les parece que se portó con el apaleado como corresponde portarse con el prójimo?

La respuesta era cantada.



Parábola del Sembrador o Comparancia de la Cosecha Despareja

Salió un chacarero a sembrar cereal. Desparramó la semilla generosamente, sin mezquinar nada. Algunos granos cayeron en la huella, vinieron los pájaros y se los comieron. Otros cayeron en medio de unas toscas y brotaron pero, como no podían echar raíces, las plantitas se secaron pronto. Algunas cayeron entre abrojos y abrepuño; en cuanto soltaron hoja, los yuyos espinosos ahogaron lo sembrado. Y, finalmente, hubo granos que cayeron en buena tierra y dieron muchas espigas, permitiendo una cosecha con rindes diferentes: ciertas semillas rindieron treinta por una, otras sesenta y otras cien.

Fue ésta una de las parábolas que los apóstoles no entendieron. Lo llevaron aparte a Jesús y le pidieron que se las explicara. Jesús les aclaró:

-La semilla es la palabra de Dios, que siembro a manos llenas. La que cae en el camino es aquella que reciben hombres indiferentes, viene el diablo y la olvidan de inmediato. La que cae entre la tosca se refiere a gente que la recibe bien dispuesta pero que, frívola e inconstante, deja de lado mis enseñanzas. La que cae en medio de los abrojos simboliza a otros que también la oyen con gusto y empiezan a ponerla en práctica pero, después, se dejan encandilar por la ambición de poder, el trajín de los negocios, la especulación

financiera y el afán de figurar, terminando por menospreciarla. La buena tierra es figura de los que oyen mi palabra, reforman sus vidas y dan fruto, unos más y otros menos.



Parábola del Hijo Pródigo o Comparancia del Farrista Arrepentido

Un estanciero tenía dos hijos. El mayor era cumplidor de sus obligaciones aunque medio envidioso. El menor era vago y farrista pero muy simpático. Un día, éste le pidió al padre que le adelantara la herencia para hacer su vida. El padre consintió. Arrimó a la feria un lote de vaquillonas, vendió la cosecha a término y remató una lonja de campo, entregándole al hijo el dinero así obtenido.

Se fue el muchacho y, atolondrado como era, no dejó macana por hacer. Se dedicó al naipe y la ruleta, las carreras cuadreras, el whisky, los videojuegos y las modelos. Hasta que no le quedó ni un peso. Se conchabó entonces para cuidarle los chanchos a un hombre rico y muy desconsiderado con su personal, que ni de comer les daba. Hambriento, llegó a alimentarse con el maíz y las sobras que les tiraban a los chanchos, pensando en lo bien que estaban los peones en la estancia de su padre, donde nada les faltaba: mate con galleta de

puño al levantarse, carne a la hora de churrasquear, puchero o estofado a mediodía, mate cocido por la tarde y asado al asador cuando se ponía el sol: hasta vino les servían en el almuerzo y la cena.

Sin embargo, no se atrevía el muchacho a pegar la vuelta, pensando que el padre estaría ofendido por lo ingrato que había sido con él. De modo que las seguía pasando negras y ya estaba en los huesos.

Pero por fin resolvió regresar. Pensó:

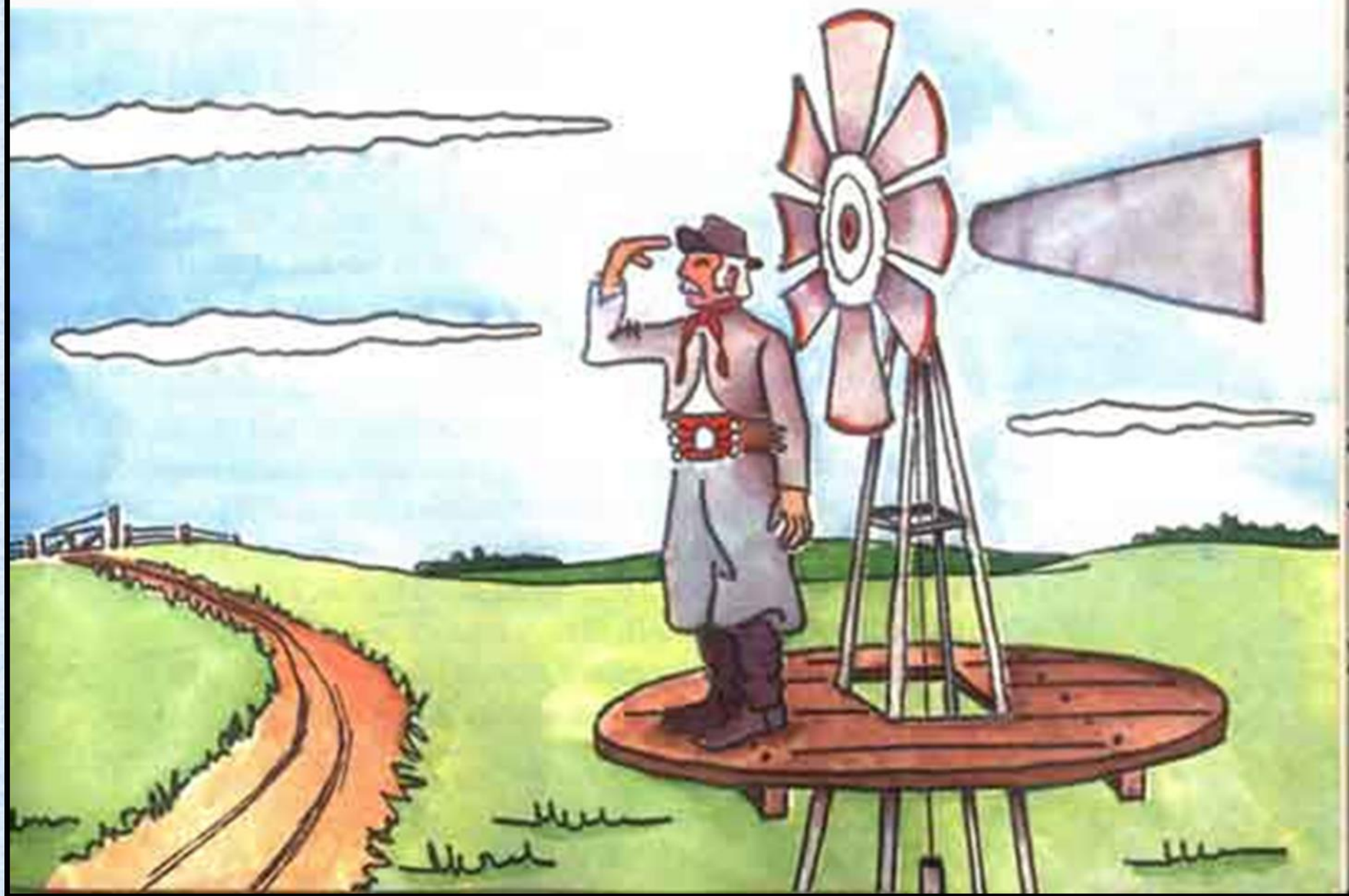
-Le pediré perdón a mi padre, me arrodillaré a sus pies y le rogaré que aunque sea me tome como mensual en su establecimiento.

Mientras tanto, el padre extrañaba a su hijo muchísimo. Cada mañana y cada tarde subía a la torre del molino y se quedaba mirando hacia el lado de la tranquera, para ver si al hijo le daba por volver.

Estaba un día arriba del molino cuando lo divisó a la distancia. Pese a que estaba enteramente cambiado, reconoció su manera de caminar y corrió a recibirlo.

Quiso el hijo empezar el discursito que tenía preparado.

El Padre del Hijo Pródigo



Pero ni tiempo le dio su padre. Lo abrazó, lo llenó de besos, mandó que le trajeran camisa y bombachas nuevas, botas flamantes, pañuelo de seda para el cuello y hasta un anillo le puso en el dedo. Hizo matar un novillo gordo y reunió a la peonada para festejar la vuelta del muchacho.

El mayor, que esta disqueando un potrero, volvía a las casas cuando oyó música de guitarras y acordeones. Milongas, zambas y chamamés estaban tocando. Y alguno zapateaba al compás de un malambo. Preguntó qué era lo que pasaba y se lo dijeron. Entonces se sentó a la retranca y no quiso arrimarse al asado.

Salió el padre a buscarlo pero él seguía empacado. Dijo:

-Yo siempre trabajé para usted, Tata, y nunca me permitió comer ni un cordero con mis amigos. Y ahora que llega ese hijo suyo, después de patinarse la herencia, vea la fiesta que le organiza.

Le dice el padre:

-No seas injusto, muchacho. Vos siempre estuviste conmigo y sabés que lo que tengo es tuyo. Debés acompañarme en esta alegría que siento porque he recuperado al hijo que parecía perdido para siempre.

Igual que el padre de esta historia recibe Dios a los pecadores que se arrepienten y van a confesarse.



Las Parábolas del Reino de los Cielos

Hay un grupo de parábolas cortas que se refieren al Reino de los Cielos. Dicho Reino ha de entenderse en dos sentidos: como la acción de la Gracia en el mundo y en el corazón de los hombres o como el paraíso que Dios nos tiene preparado. Dividiré entonces estas parábolas según su intención, presentando aquéllas en primer término y éstas después.

I

El Reino de los Cielos se parece a una semilla de ombú que, siendo chiquita, se transforma en tremendo árbol, donde anidan los pájaros del aire.



El Reino de los Cielos se parece a un poco de levadura, que fermenta a toda la masa, permitiendo hacer un pan de primera.



El Reino de los Cielos se parece a las redes de arrastre, con la que se saca toda clase de pescados.

El Reino de los Cielos se parece al caso de un dueño de campo, que sembró buen trigo en varios potreros. Cuando verdeaba la sementera, vinieron los peones y le dijeron:

-Patrón, entreverado con el trigo está creciendo chamico. ¿Cómo pudo suceder eso si usted plantó semilla seleccionada?

-Es cosa de un enemigo mío que, cuando ustedes dormían, tiro en el campo mala semillas.

-¿Quiere que arranquemos el chamico?

-No. Porque con el yuyo pueden arrancar plantas de trigo. Esperen que crezcan las dos, así se distinguen bien uno de otro. Entonces sacan el chamico y lo queman, cosechando después el trigo.



El Tesoro Escondido

II

El Reino de los Cielos puede compararse con lo que les paso a un platero salteño, que compraba oro y piedras preciosas. Un día les ofrecieron una perla enorme, grande como un huevo de martineta, pidiéndole por ella un dineral. Vendió el hombre todo lo que tenía y compro la perla.



El Reino de los Cielos puede compararse a un arrendatario que arando, encontró un tesoro enterrado, del tiempo de los españoles. Remató cuanto poseía, compró el campo aquél y quedo dueño del tesoro.



El Reino de los Cielos puede compararse con una señora que extravió su patacón de plata. Dejó enseguida todo lo que estaba haciendo y se dedicó a buscar el patacón perdido. Dio vuelta la casa, barrió debajo de los armarios, corrió las camas y revisó hasta el último rincón. Halló por fin la moneda y, muy contenta, llamó a las vecinas para celebrar el hallazgo.

Con el primer conjunto de parábolas referidas al Reino de los Cielos, Jesús quiso indicar que el mismo se extiende aunque no lo advirtamos y que allí están mezclados buenos y malos hasta el día del Juicio. Con el segundo enseño que hay que estar dispuesto a entregarlo todo con tal de alcanzar el cielo.



Parábola del Siervo Perdonado o Comparancia del Ordenanza Implacable

Había una vez un Gobernador de una provincia, hombre de buen corazón pero muy estricto. Tenía muchas ordenanzas en la gobernación. Uno de ellos le debía cualquier cantidad de dinero, como si dijéramos un millón de pesos de la época en que un millón de pesos era un millón de pesos. Como no podía pagar lo iban a meter preso, conforme a las leyes de esa provincia. Se presentó al Gobernador, se le arrodilló frente al escritorio y le rogó que tuviera piedad de él. El Gobernador se compadeció y le perdonó la deuda.

Al salir del despacho, el ordenanza perdonado se cruzó con un compañero suyo, que le debía menos de quinientos pesos moneda nacional. Y le exigió que se los pagara de

inmediato. Le suplicó el otro que lo esperara, diciendo que las cosas le iban mal pero que se habrían de enderezar y que, aunque fuera en varias cuotas, saldaría su deuda. No hubo caso. El primer ordenanza lo agarró del pescuezo, gritándole que tenía que abonarle todo en el acto. Al ver esto, alguno corrió a contarle al Gobernador lo que sucedía. Y éste mando que al Ordenanza Implacable lo encerraran en un calabozo, a pan y agua, hasta que pagara el último centavo de la deuda que le había perdonado.

El Gobernador representa a Dios y somos nosotros los que muchas veces actuamos como el Ordenanza Implacable, ya que debiéndole a Dios todo lo que tenemos, no nos compadecemos de los demás.



Parábola del Fariseo y el Publicano o Comparancia del Católico Profesional y el Cobrador del Fondo Monetario

Un “Católico Profesional” –que no es lo mismo que un profesional católico- entró a la iglesia y se puso a rezar así:

-Gracias Dios mío por ser tan buena persona como soy. Pongo un billete grande en la colecta de los domingos, no falseo mi declaración de réditos, sé todos los cantos que cantan el domingo en la iglesia y no como carne los viernes. Gracias Dios mío por ser así. Y por no parecerme a ese desgraciado que está rezando allá atrás, en un rincón de la iglesia.

El desgraciado que estaba allá atrás era un calavera que, para peor, trabajaba como cobrador para el Fondo Monetario y rezaba así:

-Perdón Señor por mis pecados. Tené compasión de mí, que soy un pecador.

Dios oyó al cobrador del F.M.I. y no le llevó el apunte al “Católico Profesional” que, por lo visto, creía que se bastaba solo y no precisaba ayuda de nadie.



Parábola de los Talentos o Comparancia del Reparto de Dólares

El Presidente del Directorio de una gran compañía exportadora tuvo que irse al extranjero por bastante tiempo.

Llamó a una de sus gerentes y le dio quinientos mil dólares para que los administrara mientras él no estuviera. Llamó después a otro y le dio cincuenta mil dólares. Llamó finalmente a un tercero y le dio cinco mil dólares.

Volvió a los cinco años, llamó al primero y le pidió cuenta de su administración.

Le dijo al gerente:

-Usted me dejó quinientos mil dólares, doctor. Aquí los tiene, más otros quinientos mil que conseguí negociando con ellos.

-Muy bien -contestó el Presidente-. Por su diligencia, lo nombro en el Directorio de la empresa.

Llamó al segundo y éste le dice:

-Usted me dejó cincuenta mil dólares, doctor. Aquí los tiene, más otros cincuenta mil que conseguí negociando con ellos.

-Muy bien -contestó el Presidente-. Por su diligencia, lo nombro en el Directorio de la empresa.

Y llamó al tercero, que le dice:

-Aquí tiene los cinco mil dólares que me dejó, doctor.

-¿Cómo? -bramó el Presidente -. ¿Nada más que los cinco mil dólares?

-Así es. Como sé que usted es muy exigente, los metí en una Caja de Seguridad y ahora se los devuelvo.

-Grandísimo inútil. Por lo menos los hubiera colocado a interés. Quedás despedido.

Y lo hizo arrojar a las tinieblas de la calle Reconquista, pues ya había anochecido.

En la parábola, Jesús mencionó un rey en vez del presidente de una compañía exportadora, habló de sus servidores en lugar de los gerentes a que aquí me refiero y no aludió a dólares sino a talentos, que era moneda corriente en Palestina por esos años. Pero el ejemplo contenido en el relato es igual: debemos hacer rendir en servicio de Dios las buenas cualidades, o talentos, que para eso hemos recibido.



Parábola de la Oveja Perdida o Comparancia de la Borrega Extraviada.

Cierto criador de ovejas tenía en la Patagonia un plantel de cien animales, puro por cruza Merino Australiano, que cuidaba personalmente, rondándolos y encerrándolos de noche en un corral de pirca.

Una mañana, al soltarlos, notó que le faltaba una borrega.

Sin pensarlo dos veces, agarró el caballo y salió a buscarla por las mesetas recorriendo leguas entre piedras y fachinales, repechando cuesta y vadeando algún mallín. Sólo pensaba el hombre en recuperar la borrega extraviada.

-No sea que me la haya comido el león -pensaba, porque dijo antes que se había visto rastros de un puma por la zona-. Y, según pinta el tiempo, capaz que empieza a nevar y no se salva.

Por fin, en una quebrada cerca de unas cortaderas, descubrió a la borrega. La enlazó, la maneó, la subió en ancas y, feliz, inició la vuelta.

La Borrega Extraviada



Lo mismo que ese pastor hace Dios con los pecadores que lo abandonan, saliendo a buscarlos para traerlos de nuevo a la majada, antes que el diablo los devore o la nieve de la indiferencia les hiele el corazón.

Objetivo: El sentido de cada parábola está explicado en los textos que anteceden. Como objetivo general podría destacarse que es posible advertir la mano de Dios en los hechos de la vida cotidiana; para interpretarlos es necesario pedir que se nos conceda visión sobrenatural.

[Al índice con links/enlaces](#)

Entrada Triunfal a Jerusalén y Última Cena

La popularidad de Jesús había alcanzado un punto que los fariseos, escribas y ancianos, consideraban ya intolerable. Densas multitudes oían su palabra y se conmocionaban las poblaciones a su paso.

Los enfermos quedaban sanos, libres los endemoniados y consolados los afligidos.

De modo que fariseos, escribas y ancianos, decidieron intensificar la sorda guerra que llevaban contra Jesús, resolviendo matarlo en cuanto les fuera posible. Pero todavía tendrían que soportar un mal trago, que los terminó de enfurecer.

Se aproximaba la Pascua judía y el Señor se dirigió a Jerusalén.

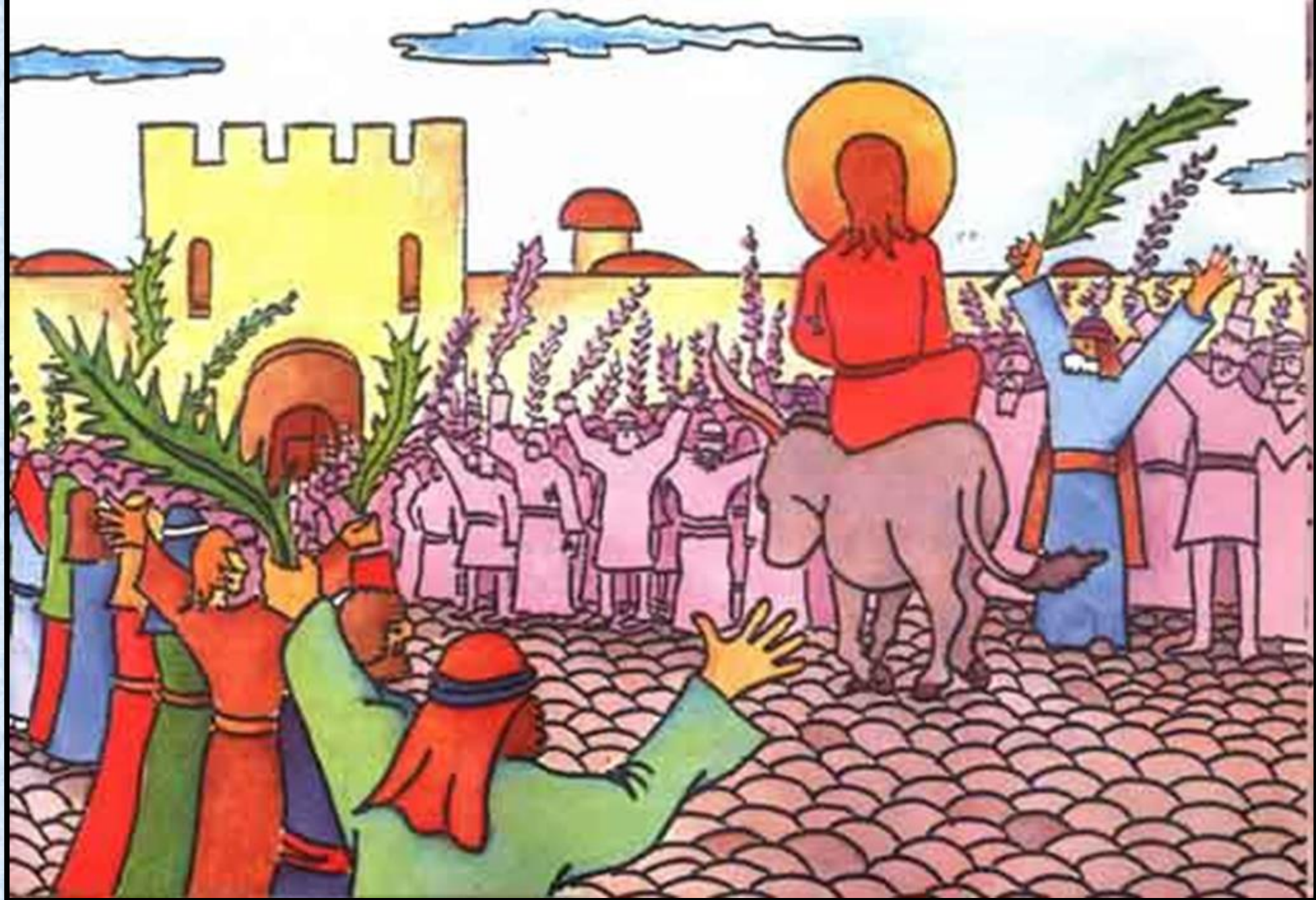
A medida que avanzaba, la gente se reunía a los costados del camino y vivaba su nombre. Alguno cortó una rama de olivo y la agitaba como si fuera el cartel de un partido político o una bandera. Otros lo imitaron. Pronto, la ruta que Jesús seguía estuvo flanqueada de ramas de olivo y de palma, alzadas por las manos de hombres, mujeres y chicos, que gritaban entusiasmados.

-¡Viva el Rey de los judíos! ¡Bendito el que viene de parte de Dios!

Porque pensaban ungirlo rey, para que liberara a su pueblo de los invasores romanos. Pero no era ésa la misión de Jesús.

Al bajar la falda del Monte de los Olivos, ya cerca de la ciudad, le resultaba imposible seguir adelante entre la multitud enfervorizada. Jesús mandó entonces que desataran un burro joven que estaba por allí, pastoreando a estaca, cerca de la madre. Subió en él y así entró a la ciudad.

Entrada triunfal en Jerusalén



Un animal humilde y trabajador como el burro ofició de trono para que el Hijo de Dios marchara en triunfo. Eso nos ha de servir como consuelo ya que, aunque seamos poca cosa, el Señor quiere valerse de nosotros. Claro que, para resultarle útiles, hay que ser como burros, humildes y trabajadores.



Los fariseos y sus secuaces estaban furiosos. Buscaban desesperadamente alguien que les entregara a Jesús, avisándoles con anticipación dónde podrían encontrarlo y meterlo preso sin alborotar al pueblo que lo seguía.

Hasta que se les presentó Judas Iscariote, ofreciéndose para entregar al Señor por dinero. Discutieron un poco y arreglaron que le darían treinta monedas de plata si él los ponía en sus manos. Judas empezó a buscar el momento oportuno para hacerlo. Estaba dispuesto a portarse como un Judas, aunque todavía no llamaban así a los traidores.

En la tarde del jueves anterior a la Pascua, Jesús comisionó a Pedro y a Juan para que organizaran la cena con que los judíos empezaban a celebrar esa fiesta, que recordaba el momento en que sus antepasados salieron de Egipto. Judas paró la oreja, tratando de enterarse dónde sería la cena para hacérselo saber a los fariseos. Pero no se salió con la suya porque Jesús utilizó un truco antes de darles sus instrucciones a Pedro y Juan. Les dijo:

-Entren a la ciudad. Van a cruzarse con un hombre que lleva un balde. Síguenlo hasta la casa donde él entre. Ahí le preguntan cuál es la sala donde el Señor festejará la Pascua con sus apóstoles. Les mostrará una pieza bien acomodada y en ella han de preparar ustedes la cena.

Judas se embromó, pues no era quién para impedir lo que Jesús tenía dispuesto hacer esa noche.

Fueron trece en la mesa: Jesús y sus doce apóstoles. De allí viene la superstición que indica ha de evitarse tal número de comensales. Que es superstición nomás y no se le ha de llevar el apunte, pero cuyo origen hace que uno la mire con indulgencia, ya que refleja el horror con que el mundo cristiano recordó la traición de Judas.

Tenían todos la impresión de que se avecinaban graves acontecimientos. Pese a eso, engolosinados por el éxito de Jesús al entrar triunfalmente en Jerusalén, los apóstoles empezaron a discutir sobre cuál de ellos sería el más importante en el reino que Jesús habrá de fundar en la tierra, según creían.

La discusión subió de tono pero se cortó en seco cuando vieron que el Señor se quitaba la túnica, se ceñía una toalla a la cintura y, tomando una palangana, se ponía a lavarles los pies a cada uno, Pedro se quiso resistir pero Jesús siguió con su tarea.

Al concluir dijo:

-Si yo, que soy Señor y Maestro, les he lavado los pies, también deben entre ustedes lavárselos unos a otros.

Con lo cual nos estaba enseñando la grandeza de servir.

Se volvió a sentar Jesús y anunció:

-Aquí hay uno que me va a traicionar.

Todos preguntaban:

-¿Quién es Señor? ¿Seré yo, por casualidad?

Jesús contestó:

-Al que yo le convide un pedazo de pan, ése es.

Y le alcanzó una rodaja a Judas. Éste, haciéndose el inocente, le dice:

-¿Acaso soy yo Maestro?

Vos mismo lo estás diciendo. Y ahora, andá a hacer lo que pensás hacer.

Judas se retiró, perdiéndose en la noche.

Jesús hablaba y decía:

-Hijos míos, voy a estar muy poco tiempo más entre ustedes.

Y les dejó un mandato nuevo: que se quisieran unos a otros como él los quería.

Preguntó Pedro:

-Señor, ¿dónde vas?

-Adonde yo voy no me pueden seguir ustedes por ahora.

-¿Por qué no puedo seguirle? Yo daría mi vida por vos.

-¿Darías tu vida por Mí? En verdad te digo que antes de que el gallo haya cantado dos veces, tres veces me habrás negado.

Pedro, que era un hombre corajudo y amaba a Jesús con toda el alma, se resistió a creer que lo negaría.

Siguió diciendo Jesús:

-Yo soy como la parra y ustedes como los sarmientos.

El sarmiento que permanece unido a la parra da muchas uvas. El que se separa de ella se seca y lo tiran al fuego. Ustedes son mis amigos. Pero no son ustedes los que me eligieron a mí sino yo a ustedes, para que den mucho fruto.

Luego les anunció que, después de haberse ido, mandaría el Espíritu Santo para que les abriera el entendimiento y les inflamara los corazones.

Jesús miraba a los apóstoles uno por uno, con inmenso cariño. Su voz era cálida y profunda. Juan, el apóstol preferido, apenas mozo, había apoyado su cabeza sobre el pecho del Maestro tan querido. La emoción y la expectativa pesaban en el ambiente. Hubo un largo silencio.

Tomó Jesús un pan, lo bendijo, lo partió, repartió entre los presentes cada trozo y dijo:

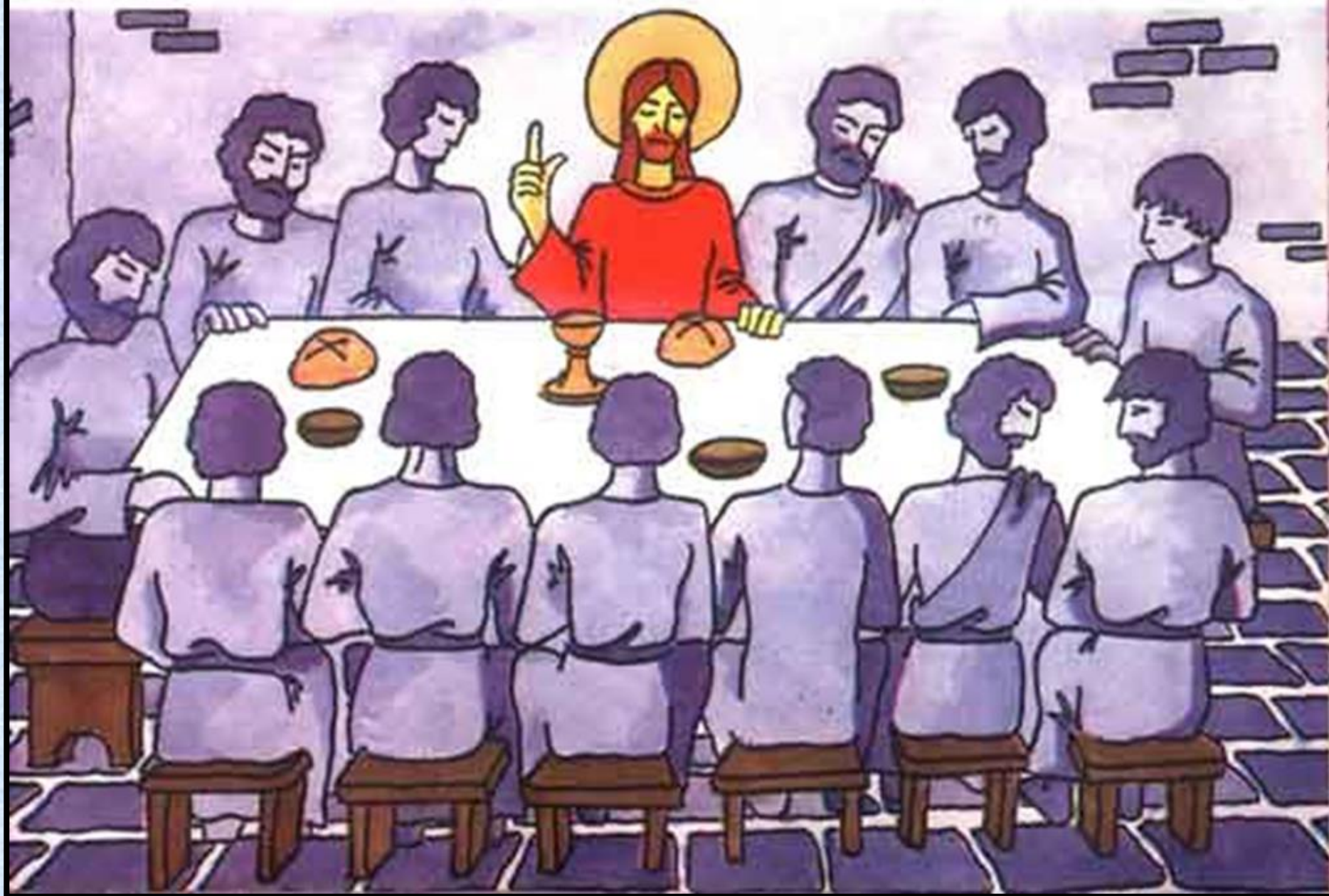
-Este es mi cuerpo.

Luego bendijo el vino que había en una copa y agregó:

-Esta es mi sangre.

Había quedado instituida la Eucaristía.

La Ultima Cena



Desde entonces, cada vez que un sacerdote pronuncia las frases aquí extractadas sobre el pan y el vino, con intención de consagrar, éstos se transubstancian en el cuerpo y la sangre de Cristo, operándose así un milagro maravilloso.

Terminada la cena, Jesús con los apóstoles se dirigieron hacia un lugar llamado Getsemaní o Huerto de los Olivos. Estaba en una montañita y era un sitio tranquilo, donde el Señor solía rezar bajo los árboles.

Judas conocía bien aquel lugar.

Objetivo:

1. Respecto a la entrada triunfal en Jerusalén, destacar que el Reino de Dios anunciado por Jesús no es de este mundo ni su empresa consistió en alcanzar un éxito temporal, como suponían las multitudes.

2. En cuanto a la Última Cena, enfocar la institución de la Eucaristía, insistiendo en cuanto a que Jesucristo está verdadera, real y substancialmente presente en el pan y en el vino, con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad.

[Al índice con links/enlaces](#)

La Oración del Huerto y el Juicio

Era noche cerrada cuando llegaron al Huerto de los Olivos.

Los troncos retorcidos y las hojas plateadas de los árboles blanqueaban a la luz de una luna color tiza, que a ratos se escondía atrás de nubes oscuras.

Jesús se apartó, llevando con Él a Pedro, a Juan y a Santiago.

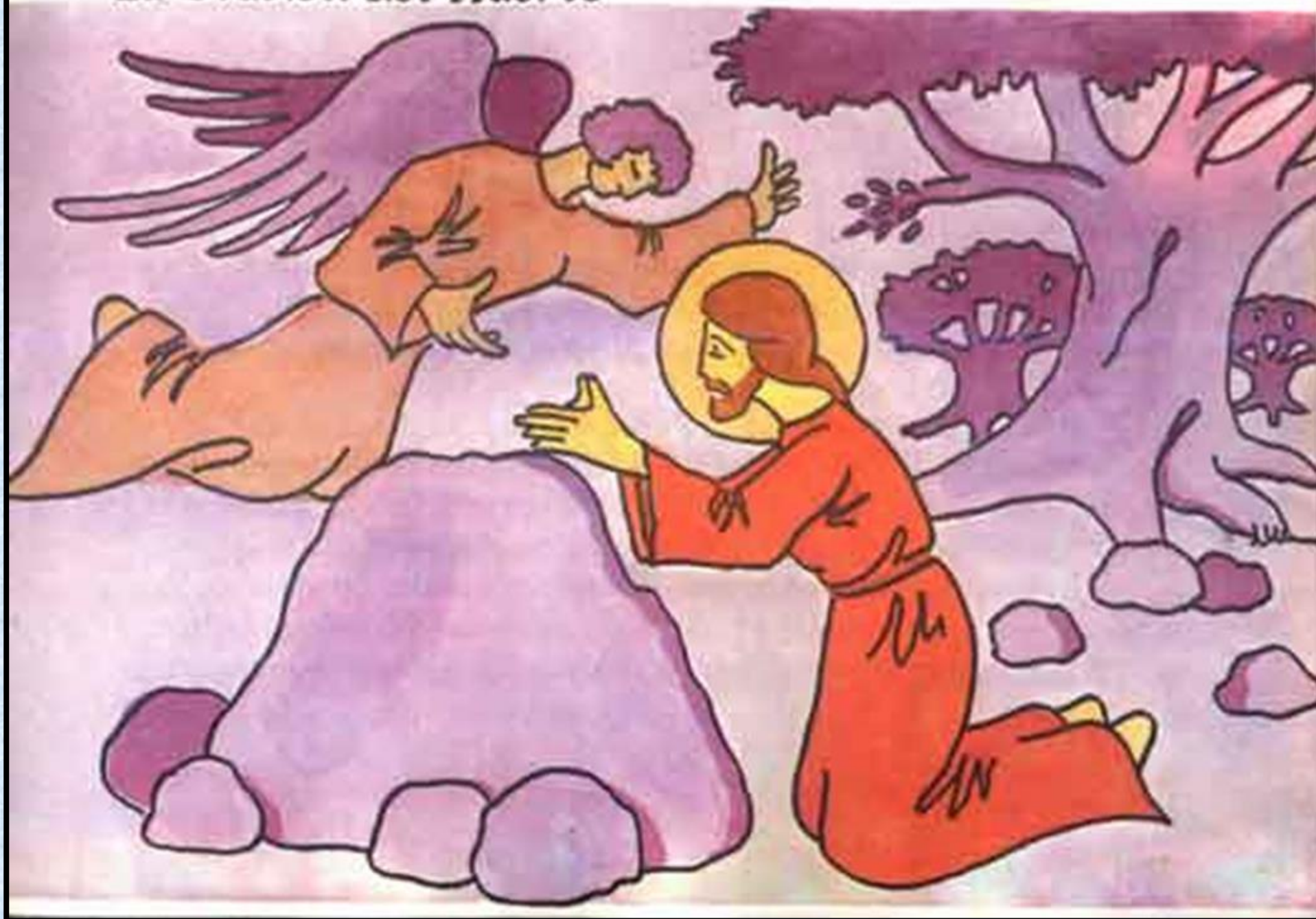
Les pidió que lo acompañaran rezando y Él se alejó un poco más.

Empezó a ponerse muy triste. Se sentía aplastado por el peso de todos los pecados de todos los hombres, que tomaba sobre sí para redimirnos. Le decía a su Padre:

-Si es posible, que no tenga que tomar yo esta copa amarga. Pero hágase tu voluntad y no la mía.

Volvió a donde se hallaban sus discípulos, encontrándolos dormidos. Los despertó y se apartó de nuevo. Una gran angustia le apretaba el alma y seguía hablando con su Padre. Regresó nuevamente al lugar donde estaban Pedro, Juan y Santiago, debiendo despertarlos otra vez.

La Oración del Huerto



Era noche cerrada cuando llegaron al Huerto de los Olivos.

Los troncos retorcidos y las hojas plateadas de los árboles blanqueaban a la luz de una luna color tiza, que a ratos se escondía atrás de nubes oscuras.

Jesús se apartó, llevando con Él a Pedro, a Juan y a Santiago.

Les pidió que lo acompañaran rezando y Él se alejó un poco más.

Empezó a ponerse muy triste. Se sentía aplastado por el peso de todos los pecados de todos los hombres, que tomaba sobre sí para redimirnos. Le decía a su Padre:

-Si es posible, que no tenga que tomar yo esta copa amarga. Pero hágase tu voluntad y no la mía.

Volvió a donde se hallaban sus discípulos, encontrándolos dormidos. Los despertó y se apartó de nuevo. Una gran angustia le apretaba el alma y seguía hablando con su Padre. Regresó nuevamente al lugar donde estaban Pedro, Juan y Santiago, debiendo despertarlos otra vez.

Con la cara apoyada al suelo, Jesús rezaba. Aunque deseaba terminar su misión redentora, agobiado bajo el peso de nuestros pecados y sabiendo lo que tendría que sufrir lo

invadió el miedo. Empezó a transpirar sangre en y las gotas caían en la tierra del huerto. Entonces, Dios Padre mandó un ángel para consolar a su Hijo.

Reconfortado, Jesús les dice a sus discípulos, que dormían:

-Pueden seguir durmiendo nomás, porque ya llegará el que va a entregarme.

Efectivamente, se veían luces entre los olivos y un barullo de gritos quebraba el silencio del lugar. Un nubarrón negro ocultó la luna.



Una partida de sujetos mal entrizados, al servicio de los fariseos y ancianos del pueblo judío, venía armada con espadas y palos, conducida por Judas el traidor. Éste les había indicado:

-El hombre que yo voy a besar es el que ustedes buscan.

Se acercó Judas a Jesús y diciéndole "Salud, Maestro", lo besó.

Lo que venían con él se abalanzaron sobre el Señor.

Pedro, que había ido prevenido, sacó una espada y le tiró un mandoble a uno de lo que intentaban agarrar a Jesús, bajándole una oreja. Jesús le dice:

-Envaina tu espada, Pedro. Que, si quisiera defenderme, le pediría a mi Padre que mandara doce regimientos de ángeles para protegerme. Pero, si hiciera eso ¿cómo se realizaría la redención?

Y, dirigiéndose a los que venían a llevarlo, agregó:

-Todos los días enseñaba en el Templo y nadie me detuvo. Ahora llegan con espadas y palos para atraparme como un ladrón.

Así, se entregó en sus manos. Y todo lo discípulos huyeron.

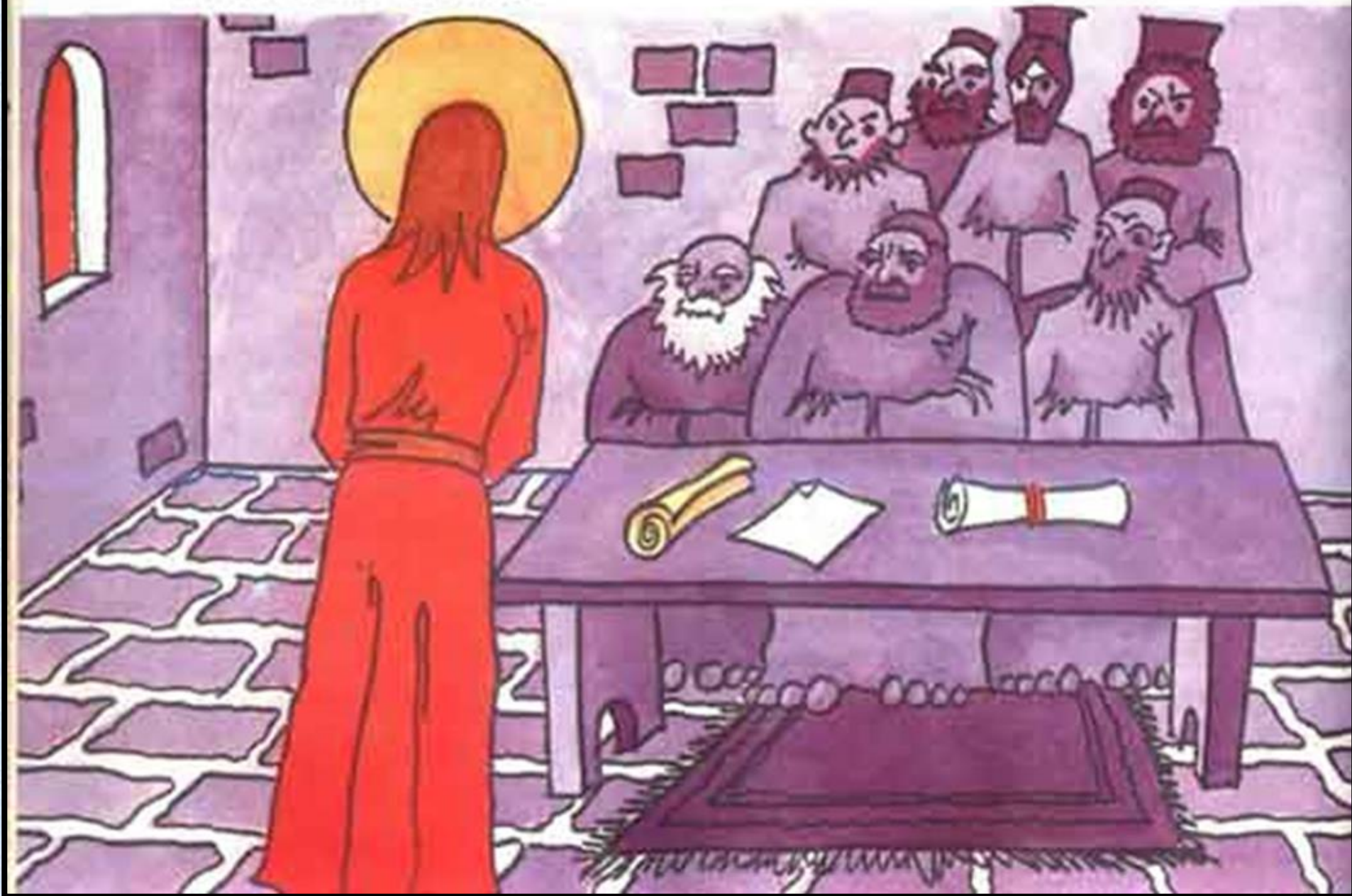


Todavía era de noche cuando lo llevaron a Jesús hasta la casa de Caifás, que era el más importante de los rabinos. Allí estaba reunido el Sanedrín, tribunal de los judíos, para juzgar al Señor. Como ya tenían resuelto condenarlo, buscaron varios testigos falsos con la intención de que la condena pareciera legal. Pero los testigos se confundían y contradecían. Como el juicio no adelantaba, Caifás le preguntó directamente:

-¿Sos vos el Mesías, el Hijo de Dios?

Contestó Jesús:

Ante el Sanedrín



-Yo soy. Y llegará el día en que me verán a la derecha de mi Padre sobre las nubes del cielo.

Caifás se mostró entonces escandalizado, gritando con voz solemne:

-Ha blasfemado y debe morir.

Enseguida, los que estaban allí se fueron sobre Jesús, dándole cachetadas y escupiéndole en la cara



Después de huir en el Huerto, Pedro había seguido a Jesús de lejos, entrando al patio de la casa de Caifás, mezclado entre el tropel de gente. La noche era fría y Pedro se calentaba junto a una fogata que habían prendido en el patio. En eso, una mucama lo reconoció como discípulo de Jesús. Pedro lo negó.

Al rato, otra mucama dijo:

-Éste estaba con Jesús.

Pedro volvió a negarlo. Y cantó un gallo, avisando que se aproximaba el amanecer.

Ya todos miraban a Pedro con sospecha. Algunos insistieron:

-Claro que es uno de ellos. Se nota en su mismo modo de hablar.

Asustado, Pedro negaba con más fuerza, jurando no conocer a Jesús. En ese momento, volvió a cantar el gallo. Recordó Pedro lo que Jesús le había anunciado que lo negaría tres veces antes que el gallo repitiera su canto. Y, arrepentido, salió del patio llorando desconsoladamente.



Judas también se había arrepentido de su traición. Pero, en vez de llorar su pecado y confiar en la misericordia de Jesús, como hizo Pedro, se desesperó. Pensó que nunca obtendría el perdón de Dios, tiró en el zaguán del Templo las monedas de plata recibidas y saliendo de la ciudad, buscó un árbol y se ahorcó.

A su traición sumó dos pecados: desconfiar de la infinita bondad de Dios y suicidarse.



Los tribunales judíos no tenían permitido dictar condenas de muerte, ya que esa pena estaba reservada al gobernador romano, que era Poncio Pilato. Ante él lo condujeron a Jesús, exigiéndole los judíos que convalidara la sentencia que habían dictado.

Pilato se dio cuenta enseguida de que se estaba cometiendo una terrible injusticia, pero era cobarde y no quería tener conflictos con los judíos. Interrogó a Jesús, corroborando que no había cometido delito alguno. Una gran multitud, manejada por los fariseos, rabinos y ancianos, se reunió frente a la gobernación, reclamando la muerte de Jesús. Pilato vacilaba. Le vino entonces a la memoria que los judíos tenían por costumbre pedirle que soltara un preso para Pascua. Y en la cárcel estaba un asesino llamado Barrabás. Preguntó:

¿A quién quieren que les suelte por la Pascua? ¿A Jesús o a Barrabás?

Suponía Pilato que entre Jesús y un criminal, la multitud optaría por Jesús. Pero se equivocaba. La multitud vociferó:

-¡A Barrabás!

Entre los que pedían la libertad de Barrabás y la sangre de Jesús estaban muchos que habían seguido a éste, oído sus enseñanzas, presenciado sus milagros y que acaso hasta fueron curados por él. Porque las multitudes son caprichosas y a veces crueles. Más cuando alguien las agita, como hicieron aquella mañana los enemigos del Señor.

Pilato se achicó, encogido el ánimo. Pidió que le trajeran una palangana y se lavó las manos, a la vista de todos, para indicar que nada tenía que ver en un asunto que, sin duda, estaba bajo su responsabilidad de funcionario. Mientras hacía eso dijo:

-Soy inocente de la sangre de este justo.

Gritaron los judíos a todo pulmón:

-Que su sangre caiga sobre nosotros y nuestros hijos.

Pilato dispuso que azotaran a Jesús y después lo crucificaran.



Flagelación llamaban los romanos al tormento de azotes. Que estaba limitado a un cierto número de golpes de vara o latigazos. Pero a Jesús lo azotaron sin medida, utilizando látigos con varias lonjas que, en la punta, tenían unos huesitos que rompían la carne. Quedó medio muerto, cubierto de sangre.

Después de azotarlo, los soldados vistieron al Señor con un trapo colorado que simulaba un manto real y le colocaron en la cabeza una corona hecha con ramas espinosas, que a golpes le hundieron hasta el hueso. Y, para burlarse, doblaban la rodilla ante Él diciendo:

-Salve, Rey de los judíos.

Ya estaba avanzada la mañana cuando cargaron a Jesús con la cruz donde iban a matarlo y lo sacaron a la calle, rumbo al Calvario, una loma próxima a la ciudad.

Iban con Jesús dos ladrones, que también crucificarían ese día.

Una escolta vigilaba a los condenados. Y la muchedumbre se apretujaba a su paso, insultándolos.

Objetivo: De entre las muchas consideraciones que sugiere este primer tramo de la Pasión, destacar las siguientes:

1. Que la angustia de Jesús en el huerto respondió a que Él, que jamás cometió un pecado, asumió todos los pecados de la humanidad, pasados, presentes y futuros, a fin de obtener perdón para los hombres.

2. El contraste que ofrece el arrepentimiento de Pedro, que confió en la misericordia de Dios, llegando a ser la piedra firme en que se apoyó la Iglesia, y el final de Judas, que desconfió de esa misericordia.

3. La injusticia de la sentencia dictada contra Jesús, ya que el tribunal judío lo condena por decirse Hijo de Dios, siendo efectivamente Hijo de Dios, mientras Pilato advierte que no ha cometido delito alguno y lo reconoce como "justo".

[Al índice con links/enlaces](#)

Muerte de Jesús

El cortejo avanzaba por las calles estrechas, dirigiéndose a una de las puertas que se abrían en las murallas que rodeaban la ciudad.

Jesús no daba más. Había pasado la noche en blanco, estaba desangrado por la flagelación, cubierto de heridas. Cayó vencido por el peso de la cruz. Lo hicieron levantar a golpes.

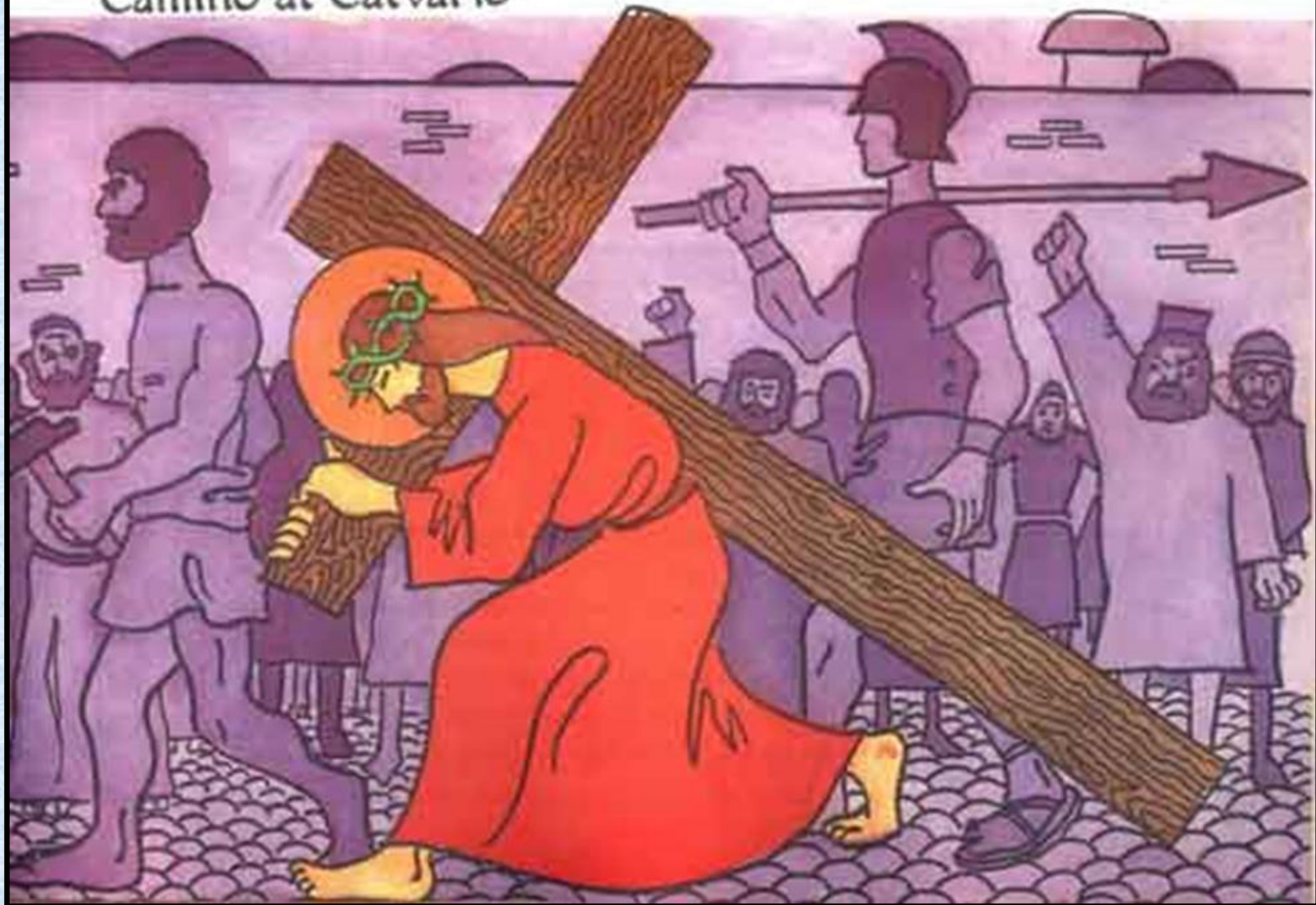
De pronto, advirtió la presencia de su madre, mezclada con la multitud, se miraron largamente, poniendo el corazón en la mirada. Un silencio súbito se extendió sobre la escena, hasta que un soldado empujó al Señor para que siguiera avanzando.

De entre la gente se destacó una mujer valiente, compadecido Jesús, eludió la vigilancia, se acercó a Él y, con su manto, le limpió la cara, llena de sangre y escupidas. Esa mujer se llamaba Verónica y su gesto mereció la gratitud del Hijo de Dios.

Dos veces más cayó Jesús.

Sus fuerzas lo abandonaban y los verdugos temieron que se fuera a morir en el camino.

Camino al Calvario



Detuvieron entonces a un hombre que volvía de trabajar en su campo, Simón de Cirene, y le obligaron a cargar con la cruz del Señor. Casi a la rastra recorrió éste los últimos metros, hasta llegar arriba del Monte Calvario.



Una vez allí, lo desnudaron y lo clavaron en la cruz, utilizando tres clavos. Con dos de ellos atravesaron sus muñecas; con el tercero, los pies. Luego, lo levantaron el alto.

También crucificaron a dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda.

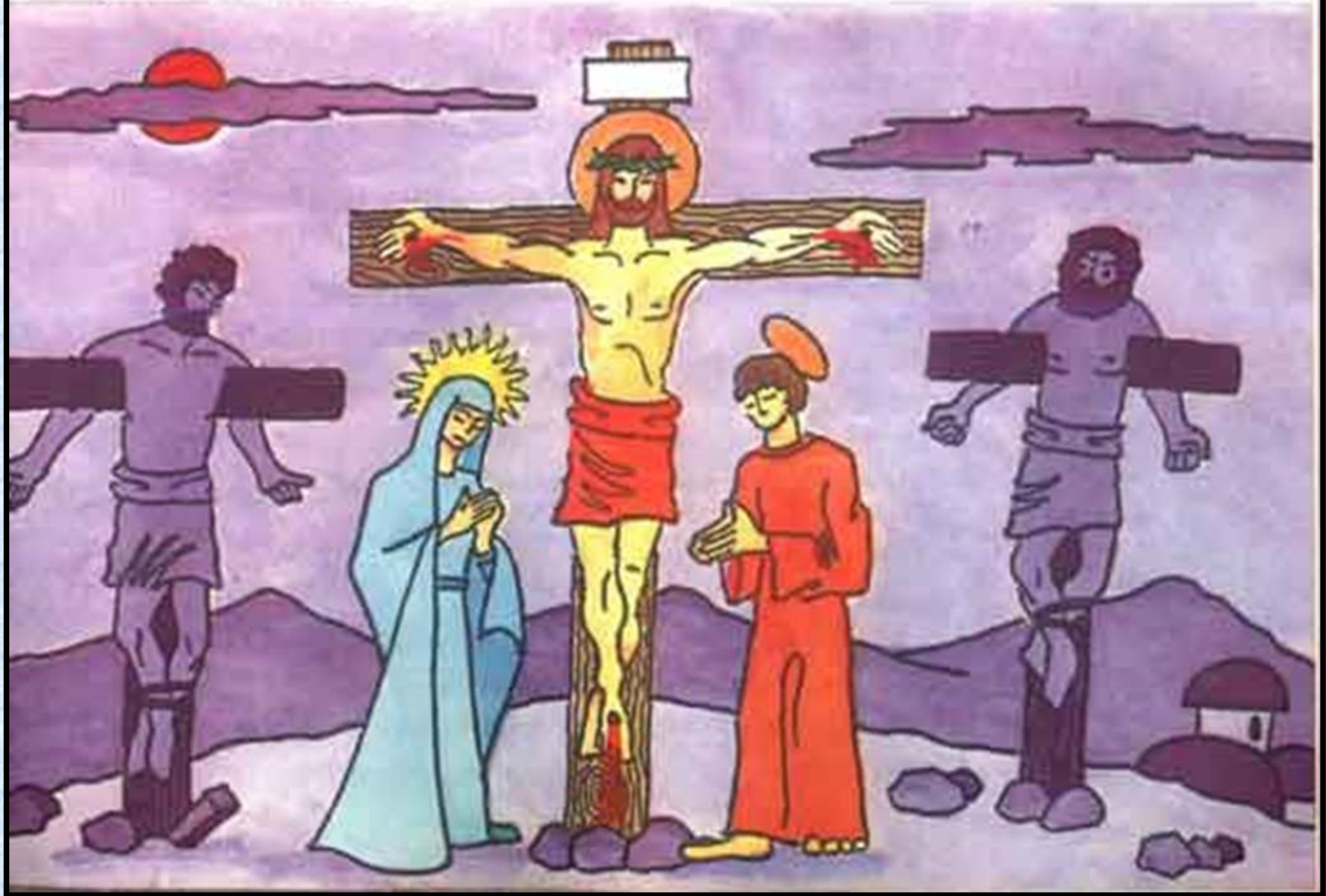
Eran las doce del día. Una extraña oscuridad cubrió el lugar.

Jesús quedó colgado de sus heridas entre el cielo y la tierra. Sobre su cabeza habían puesto un cartel que decía: “Cristo, rey de los judíos”. La gente se reía de Él.

Al pie de la cruz estaba María su madre, de pie. También algunas mujeres y Juan, el apóstol preferido. Nadie más acompañaba al Redentor del mundo.

El ladrón crucificado a la izquierda maldecía al Señor porque no lo libraba del tormento que sufría. El crucificado a la derecha le señaló que Jesús ningún mal había hecho mientras ellos, en cambio, estaban pagando por sus crímenes. Después, dirigiéndose a Jesús les dijo:

Jesús Crucificado



-Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.

-Jesús le contestó:

-Hoy mismo estarás allí.

Dimas, el buen ladrón. Se había robado el cielo.



Ya se iban a cumplir tres horas desde que Jesús fuera clavado en la cruz. Sólo el deseo de sufrir cuando pudiera sufrirse para redimirnos lo mantenía con vida. Miró a su madre y, refiriéndose a Juan, le indicó:

-Ahí está tu hijo.

Y volviéndose a Juan, insistió:

-Ahí está tu Madre.

En Juan nos hallábamos representados todos nosotros. De manera que, desde ese momento, María Santísima, Madre de Dios fue también madre nuestra.

Se acercaban las tres de la tarde.

Jesús se sentía tremendamente solo, en los umbrales de la muerte. Tremendamente triste, se dirigió a su Padre:

-Padre mío ¿por qué me has abandonado?

Agrego después:

-Tengo sed.

Un soldado colocó una esponja en la punta de una caña, la empapó en vinagre rebajado con agua y la acercó a sus labios. Murmuró el Señor:

-Todo está cumplido.

En efecto, las viejas profecías referidas al Salvador habían tenido cumplimiento punto por punto. Dios mantuvo la palabra empeñada en el Paraíso Terrenal. La redención estaba a punto de consumarse.

Jesús grito:

-Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Y, dejando caer la cabeza sobre el pecho, murió.



De inmediato, un terremoto sacudió la tierra. Muchos muertos se levantaron de sus tumbas. El velo del templo, que separaba el sancta Sancta Sanctorum del resto de aquel edificio, se dividió por el medio indicando que Dios ya no estaba allí y que una Nueva Alianza con todos los hombres, sellada por la sangre de su Hijo, reemplazaba la Antigua Alianza, pactada con Abraham.

José de Arimatea, un hombre distinguido, se dirigió a Pilato, pidiéndole permiso para retirar el cuerpo de Jesús y sepultarlo. Pilato se lo concedió, ordenando sin embargo que comprobaran antes si el Señor había muerto realmente.

En cumplimiento de esa orden, un oficial romano que se llamaba Longinos atravesó el pecho de Jesús con su lanza y del corazón herido brotó sangre y agua. Conmovido, Longinos creyó que Jesús es el Hijo de Dios.

Bajaron el cuerpo de Jesús y lo pusieron en brazos de María, su madre. Ésta había permanecido junto a la cruz, uniendo sus sufrimientos a los de su hijo para, así, asociarse a la Redención.

No lejos del lugar de la crucifixión, José de Arimatea poseía una tumba cavada en piedra, donde nadie había sido enterrado. Allí colocaron el cadáver del Señor, luego de lavarlo, envolverlo en vendas y cubrirle la cara con un sudario. Cumplida esa tarea, José de Arimatea, algún ayudante y las mujeres que los acompañaban, corrieron una pesada roca y cerraron con ella la entrada de la tumba. Anochecía.

Objetivo: Destacar lo siguiente:

1. Que nosotros, como Verónica, debemos reparar las ofrendas que sufre Jesús con actos de desagravio. Como Simón de Cirene, ayudarlo a llevar la cruz con espíritu de penitencia. Acompañarlo, como María Santísima. Como Juan, ver el Señor como nuestra madre. Como Dimas, practicar la virtud de la esperanza, confiando en alcanzar el cielo, cualquiera haya sido nuestra vida hasta ahora. Y, como José de Arimatea, aprender a sacar la cara por el Señor cuando sea preciso.

2. Insistir también respecto a que en cada Misa se repite el sacrificio del Calvario.

[Al índice con links/enlaces](#)

La Resurrección

Frente al sepulcro, los judíos apostaron una guardia de soldados. Porque tenían miedo de que los discípulos robaran el cuerpo de Jesús y dijeran luego que había resucitado.

El Señor murió un viernes. El sábado transcurrió sin novedad aparente. Aunque ese día Jesús bajó al lugar donde estaban las almas de todos los justos que murieron antes que Él (Abraham, Isaac, Moisés, David, Daniel, patriarcas, profetas y tantos otros), franqueándoles la puerta del cielo.

Los apóstoles estaban escondidos, temerosos, desconcertados por aquel terrible fracaso que significaba para ellos el desastroso fin de aquel que habían creído que era el Mesías. Ninguno recordaba que, en varias oportunidades, Jesús les había anunciado que moriría en la cruz y resucitaría al tercer día. Sólo María Santísima rezaba y esperaba confiada.

Las primeras luces del domingo -tercer día posterior a la muerte del Señor- desteñían el cielo hacia el naciente. De pronto, la tierra tembló y los soldados que vigilaban el sepulcro vieron, llenos de espanto, que Jesús, glorioso y resplandeciente, se levantaba de la tumba,

elevándose en la penumbra que precede al alba. Las llagas de su cuerpo brillaban como mil soles. Huyeron despavoridos.

Frente al sepulcro, los judíos apostaron una guardia de soldados. Porque tenían miedo de que los discípulos robaran el cuerpo de Jesús y dijeran luego que había resucitado.

El Señor murió un viernes. El sábado transcurrió sin novedad aparente. Aunque ese día Jesús bajó al lugar donde estaban las almas de todos los justos que murieron antes que Él (Abraham, Isaac, Moisés, David, Daniel, patriarcas, profetas y tantos otros), franqueándoles la puerta del cielo.



Los apóstoles estaban escondidos, temerosos, desconcertados por aquel terrible fracaso que significaba para ellos el desastroso fin de aquel que habían creído que era el Mesías. Ninguno recordaba que, en varias oportunidades, Jesús les había anunciado que moriría en la cruz y resucitaría al tercer día. Sólo María Santísima rezaba y esperaba confiada.

Las primeras luces del domingo -tercer día posterior a la muerte del Señor- desteñían el cielo hacia el naciente. De pronto, la tierra tembló y los soldados que vigilaban el sepulcro vieron, llenos de espanto, que Jesús, glorioso y resplandeciente, se levantaba de la tumba,

elevándose en la penumbra que precede al alba. Las llagas de su cuerpo brillaban como mil soles. Huyeron despavoridos.

Recién había amanecido cuando se acercaron al lugar varias mujeres. Entre ellas Maria Magdalena.

Traían aceites y perfumes para embalsamar el cadáver del crucificado. Llenas de amor marchaban hacia el sepulcro, aunque no sabían quién les ayudaría a correr la piedra que impedía entrar allí. Pero, sorprendidas, observaron que la piedra había sido removida. Se asomaron dentro, comprobando que la tumba estaba vacía. María Magdalena pensó que alguien se había llevado el cuerpo del Señor.

Dos Ángeles, vestidos con túnicas blancas, se presentaron diciendo uno de ellos:

-¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo? Cristo ha resucitado, según lo anunció.

Las mujeres, locas de alegría, corrieron para informar a los apóstoles sobre lo que les había sucedido.

La Resurrección



Los apóstoles estaban reunidos cuando llegaron, agitadas, las mujeres. Y no creyeron lo que decían. Sin embargo, Pedro y Juan se dirigieron al sepulcro. Juan llegó antes, porque era más joven, corría más rápido. Pero esperó a Pedro.

Entraron y confirmaron que allí sólo estaban las vendas con que amortajaran a Jesús y, plegado, el sudario que había cubierto su cara.

Enterados por los soldados de la resurrección de Jesús, los judíos les dieron plata para que se callaran, diciéndoles que, si la noticia corría pese a eso, afirmaran que los apóstoles habían robado el cadáver.

Pero los apóstoles no terminaban de creer en la resurrección.



Dos de los discípulos caminaban hacia un pueblito próximo a Jerusalén, que se llamaba Emaús.

Iban tristes, comentando los últimos sucesos.

A mitad de camino, se les agregó un tercer viajero. Que les preguntó:

-¿De qué están charlando?

Ellos le contestaron:

-¿Es usted el único forastero que ignora lo que pasó en Jerusalén?

-¿Y qué es lo que ha pasado?

-Lo de Jesús Nazareno, que parecía un gran profeta y los romanos lo hicieron crucificar. Nosotros creíamos que era el Mesías, pero ya estamos en el tercer día desde que lo mataron y nada ocurrió. Aunque no ha faltado alguna mujer que nos vino con la teoría de que hallaron su tumba vacía... pero ya sabe usted cómo son las mujeres.

Después de oírlos, el tercer caminante les dijo que tenían poco seso, que no eran capaces de entender nada. Y les explicó que, según las Escrituras, resultaba necesario que el Mesías sufriera para redimir a los hombres.

Llegaron así al lugar donde había que tomar una huella transversal para entrar al pueblo. El misterioso viajero amagó seguir adelante y, pendientes de sus palabras, los otros dos le rogaron:

-Señor, quédese con nosotros, porque es tarde y está oscureciendo.

Consintió el hombre, entraron a Emaús y, juntos, se sentaron a la mesa. En el momento en que aquél partía el pan, los discípulos lo reconocieron: era Jesús. Que, enseguida, desapareció.

Ellos se reprocharon:

-¿Cómo no lo reconocimos de entrada nomás? Si en cuanto se puso a explicarnos las Escrituras sentimos que el corazón nos ardía en el pecho.

Sin terminar la comida, los discípulos salieron de vuelta hacia Jerusalén, para relatarle a los apóstoles que el Señor se les había aparecido en el camino de Emaús.



Pero ya Jesús se les había presentado a los apóstoles, estando estos reunidos. Entró al lugar sin haber abierto la puerta, los apóstoles no podían creer lo que veían, les mostró las marcas de los clavos en sus manos y pies, a fin de demostrarles que no era un fantasma. Tomás no estaba allí.

Cuando le contaron lo ocurrido, Tomás, que era cabezón, se negó a creer que Jesús hubiera resucitado. Dijo:

-Mientras no meta mis dedos en los agujeros dejados por los clavos y no ponga mi mano en la llaga de su costado, no voy a creerles.

Poco después, estando los apóstoles juntos y Tomás con ellos, les apareció Jesús de nuevo y, dirigiéndose a él con alguna ironía lo invitó a que metiera los dedos en los agujeros de los clavos y con la mano en aquella herida que llevaba en su pecho. Tremendamente abatado, Tomás se arrojó a sus pies diciendo:

-Señor mío y Dios mío.



Cierta mañana, varios de los apóstoles pescaban juntos, en el mismo barco. Habían pasado la noche tratando inútilmente de sacar algo. En eso vieron un hombre en la playa. Que les gritó:

-¡Eh, muchachos! ¿No tienen algo para el desayuno?

-No, le contestaron.

-Bueno, echen la red a la derecha y conseguirán mucha pesca.

Segunda Pesca Milagrosa



Así lo hicieron los del barco y tanta fue la pesca que las redes amenazaban romperse. Entonces reconocieron al hombre de la playa y Pedro se tiró al agua para llegar antes a la orilla y reunirse con Jesús. Éste, mientras tanto, ya tenía prendido un fueguito para desayunar con sus amigos.

Objetivo: Destacar que, según San Pablo, sin la resurrección de Cristo vana sería nuestra fe, pero que Jesús resucitó, derrotando a la muerte y el pecado. Que aún vive y vivirá eternamente.

[Al índice con links/enlaces](#)

Ascensión y Pentecostés

Corrieron los días luego de la resurrección. Jesús de reunió muchas veces con sus discípulos, una de ellas en un cerro, próximo al lago Genesaret.

Los discípulos sabían ya con certeza que el Señor vivía. Pero seguían sin entender cabalmente la naturaleza de su misión. Todavía esperaban que se proclamara rey y, poniéndose al frente del pueblo judío, expulsara a los romanos de Israel.

Jesús insistía en enseñarles, comunicándoles no obstante que recién terminarían de comprenderlo cuando recibieran al Espíritu Santo, que les enviaría más tarde.

En una oportunidad se dirigió a Pedro y le preguntó:

-Pedro ¿me querés?

Respondió Pedro:

-Señor, sabés bien que te quiero.

Dijo Jesús:

-Apacentá mis ovejas.

Por tres veces se repitió el diálogo. Fue como si Pedro hubiera podido borrar con esa triple afirmación su negación triple en el patio de la casa de Caifás. Y quedó confirmado como cabeza de la Iglesia, como el primero de los Papas que, a lo largo de los siglos, la han dirigido en su carácter de representantes de Cristo en la tierra.



Por fin, no sabemos si de mañana o por la tarde, Jesús se encaminó con sus apóstoles a una montaña, cerca de Jerusalén, llamada Monte Olivete.

La Ascensión



Les hizo allí algunas recomendaciones, prometiéndoles nuevamente mandarles el Espíritu Santo.

Subió a una piedra y los bendijo y empezó a levantarse levemente hacia el cielo.

Los apóstoles lo miraban alejarse con pena. Jesús subía y subía, navegando en el aire transparente. De pronto, una nube blanca oculto ocultó su figura, disminuida por la distancia.

Nadie hablaba, fija la vista en las alturas. Fue entonces cuando dos ángeles se hicieron presentes. Dijo uno de ellos:

-¿Qué están mirando? Jesús, al que acaban de ver subiendo al cielo, volverá un día del mismo modo.



Había que cubrir la vacante dejada por judas, el traidor, en el conjunto de los doce apóstoles o Colegio Apostólico. Rezaron éstos y sacaron a la suerte entre los candidatos que había, resultado elegido Matías.

Reconstituido el Colegio Apostólico, los discípulos hacían oración unidos a María Santísima, esperando que el Señor les enviara el Espíritu Santo.

Se celebra la fiesta de Pentecostés, con la cual los judíos agradecen el fin de la cosecha y recuerdan el momento en que Dios entregara a Moisés las Tablas de la Ley, en la cumbre del Sinaí. Los discípulos y Santa María estaban reunidos, probablemente en el Cenáculo, aquel lugar donde tuviera lugar la Última Cena.

No dejaban de orar.

Repentinamente se oyó un bramido como de viento huracanado y bajó el Espíritu Santo, en forma de llamas que se asentaron sobre las cabezas de los presentes. Se les abrió de inmediato la inteligencia para entender las cosas de Dios y ardieron de amor sus corazones, fortaleciéndose sus voluntades.

Aquel ruido como de huracán se oyó en toda Jerusalén y una multitud se fue juntando frente al Cenáculo. Entre la multitud había gente venida de muchos lados para la fiesta de Pentecostés: partos, medos, elamitas, los que habitaban la Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y los extremos de Libia que lindan con Cirene, forasteros de Roma, cretenses y árabes.

Podríamos decir que allí se reunieron habitantes de Israel, Siria y Jordania, griegos, turcos, rusos, armenios, polacos, italianos, austríacos, franceses, españoles, holandeses, británicos y sudafricanos, ciudadanos de Kenya y Nigeria, de Madagascar, australianos,

Pentecostés



chinos y japoneses, indonesios, pobladores de Alaska, Canadá y los Estados Unidos, mexicanos, hondureños, cubanos, nicaragüenses, colombianos y venezolanos, hombres, mujeres y chicos de Ecuador, Chile, Bolivia y Perú, paraguayos, brasileños, uruguayos y argentinos. Gente de todas partes, sin excluir ninguna, del norte y del sur, del este y del oeste.

Al observar tal muchedumbre, los apóstoles, inflamados por el fuego del Espíritu Santo, comenzaron a hablar de las grandezas de Dios, a difundir el Evangelio sin temor alguno, a gritos, arrebatados elocuentes. Y, milagrosamente cada uno de ellos los oía hablar en su propia lengua, aunque sus idiomas eran distintos.

Pedro pronunció un largo e inspirado discurso. Luego, tres mil personas se hicieron bautizar.



El Evangelio se difundía y los apóstoles eran muy respetados. Pero los enemigos de Jesús seguían dispuestos a silenciar sus enseñanzas. Entre ellos se contaba Saulo de Tarso.

Saulo pertenecía a la sexta de los fariseos. La persecución contra los apóstoles y discípulos se hizo más intensa. A raíz de ella, un diácono llamado Esteban fue muerto a

pedradas. Es el primer mártir. Entre los que cuidaban la ropa de aquellos que lo apedrearon estaba Saulo.

Un día, comisionado por los judíos. Saulo marchó a Damasco con una partida de soldados, para meter presos a los seguidores de Cristo que descubriera allí. Pero Jesús le habló en el camino en medio de un gran resplandor. Saulo cayó del caballo, ciego. Fue instruido en la Fe, recuperó la vista y llegó a ser el último de los apóstoles, con el nombre de Pablo.



Pronto los bautizados pasaron a llamarse cristianos. Y, velozmente, con el ritmo vivo que Dios desea, los apóstoles llevaron el Evangelio por todos los rumbos del mundo conocido. Desde la India hasta España, desde las costas del África a las brumosas selvas de Germania. Pedro se aposentó en Roma, que es desde entonces sede de la cristiandad.

Y hubo cristianos en el palacio del César y en las naves que comerciaban por toda la vuelta del Mediterráneo, en las termas y en el foro, en las caravanas que cruzaban los desiertos, en los cuarteles que albergaban las legiones, entre los que tejían carpas en Galicia y entre los que traficaban la púrpura, en las minas de mercurio de Almadén y en las escuelas de retórica cartaginesas.

Cada cristiano formaba nuevos cristianos. Entre sus amigos, sus parientes, sus compañeros de oficio, sus conocidos ocasionales. Era la suya una labor esforzada, tenaz, fundada en la amistad y la confianza. El Evangelio fue empapando la trama del tejido social, difundiéndose hasta transformarlas costumbre, influir sobre el Derecho, modificar los usos de la guerra, dignificar la condición de la mujer, cambiar el arte. Empeñosa labor que la sangre de los mártires contribuyó a hacer fecunda

Apenas transcurrieron algo más de tres siglos y Constantino, emperador romano, abrazó el cristianismo.

Sin embargo, la difusión del Evangelio no ha concluido. En tantas y tantas partes hay gente que aún espera conocerle. En otras, muchas necesitan recordarlo. Los cristianos de hoy tienen la misma misión de apóstoles que aquellos primeros doce:

Lograr que Cristo sea levantado sobre la tierra y atraiga todo hacia Sí.

Objetivo: Destacar lo siguiente:

1. Que Jesús, vivo, conserva en el cielo su cuerpo y alma de hombre.

2. Que debemos rezar al Espíritu Santo, el Gran Desconocido, para que ilumine nuestras inteligencias e inflame nuestros corazones.

3. Que los cristianos no pueden desentenderse del apostolado, ya que al paraíso hemos de entrar acompañados.

Índice

Prólogo a la primera edición del Cardenal Antonio Quarracino (1990)

El autor

ANTIGUO TESTAMENTO

La Creación

La batalla de los ángeles

El pecado original

Caín y Abel

El Arca de Noé

La Torre de Babel

Historia de Abraham

Jacob y Esaú

José, primer ministro del Faraón

Moisés de Príncipe a Pastor

La salida de Egipto

Los Diez Mandamientos

y Muerte de Moisés

La Tierra Prometida

David, el Rey Cantor

Salomón, el Rey Sabio

Los Profetas, Lenguaraces de Dios

Historias y Figuras de Israel

Daniel en Babilonia

Judas Macabeo, Caudillo Victorioso

NUEVO TESTAMENTO

Anuncio del Ángel y Visita a Isabel

En Nacimiento

Los Reyes Magos

La Huida a Egipto

El Niño perdido y hallado. Vida oculta

Jesús se prepara para la Vida pública

Milagros

Andanzas y enseñanzas

Parábolas o Comparancias

Entrada Triunfal en Jerusalén

y Última Cena

La oración en el huerto y el juicio

Muerte de Jesús

Resurrección

La Ascensión y Pentecostés